El duque de Reichstadt.



Mabon. G^r

Reichstadt

EL DUQUE

DE

REICHSTADT

hijo de Napoleon.

NOTICIA DE LA VIDA Y MUERTE DE ESTE PRÍNCIPE, ESCRITA EN VIENA, Y RECOPILADA DE DOCUMENTOS AUTENTICOS.

POR

MR. DE MONTBEL,

Ministro que fue del Rey Cárlos X.



BARCELONA.

IMPR. DE A. BERGNES Y Cª., CALLE DE ESCUDELLERS, N. 13.

CON LICENCIA.

1833.

Heu miserande puer. . . . .
. . . . manibus date lilia plenis
Purpureos spargam flores, animamque nepotis
Hic saltem accumulem donis, et fungar inani
Munere.

Virg. Æneid. lib. VI.

Proemio.

Veinte y un años han pasado desde el dia en que numerosas salvas anunciaron á Paris y á la Francia entera el nacimiento de un heredero del poder colosal de Napoleon, llevando rápidamente la noticia hasta los muros de Viena.

Llegado á su apogeo, el astro de Napoleon arrojaba un resplandor deslumbrante sobre su vasto imperio. El brillo de su fortuna era para el vulgo la prenda de su valimiento; y aun algunos talentos privilegiados apenas se atrevian á prever los inmensos reveses que pudieran resultar, para tal ambicion, de triunfo semejante.

Pocos dias despues del nacimiento de su hijo, quiso Napoleon celebrar tan grato acontecimiento con sus compañeros de armas por medio de una fiesta enteramente militar: al efecto

convocó para una solemne revista los numerosos batallones de su guardia que estaban concentrados en Paris, y cuarenta mil soldados de tropas escogidas llenaban el Carrousel, los vastos patios del Louvre, los malecones y avenidas adyacentes. Aun me parece que le estoy viendo, seguido de sus numerosos generales, recorrer las filas de unas tropas tan marciales y bellas, saludar sus águilas ennegrecidas con el humo de las batallas, hablar á los oficiales y soldados de sus trabajos, de sus victorias, señalando al Rey de Roma como á la aurora de un porvenir ilimitado y glorioso.

Este porvenir era empero una tempestad ante cuyos estragos todo debia desaparecer. Aquel ejército tan numeroso, tan bizarro, parecia correr á anonadarse en los helados desiertos de la Rusia; y su Gefe iba á perder, y á asir de nuevo para volver de nuevo á soltarlo, aquel cetro francés que entonces empuñaba su robusta diestra; y herido del rayo que le lanzara la fortuna, debia espirar sobre un peñasco ignorado. ¿Quien me habia de decir que yo mismo, que era entonces un jóven confundido entre la turba de los espectadores, habria de verme arrojado de la Francia por las borrascas políticas, y asistir á la última escena de aquel prodigioso drama; y que hallándome proscripto, vol-

veria á ver al jóven Príncipe igualmente proscripto por las revoluciones, sin herencia, sin patria, casi sin nombre, la frente desceñida de la diadema que la orlaba, y marchito por los sufrimientos espirar en las angustias de una lenta agonía?

Irrevocablemente adicto, tanto por mis sentimientos como por mis deberes, al infortunio de una familia cuya existencia está unida á todos los recuerdos de la prosperidad verdadera de mi patria, no he podido, sin embargo, cerrar los ojos al interés que inspiraban generalmente las bellas prendas del Duque de Reichstadt, y que le habian grangeado el tierno afecto de toda la Familia imperial.

Acogido en mi destierro por la benévola urbanidad que caracteriza á los habitantes de Viena, he podido reunir acerca de este Príncipe varias particularidades, cuya autenticidad está garantizada por la posicion de las personas que han tenido la bondad de comunicármelas. El único interés que me lleva á su publicacion es el de hacer manifiestos unos hechos que tanto honran la memoria del Duque de Reichstadt; y este tributo á su nombre tendrá á lo menos el mérito de que lo deposite sobre su tumba la mano imparcial de un criado de los Borbones. El corazon generoso de estos Prínci-

pes me es demasiado conocido, para vivir seguro de que estarán muy lejos de afearme el haber hecho justicia al hijo de Napoleon.

El que fue sucesivamente proclamado rey de Roma, emperador de los Franceses, duque de Parma, y en fin príncipe de Austria, deberia suministrar á la historia, segun parece, dilatado objeto á su eterna pluma; pero la fortuna pareció divertirse probando y rompiendo casi á la vez tantas coronas en la cabeza de un niño, cuya tierna edad sufrió, sin que tomase una parte activa en ellas y casi sin conocer que existian, las grandes revoluciones que su destino trastornaban. Combatido de las olas sin saberlo, dormitaba mecido por las tempestades. El nacimiento del Rey de Roma fue el término de los triunfos prodigiosos de su Padre, y como la señal de catástrofes igualmente terribles, que vinieron á anonadar su vasto imperio. Entre tan aciagos acontecimientos, la efímera existencia del jóven Príncipe presenta un mero hiato, estéril de incidentes, vacío de accion, y que solo puede considerarse como la última página de la inmensa historia de Napoleon; al paso que encierra su misma desnudez y silencio una sublime epifonema, una leccion terrible de moral.

Ya vemos hoy el drama concluido; pero demasiado cercanos aun á los acontecimientos,

no nos hallamos á distancia adecuada para apoderarnos de su conjunto y examinarlos con una completa imparcialidad; demasiadas pasiones existen todavía.

Aunque el duque de Reichstadt no haya tenido intervencion directa en los acontecimientos de la historia, su posicion le da en ella distinguido lugar cual uno de aquellos personajes que no se presentan á la vista de los espectadores, ó por mejor decir, que no tienen papel ninguno en la pieza, y sin embargo en ellos reposa el interés principal de la accion.

Importaba pues reunir con zelo, mientras aun conservaban toda su existencia, toda su actualidad, los rasgos esparcidos que pudieran trazar fielmente el carácter de esta gran figura histórica.

Es del mayor interés seguir el desarrollo progresivo de las calidades del Príncipe, y de las facultades de su alma y entendimiento: de este modo, si le consideramos, ya con referencia á su última posicion, ya con respecto á sus relaciones con lo pasado, y aquella vasta herencia que le habia sido preparada, y que debió su ruina á la ambicion insaciable de su padre, será posible examinar que influjo habria podido ejercer sobre su época si hubiese querido la Providencia conceder un porvenir á este nieto de

María-Teresa, é hijo del hombre mas estraordinario de los tiempos modernos.

Estas consideraciones me han determinado á escribir la noticia que someto al criterio público. Era del deber de un Francés arrojado á Viena por el furor de las tempestades, reunir en aquellas comarcas las memorias que tanto interesan á la Francia; así como vagando por las playas del Egipto, le cupo á un soldado romano la dicha de recoger las cenizas del gran Pompeyo.

El Duque de Reichstadt.

CAPITULO I.

Despues que con la diadema imperial de Francia enlazó Napoleon la corona ferrea de Italia, tres campañas memorables le habian visto triunfar sucesivamente en las capitales de Austria y de Prusia. Las victorias de Ulm y de Austerlitz, de Jena y de Friedland, de Eckmulh y de Wagram, dictaron los tratados de Presburgo, de Tilsitt y de Viena. Viéronse obligados el Austria y la Prusia á sufrir la mutilacion de sus territorios, y á tender la mano á la ominosa alianza del Vencedor. Despues de mil años de existencia se desplomó el caduco imperio germánico, y Napoleon repartió sus escombros entre unos reyes de su propia hechura, entre unos príncipes que habian en otros tiempos reconocido su vasallaje ó pagádole tributo; y los cuales se sometieron á sus despóticas voluntades, cuando se creó por su propia autoridad protector de la Confederacion del Rin. Erigién-

dose mediador de la Confederacion helvética, despojó á la Suiza de su libertad, de sus recursos y de sus guerreros. Condecorados con el título de reyes, le servian sus hermanos de prefectos para gobernar á España, Nápoles, Westfalia y Holanda; á impulsos de sus caprichos revocaba los reyes y los reinos; su inmenso imperio, estendiéndose desde las orillas del Báltico hasta los Pirineos, contaba entre sus ciudades á Roma, Hamburgo, Lubeck y Amsterdam: cuarenta y dos millones de almas llevaban el nombre francés, y un número igual obedecia á su espada.

Solo faltaba un heredero para una herencia tan formidable.

Nacido de una revolucion, cuya máxima predilecta estaba cifrada en odio implacable hácia los reyes, el Soldado triunfador solicitó la mano de la hija de los Césares, y su orgullo presentó á la Francia la princesa *María Luisa* como el mas bello y el mas noble trofeo de sus victorias... ¡Así recibió un freno la asoladora revolucion!

Al ascender al trono de Napoleon vióse rodeada la jóven Emperatriz de aclamaciones y de homenajes; sucediéronse fiestas suntuosas y brillantes; pero su regocijo fue turbado de repente por uno de aquellos accidentes que recordando los caracteres misteriosos y aterradores

del festin de Baltasar, vienen con la presteza del relámpago á revelar súbitamente al instinto de los pueblos las verdades de funesto porvenir.

Un rápido incendio devora de repente el brillante aunque frágil edificio, donde el príncipe Schwarzenberg habia reunido en torno de los nuevos esposos cuanto el Austria y la Europa tenian de ilustre, cuanto la Francia de poderoso. A la alegre música de las danzas suceden alaridos de espanto, de dolor y de desesperacion. Apenas libertada de las llamas, vuelve corriendo una muger á precipitarse en ellas..... Es una madre que busca á su hija en medio de las víctimas de aquella noche horrorosa; entra, y el edificio desplomándose sepulta en sus ruinas á Paulina de Schwarzenberg. Esta jóven, amable y hermosa, fue arrebatada en un momento á la ternura de su noble esposo, de su familia y de la hija predilecta, á cuya seguridad se habia sacrificado, queriendo sustraerla de un riesgo de que ya se hallaba libre.

Creyó la Nacion francesa en esta triste catástrofe que habia llenado de zozobra las nupcias de María Antonieta, ver el agüero mas ominoso, y anticipar el incendio aun mas terrible que, abrasando el mundo entero, estallaria entre la Francia y el Austria..... En efecto, Napoleon y Schwarzenberg estaban destinados á volverse

á ver, pero en sitio muy diferente de un salon de festines.

Pronto, empero, se borró esta impresion pasajera en medio de tanta prosperidad; pronto quedó ahogada en el espectáculo de tanto poderío: y á la verdad, ¿quien podia dar crédito á los agüeros? Al aspecto de unas fuerzas tan colosales, ¿que enemigo era temible? que lucha podia ser recelosa? Además, ¿que nueva conquista pudiera inflamar la ambicion de Napoleon? qué podia ya pedir á la fortuna?

Seis meses habian ya trascurrido desde esta época, cuando un político célebre en Europa escribió como sigue al Emperador de Austria: «He venido á Paris para observar á Napoleon, para examinar si su casamiento con María Luisa era el término de su ambicion, ó si era este un nuevo punto de apoyo para lanzarse á nuevas y gigantescas empresas, fundando en él el trastorno de Europa. En esta última hipótesis, he vuelto á descubrir la verdad, despues de largas observaciones. Napoleon aspira evidentemente á la monarquía universal. La Rusia es la que primero sentirá la furia de su espíritu ambicioso, mientras que el invasor comprometiendo sus ejercitos en paises tan vastos y lejanos, los espondrá á una destruccion casi inevitable. Si vence, el año próximo sereis vos el mediador

de la paz de Europa; si es vencido, dentro de dos años la dictareis vos mismo en Paris.» En estas notas estraordinarias estaba escrito el porvenir con tanta exactitud, como se puede ahora leer en ellas lo pasado.

Semejante prevision, sin embargo, no es dada al comun de los hombres. Francia y Europa continuaron creyendo en la infalibilidad del astro de Napoleon, y en la solidez de su vasto imperio; y en medio de este convencimiento general, en 20 de marzo de 1811, época tan memorable en la vida del Conquistador nació el Rey de Roma.

El parto de María Luisa fue en estremo difícil y peligroso, cual si su hijo repugnase entrar en un mundo donde solo iba á aparecer por un momento, y á entregar sus destinos juveniles al juguete de todos los caprichos de una fortuna inconstante.

A las ocho de la mañana, ciento y un cañonazos anunciaron con estrepito á la Capital que acababa de nacerle un heredero al dominador de Europa: numerosos correos partian en todas direcciones para participar este grande acontecimiento á todas las ciudades del Imperio y á todas las cortes estranjeras. Con una rapidez sin ejemplar hasta entonces, cuatro dias despues del nacimiento del Rey de Roma, Mr. de

Tettenborn, edecan del Príncipe de Schwazenberg, llegó á Viena para llevar la noticia al Emperador.

Napoleon en la exaltacion de su júbilo se apresura á mostrar á su hijo á los príncipes de su familia, á los ministros de las potencias estranjeras, á los grandes dignitarios de la Corona, á los cuerpos del Estado, que fueron admitidos á presentarle sus homenajes.

En esta solemne ocasion no descuidó el Senado renovar la seguridad tantas veces repetida de su fidelidad inmutable.

Ni Napoleon, ni ninguno de los grandes personajes reunidos entonces con motivo de aquel memorable acontecimiento, ni el Senado mismo, pudieron prever que tres años despues de pronunciados discursos tan aduladores, aquel mismo Senado habia de promulgar una acta por la cual decretaria el destronamiento de Napoleon, aboliria el derecho de herencia de su familia, mientras que el ejército y el pueblo francés se consideraban absueltos del juramento de fidelidad que habian prestado á su dinastía.

Todo parecia reunirse para celebrar este grande acontecimiento. La Europa enviaba sus felicitaciones y sus embajadores; de todos los puntos del Imperio llegaban obsequiosas congratulaciones, acudian diputaciones numerosas; las

funciones públicas, las iluminaciones, las fiestas brillantes deslumbraban á la muchedumbre. Los teatros resonaban con alusiones ingeniosas; las liras mas armoniosas adormecian la cuna del Rey niño con sus acentos, y prometian al pueblo la duracion de las felicidades que halagaban á Napoleon.

En medio de esta escena animada y brillante y con la pompa mas solemne, se verificó la ceremonia del bautizo. Una muchedumbre en que se hallaban reunidos los habitantes de los puntos mas lejanos del Imperio se agolpó en el recinto de la iglesia metropolitana para contemplar las facciones del Príncipe recien nacido, que por primera vez se presentaba á recibir sus homenajes y á satisfacer su curiosidad.

El Emperador de Austria se hizo representar en esta ceremonia por el gran Duque de Wurtzburgo, como padrino del Niño, que en breve debia ir á pasar en la intimidad de su afecto los cortos instantes de su frágil existencia.

Aniquilada Europa por veinte años de guerras y de desgracias, se habia sinceramente regocijado del nacimiento del Hijo de Napoleon, creyendo hallar al fin en este acontecimiento el término de sus largas fatigas, y aspirando á descansar en sus reveses tanto como la Francia sentia la necesidad de reposar en medio de sus triunfos.

Ocho dias despues del bautizo del Rey de Roma, hizo Napoleon la apertura de la sesion del Cuerpo legislativo. En medio de tantas esperanzas, de un porvenir glorioso, de una seguridad y de una dicha sin límites, esta sesion ofrecia el mas vivo interés. La atencion de todo el mundo estaba dispierta; y sin duda esperaba Europa oir á Napoleon declarar que si hasta entonces habia confiado su gloria á los acasos sangrientos de las lides, ya resolvia establecerla en los triunfos mas dulces y mas útiles de una administracion ilustrada, patrocinando la agricultura, la industria, el comercio, las letras y las artes; y dando la paz al mundo, consolidar el edificio inmenso que levantaran sus manos, sin que aspirase á otra dicha que á la de conservar sus conquistas para el Heredero recien nacido.

En uno de sus discursos de aparato proclamó en los términos siguientes el nacimiento de su hijo.

«La paz concluida con el Emperador de Austria ha sido cimentada despues por la feliz alianza que he contraido. El nacimiento del Rey de Roma ha colmado mis votos y satisfecho las esperanzas de mis pueblos.»

¡ Hablaba de la paz !.... y ya se dijera que los relámpagos sulcaban el horizonte que se juzgara tan sereno y tranquilo.

Al hablar de reunir á Francia el Valés, las bocas del Ems, del Weser y del Elba, Roma, y Holanda, la despótica altivez de su lenguaje estaba muy distante de aquella moderacion, única virtud que puede afianzar la paz.

Disponiendo con su acostumbrada altanería del destino de los pueblos, se creaba Napoleon los peligros de las guerras nacionales. La desesperada y heróica resistencia de España debiera sin embargo haberle instruido suficientemente hasta que grado puede dispertar la energía de una nacion el sentimiento de su independencia y dignidad ultrajadas. Este pais habia dado á Europa la señal de su emancipacion, enseñándola que el poder de un conquistador se estrella contra la voluntad inflexible de un pueblo decidido á desechar las leyes que intentan dictarle.

La espoliacion del gran ducado de Oldenburgo, y las exacciones despóticas del sistema continental habian exasperado á los Rusos; mientras que Napoleon, intentando someterlos á su coyunda, é impelido por el ansia de alcanzar nuevos triunfos en su lejana Capital, les declaró la guerra. De este modo, lejos de procurar la consolidacion del edificio de su poderío, quiso dilatar aun mas sus colosales términos. Un numeroso ejército se pone en movimiento bajo

sus órdenes; á las tropas francesas é italianas se juntan los contingentes de Nápoles, de Alemania, de Suiza y de Polonia; el Austria y la Prusia se incorporan á su antiguo enemigo, como potencias auxiliares; y un millon de habitantes de los paises mas fértiles de Europa abandonan sus afortunados hogares para invadir las estériles regiones de lejanos desiertos.

Tan funesta tentativa llenó de espanto á muchos hombres de esperiencia; á muchos guerreros conocidos por su pericia teórica y práctica; al paso que el vulgo, á quien siempre alucinan los fuegos fatuos de la grandeza, saludaba entusiasmado todas las ilusiones de un cercano triunfo; y no contento con anticipar la reduccion de ambas capitales del Imperio ruso, arrebataba su imaginacion hasta el Asia, tratando de inmensos preparativos para una espedicion á la India, que debia dar el golpe mortal al poder de Inglaterra. Tan convencidos estaban los hombres del genio de Napoleon, tan acostumbrados á sus victorias, que si el ilustre y ambicioso Caudillo hubiera sucumbido á la muerte antes de su retirada, no puede dudarse que solo á su fallecimiento se hubieran imputado el término de las constantes victorias del pueblo francés, y todos los reveses que señalaron la conclusion de esta terrible campaña.

Antes de incorporarse á su ejército, condujo Napoleon á María Luisa á Dresde, donde la aguardaba su Familia: y el héroe de Francia se miró con complacencia rodeado de una comitiva de Soberanos que por la vez postrera acudian á halagar su fortuna.

Partió; y ya desde el pasaje del Niémen y del Wilia, comenzaron á revelarse todos los inconvenientes, todos los peligros de una espedicion gigantesca, en paises inmensos y faltos absolutamente de recursos. La dificultad de los trasportes y subsistencias, la mala organizacion de los hospitales, la escasez, las fatigas de unas marchas forzadas y sin respiro, habian causado al ejército pérdidas tan inmensas como irrecuperables, aun antes de haberse visto acometido.

Ya alboreaban para Napoleon presagios funestos; y mientras que impelido por su destino se precipitaba á romper su cetro en un pais lejano, aun le era dado oponer al espectáculo de los males que le ceñian, los recuerdos de la felicidad que pudiera haber seguido disfrutando con gloria, si su ánimo inquieto no le hubiese llevado á turbarla. Sus pensamientos se dirigian sin cesar hacia María Luisa, hácia el jóven Príncipe, objeto de todas las esperanzas de un porvenir tan inmenso, y cuyos límites procuraba su ambicion ensanchar aun mas.

El dia 5 de setiembre se hallaba Napoleon á orillas del Moskowa, dando disposiciones para la batalla de Borodino, que debia comenzar al romper el dia, rodeado de los gefes de su ejército que recibian sus instrucciones, cuando llegó al campo el Conde de Bausset, prefecto de su Palacio, enviado de Paris por María Luisa, para poner en sus manos el retrato del Rey de Roma. Esta noticia suspendió al instante todos los preparativos; y el Emperador, en la impaciencia de su alegría, mandó colocar el retrato en su tienda sin la menor demora.

En este cuadro, pintado por Gerard con admirable maestría, estaba el jóven Príncipe recostado en su cuna, sirviéndole de mamadera un cetro y el globo del mundo. Contempló Napoleon con éxtasis las facciones de su hijo, y llamó á los individuos de su servidumbre y á los generales que se hallaban inmediatos á su persona, á fin de que participasen de la satisfaccion que rebosaba en su propio pecho.

«Señores, les dijo, si mi hijo tuviese hoy quince años, crean Vds. que se hallaria aquí en medio de tantos valientes, de otra manera que en pintura;» y añadió despues de un rato de silencio: «este retrato es verdaderamente admirable; estoy gustosísimo de él.»

Mandó en seguida que lo colocasen en la

parte esterior de su tienda, sostenido contra una silla, á fin de que los oficiales y soldados de su guardia pudiesen contemplarle y sacar de él, decia, nuevos impulsos y nuevos estímulos de valor para la gran jornada que se preparaba.

El retrato permaneció espuesto todo el dia á las ansiosas miradas de los soldados; y despues fue colocado en la sala del Kremlin que ocupaba Napoleon.

No entra en el diseño de mi obra el cuadro circunstanciado de la batalla de Moskowa, la mas sangrienta que se ha dado en los tiempos modernos, á par que la menos decisiva; ni la descripcion del prodigioso incendio al cual un exaltado patriotismo entregó la antigua Capital de Rusia, con el objeto de no dejar en manos del Conquistador ni los recursos que aquella inmensa ciudad habria podido suministrar á su ejército, ni la prenda de un tratado que en adelante no podia la venganza acoger. No quiero reproducir el lúgubre espectáculo de aquella retirada desastrosa, en la cual el Genio protector de Rusia, entronizado en sus llanuras devastadas y desiertas, parecia querer castigar con sus letales escarchas á los autores de la destruccion de su ciudad sagrada.

Llegó Napoleon á Paris sin comitiva, mientras que sus soldados, miserables restos de su

vasto ejército, con su aspecto cadavérico y demagrido asombraban las fronteras de la Francia, en donde caian exánimes á montones, víctimas de la peste, resultado funesto de sus espantosas necesidades, escesivas fatigas, y crueles y dilatados padecimientos.

Los reveses de Napoleon dieron á Europa la señal de la independencia. Preparados por la sociedad secreta de *Tugendbund* (vínculo de la virtud) á romper sus cadenas, los pueblos de Alemania bramaban de impaciencia, proclamando la guerra antes que sus Soberanos pensasen en declararla. La defeccion del general prusiano Yorck, contra las intenciones positivas de su Soberano, fue el mas evidente síntoma de la insurreccion general, y debió haber enseñado á Napoleon que los aliados que solo á la fuerza habian seguido sus águilas, se aprestaban á abandonarlas porque ya no las creian invencibles. Luchando empero contra la fortuna, con increible actividad organizó Napoleon nuevos y vastos recursos de guerra; y desechando toda idea de paz, no titubeó, antes que la victoria hubiese borrado los desastres de Moscou, en proclamar un solemne desafio á la Europa entera, manifestando que no alteraria en un ápice las condiciones de paz redactadas por él mismo antes de la campaña de 1812.

Antes de ponerse á la cabeza de su ejército, hizo reconocer por Regenta del Reino á la emperatriz María Luisa, ya fuese que esperase que la intervencion directa de esta Princesa en el gobierno de Francia podria influir de un modo ventajoso en las determinaciones ulteriores del Emperador su padre, ó ya fuese que el reciente recuerdo de la atrevida conspiracion del general Mallet, la cual solo debió al acaso su mal éxito, le hubiese convencido de la necesidad de no dejar por mas tiempo su destino á merced de individuos ó de cuerpos, cuyas adulaciones y servicios garantizaban muy poco su zelo y su fidelidad.

Supliendo con la actividad de su carácter lo incompleto de sus recursos, condujo en persona sus nuevos y númerosos batallones á los campos de Alemania. En medio de la horrorosa carnicería que señaló las dos batallas de Lutzen y de Bautzen, nuestros soldados visoños, con intrépida valsa, recogieron laureles sangrientos sí, pero infecundos. La muerte segaba en las filas la flor de los guerreros, y sus golpes ya no respetaban á aquellos generales que posecian en el grado mas relevante la confianza y el afecto de su imperial caudillo.

Las negociaciones le fueron aun menos favorables en sus resultados que las batallas. Des-

pues de la oferta de su mediacion aceptada inutilmente, cedió el Austria á la liga europea contra el Emperador de los Franceses, cuyas victorias en Dresde fueron pronto borradas por los reveses que sufrieron sus lugartenientes en Culm, Gros-Beeren, Dennewitz y Katzbach. Las tres jornadas sangrientas de Leipsick presenciaron la defeccion de todas las tropas alemanas, y la ruina de la dictadura europea de Napoleon.

Entró en Paris por segunda vez, regresando á su capital, que tantas veces habia atestiguado sus triunfos, con toda la impopularidad que acompaña los reveses. A las aclamaciones ordinarias de la muchedumbre habia sucedido profunda inquietud, sombrío descontento. El Cuerpo legislativo, mudo instrumento de sus soberanas voluntades, rompió su silencio habitual, para hacerle oir de golpe los acentos no acostumbrados de la verdad. Rechazó con indignacion estos tardos avisos, pronunciando la prorogacion de una asamblea á la cual trataba de rebelde. Pero el mismo se admira al hallarse obligado á retroceder delante de sus propias resoluciones; y señalando á su despecho la caida de su poderío, quebranta las prisiones del Gefe de la Iglesia, y devuelve á Fernando VII á aquella España cuya energía moral no temiera de luchar con una constancia imperturbable, con

tra la fuerza que habia humillado á la Europa; á aquella España, que secundada por los Ingleses, invadia á su vez las fronteras de la Francia.

A pesar de todo y con su actividad indomable, se ocupó desde entonces Napoleon noche y dia en organizar los medios de una defensa desesperada. Cuanto era posible, cuanto apenas parecia creible, era realizado por su voluntad, por su carácter y por sus talentos: mas ya no se veria secundado por el entusiasmo de un pueblo agobiado de fatigas y de sacrificios, y que ya no buscaba el alivio de sus males en el prestigio de sus victorias.

La necesidad de proveer á los medios de sostener el órden interior, cuando recurria hasta al último soldado de su ejército; la idea de imponer al enemigo con el aparato de un armamento de consideracion; quizá tambien la esperanza de decidir al pueblo, por la confianza que le manifestaba, á una resistencia nacional contra la invasion estranjera: todas estas consideraciones le determinaron á crear y armar en las ciudades del Imperio una numerosa guardia nacional, compuesta de todos los hombres que por su existencia ó fortuna eran los defensores naturales, los sostenes comprometidos de la pública tranquilidad.

En el momento de incorporarse á su ejército, convocó solemnemente en su palacio á la numerosa oficialidad de la guardia nacional de Paris. Avanzando en medio de ellos, y presentándoles á su Esposa é Hijo, á quien llevaba de la mano: «Parto con toda confianza, les dijo, y entrego á la guardia nacional la defensa de Paris; dejándoles cuanto tengo en el mundo de mas caro, la Emperatriz y mi Hijo.» Estas palabras, pronunciadas con una emocion que hacian aun mas significativa el conocimiento del carácter inflexible de Napoleon, las lágrimas de María Luisa, las gracias inocentes del Infante, que miraba con sonrisa el aparato militar, sin saber hasta que punto se hallaba comprometido su propio destino, y sobre todo el cuadro siempre imponente del poder amenazado por la fortuna, produjeron en todos los corazones una profunda impresion.

Partió al momento, y el 21 de diciembre de 1813 inmensos ejércitos pasaban el Rin.

Diez y ocho meses habian trascurrido desde que este rio habia visto á Napoleon, ceñido de una escolta de reyes, conducir sus innumerables falanges para invadir los desiertos distantes seiscientas leguas de sus orillas; y ahora todos los reyes, todos los pueblos de Europa, escitados por la venganza y unidos por la ne-

cesidad, invadian á su vez la Francia para poner término á una opresion insultante que los habia aherrojado tanto tiempo.

Pudiendo apenas oponer setenta mil hombres á sus fuerzas colosales, Napoleon en medio de los obstáculos parecia agrandar sus talentos, y evocar las primeras inspiraciones de su inmenso genio. Comunicando á sus tropas valor intrépido, constancia infatigable, las multiplicaba por sus movimientos. En todas partes se le hallaba: pronto como el rayo, heria en aquellos parajes que menos esperaban sus iras. Sus rápidas victorias de Champ-Aubert, de Nangis, de Montereau, asombraron á los aliados, y les hicieron titubear en su marcha. Estos triunfos, empero, le conducian á una destruccion mas segura: cada lid dejaba en su ejército unos claros que jamás se reparaban; y sus mas valientes oficiales caian cada dia bajo el acero de sus adversarios. Ensoberbecido con las ventajas que debia á sus talentos, desechó con altivez las proposiciones de paz que los aliados ansiaban ofrecerle; y sobre el borde del abismo, amenazaba aun con sus furores á la Europa entera. La inflexibilidad de su ambicion y carácter, en la fortuna próspera, habia creado su vasto imperio: la misma obstinacion de principios, en la adversa, debia indudablemente anonadarle. Napoleon

podia sucumbir, pero no podia someterse.

Llega Schwarzenberg á las murallas de Paris; la consternacion se apodera del Gobierno; reúnese el Consejo de regencia, y se delibera si María Luisa y el Rey de Roma deben alejarse de la Capital. Esta cuestion fue viva y detenidamente discutida: los que opinaban que la causa imperial debia defenderse, sostenian que la presencia de la Emperatriz y de su Hijo en la Capital podria imponer mas respeto al ejército austriaco, y deberia inspirar confianza á las tropas y habitantes de Paris, á los cuales desanimaria la salida del Gobierno, decidiéndolos á rendirse sin resistencia. El parecer contrario fue sostenido con igual energía: al fin, hallándose el Consejo indeciso y perplejo, resolvió la cuestion Jose Bonaparte, manifestando una carta de su Hermano, que aunque de fecha bastante atrasada, llevaba la instruccion siguiente:

«Si de resultas de los acontecimientos de la guerra se llegaran á interrumpir las comunicaciones, deseo que la persona de la Emperatriz y la de mi Hijo no se hallen espuestas al menor riesgo.»

Resolvióse al punto su partida, y el 29 de marzo dejó María Luisa las Tullerías, para dirigirse á Rambouillet, sitio Real que estaba destinado á presenciar nuevos infortunios. Cuando

se trató de llevar el jóven Príncipe á su Madre que le aguardaba para partir, ofreció una resistencia no usual; lloró amargamente, gritó, y asiendo con las manitas las colgaduras de su estancia: «No quiero dejar el palacio,» esclamaba. Mr. de Canisi, el ayuda de cámara que estaba de guardia, se vió obligado á ayudar á Mma. de Montesquieu para llevarle hasta el coche. Parece que presentia el Infante en su viaje, por un instinto de repugnancia, la procesion lúgubre de su muerte política.

Los habitantes de la Capital observaron en el Carrousel con sorpresa é inquietud una inesperada aglomeracion de carruajes, de caballos, de criados en movimiento, de mugeres afligidas que hacian resonar sus sollozos y sus gritos. La muchedumbre acrecentaba por momentos, cuando á las nueve de la mañana empezó á ponerse en marcha la larga hilera de carros y furgones cargados con los légajos del archivo, con muebles preciosos, con las cajas del tesoro, la vajilla, las joyas y los diamantes de la Corona; seguian en pos los coches de gala, entre los cuales se veian las carrozas de la coronacion; y en medio de estos numerosos carruajes, se divisaba el de la Familia imperial, en que iba la jóven Emperatriz y el niño Rey, con los ojos arrasados en llanto; mientras cerraban la pro-

cesion los miembros de la regencia y los ministros, manifestando en sus tristes fisonomías la inquietud, el dolor y la consternacion. Formaban la escolta mil y doscientos hombres de la Guardia, otros tantos valientes que en momento tan crítico se daban de baja á la guarnicion, ya harto endeble, de la ciudad acometida.

En medio de las sombrías miradas de la muchedumbre, y en medio de un silencio que interrumpian por intervalos las preguntas de la curiosidad y los murmullos del descontento, la triste caravana desfilaba con embarazo y lentitud, cual si fuese la pompa fúnebre del Gobierno imperial.

La necesidad imprevista y súbita de tal ausencia reveló toda la magnitud del peligro que amenazaba á la capital; y los habitantes de Paris fueron mas completamente desaminados, que hasta entonces lo habian sido; pues el Gobierno, por medio de la publicacion de boletines, redactados con mas artificio que verdad, habia conseguido engañarlos acerca de las victorias y marcha de los ejercitos aliados.

En Rambouillet, y en medio de las ansiedades de una Corte asombrada de la tempestad que amagaba su aniquilacion, y rodeada no obstante de los brillantes trages y formas ceremoniosas de la etiqueta, María Luisa aguardaba impa-

ciente las noticias acerca de los acontecimientos de la Capital. José habia prometido enviar correos para avisarla; pero él mismo, atemorizado sin duda de la inferioridad numérica de las tropas francesas en su lucha contra los ejércitos reunidos de Europa, habia abandonado á Paris en el momento en que la ciudad se hallaba en la alternativa de salvarse por capitulacion, ó de verse reducida á escombros por los sitiadores, cuyas baterías arrojaban sus proyectiles en muchos arrabales populosísimos. Aquella misma tarde llegó José á toda prisa á Rambouillet, y de resultas de sus informes acerca del estado de cosas, María Luisa y la Regencia se decidieron á trasladarse á Blois sin perder un instante.

Entretanto, despues de una defensa sangrienta, gloriosa y desesperada, capituló el ejercito francés bajo las muros de Paris. Los Soberanos, á la cabeza de sus numerosas falanges, hacian su entrada en la Capital, en medio de un gentío inmenso que, con grandes aclamaciones, pedia que la antigua Familia de sus reyes viniese á reconciliar la Francia con la Europa.

Un hombre célebre en los movimientos de la política, tan hábil para aprovecharse de los acontecimientos como para separarse, en su adversa fortuna, de las opiniones en que ha sido alistado; el Príncipe de Benevente, digo, con-

vocaba en estas circunstancias críticas un cuerpo que debia á Napoleon toda su existencia. Menos ocupado en conservar las constituciones del Imperio, que las ventajas personales de los miembros que lo componian; y echando en cara á Napoleon los escesos, de que habia sido á la vez el consejero, el adulador y el cómplice: el Senado conservador pronunció su destronamiento, y la esclusion de su Hijo; arrogándose el derecho de llamar al trono á Luis XVIII, é imponiéndole una constitucion, la que llevaba anexa la disposicion esencial de que cada uno de los senadores y sus herederos conservarian *ad perpetuum* el rango, los honores y los emolumentos de que solo habian sido hasta entonces los usufructuarios.

La indignacion de todos los partidos, no ménos que la dignidad del Rey, desechó y anonadó esta acta ilegal de ingratitud y de egoismo.

¿En que órden de ideas, efectivamente, en que circunstancias de nuestra organizacion social, apoyaba esta Corporacion los derechos exorbitantes que tan repentinamente se arrogaba? Segun el sistema de legitimidad Real, ¿qué suponia el para imponerle condiciones? Segun las doctrinas de la soberanía popular, ¿qué era el Senado á la faz del pueblo, para atreverse á interpretar sus voluntades? Segun el órden impe

rial, de donde emanaba su poder, de donde nacia su orígen, ¿que era el Senado respecto al Emperador? ¿Habia recibido el encargo de defender, ó de trastornar el trono? Y aun suponiendo que el Gefe del Estado, habiendo realmente hollado las constituciones de la Francia, pudiese haber sido responsable en justicia á semejante Corporacion; que, sin ser citado ni oido delante de sus jueces hubiera sido condenado por justa sentencia, ¿segun que código político ó criminal, el Senado encargado de conservar las constituciones del Imperio, so pretesto de vindicar alguna disposicion desconocida, osaba violarlas en su misma esencia, destituyendo al Heredero de la corona, tantas veces jurado, y haciendo responsable á un niño inocente de los agravios imputados á su Padre?

Por lo demás, á su espada debia Napoleon su trono, y no á unos senadores que solo lo eran por él. Destruyendo la fortuna el Imperio, quedaba estinto el Senado; y unos simples ciudadanos no tenian el mas mínimo pretesto para meterse entre el pueblo y el Heredero de sus Soberanos.

Mas verdaderamente temible que el Senado para la causa de Napoleon, Europa habia visto romperse al fin la espada del Conquistador. A pesar de su genio indisputable, á pesar de su va-

lor y de la ciega obediencia de los guerreros que le rodeaban, forzado á ceder, quiso á lo menos que pasase á las manos de su Hijo el cetro que se escapaba de las suyas; pero Europa y Francia estaban decididas, y Napoleon firmó una abdicacion pura y simple concebida en los términos siguientes:

« Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleon era el único obstáculo al restablecimiento de la paz en Europa, declara que renuncia para sí y sus herederos el trono de Francia y de Italia; porque no hay sacrificio alguno, ni aun el de la vida misma, que no esté pronto á hacer en obsequio de los intereses de la Francia.»

Esta acta remitida por Napoleon á Caulaincourt, su ministro de relaciones esteriores, y á los mariscales Ney y Macdonald, fue llevada por ellos á los Soberanos aliados; y esto dió lugar al tratado de Fontainebleau, que aseguraba al Emperador que abdicaba su título y la soberanía de la isla de Elba. La suerte de María Luisa y de su Hijo quedó determinada por el artículo 5.º de este tratado:

« Los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla pertenecerán en toda propiedad y soberanía á S. M. la emperatriz María Luisa, pasando á su Hijo y á su descendencia en línea derecha:

el Príncipe su hijo tomará desde ahora el título de Príncipe de Parma, Plasencia y Guastalla.»

CAPITULO II.

Mientras que así se agitaban sus destinos, el jóven Príncipe y María Luisa se hallaban en Blois, rodeados de la Regencia espirante. Los consejos se sucedian con mas exactitud que resultado; y á la verdad, ¿qué hubieran ya podido las discusiones mas sabias, las deliberaciones mejor conducidas, las actas mas hábiles, cuando todo sucumbia á la fuerza irresistible de las armas; cuando ya el valor francés, el carácter, el genio y la espada de Napoleon de nada servian para contener el torrente armado que precipitaba los destinos del Imperio? Como en todas las crísis políticas, en que solo una voluntad inflexible puede obtener una influencia saludable, los consejos por sus discusiones metódicas, quedando muy atrás de la marcha rápida de los acontecimientos, señalaban mas y mas su impotencia absoluta. Una proclama que apa-

reció en 7 de abril fue el único acto público que probaba la existencia política de la Regencia en Blois; y á lo menos servia para anunciar que en medio de los peligros que la rodeaban, María Luisa habia defendido hasta el último instante la corona de su Esposo y de su hijo.

Esta proclama no fue conocida en Paris, en donde circularon clandestinamente muy pocos ejemplares. Por lo demás, era difícil que produjese el efecto que se habia propuesto María Luisa. En ella se anunciaba que la Capital estaba en poder de los estranjeros; y hacia muchos años que la Francia se habia acostumbrado á sufrir todas las revoluciones de que era víctima la Capital, ó que esta tenia á bien imponerla. Los partidarios del poder imperial veian el síntoma evidentísimo de su completa ruina en la impotencia de Napoleon para defender á Paris; el pueblo, aniquilado con tantos impuestos, conscripciones y guerras, volvia los ojos hácia aquella Familia cuyos infortunios habian sido la señal de todas las desgracias que sufriera la Francia.

Al siguiente dia de la publicacion de la proclama, Jose, Gerónimo y Cambaceres quisieron determinar á María Luisa á que abandonase á Blois juntamente con ellos, para establecerse

con su hijo y la Regencia á la otra parte del Loire. La Princesa rehusó positivamente seguirles; y queriendo los espresados instarla con violencia, llamó á Mr. de Bausset prefecto del Palacio.

« Mr. de Bausset, le dijo ella, entre los oficiales de la casa Imperial que están aquí, V. es mi conocido mas antiguo, habiéndole visto por primera vez en Braunau cuando se efectuó mi casamiento. Cuento con la adhesion de V., y voy á confiarle lo que está pasando aquí. Mis dos cuñados y el arquicanciller están allí..... en ese salon. Acaban de decirme que es preciso dejar á Blois al instante, y que si yo no queria á buenas, me harian llevar en mi coche á mí y á mi hijo á viva fuerza.

— ¿ Pudiera yo preguntar á V. M. cual es su voluntad personal? dijo Mr. de Bausset.

— Quiero permanecer aquí, para aguardar noticias del Emperador. »

Mr. de Bausset fue á toda prisa á avisar lo que pasaba al general Caffarelli, edecan de Napoleon y encargado del mando del Palacio, y á los oficiales de la guardia, todos los cuales indignados de la violencia que se maquinaba contra María Luisa, pusieron fin á tan estraña escena declarando abiertamente que se opondrian á tentativa semejante, y á cuantos desig-

nios tuviesen por objeto obligar á la Empératriz á salir de Blois contra su voluntad.

Pocos instantes despues llegó el Conde de Schouvalow, edecan general del emperador Alejandro, encargado por los Soberanos aliados de proteger la seguridad de María Luisa y de su hijo. El Baron de Saint-Aignan fue tambien enviado con iguales instrucciones por parte del Gobierno provisional. Así que llegó el oficial ruso, los miembros de la Regencia se apresuraron á solicitar de él sus pasaportes, y á dispersarse al momento de haberlos obtenido, conociendo que ya habian terminado sus funciones.

Despues de haber enviado dos cartas, una al Empérador su padre, y la otra á Napoleon, con quien queria reunirse en Fontainebleau, y al cual no habia ya de volver á ver, salió María Luisa con su hijo para Rambouillet. El Emperador de Austria, acompañado de su ministro el Príncipe de Metternich, fue allí al instante para ver á su hija. A la noticia de la llegada de su padre, corrió María Luisa á recibirle, al pie de la escalera del Palacio; y en el momento de verle apear del coche, arrebatando á su hijo de los brazos de madama de Montesquieu, se precipita hácia el Emperador, y le entrega el jóven Principe, como para con-

fiarlo á su ternura, á su proteccion. Profundamente conmovido el Emperador, estrechaba contra su pecho á su hija y al inocente infante, que le miraba sonriendo y que era el único á quien no afectaba esta escena de general emocion, en la cual era el principal interesado.

Despues de los instantes concedidos á los desahogos de mutuo afecto, anunció el Emperador á su hija que debia partir para Viena, donde deberia residir hasta que el Congreso que iba á reunirse en aquella Capital hubiese arreglado todo lo perteneciente á la toma de posesion de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, que la estaban asignados por el tratado de Fontainebleau.

En esta primera entrevista, suplicó María Luisa á su padre que en adelante la sirviese de guia.

«He hecho, decia ella, cuanto me ha sido dable para cumplir mis deberes como esposa y madre; no queria salir de Paris, y me hallaba dispuesta á correr la suerte de la Capital y del Imperio; el Consejo de regencia me ha forzado á trasladarme á las riberas del Loire La victoria se ha declarado en favor de los Soberanos aliados; mi papel está concluido, y volviendo al seno paternal sabré cumplir con mis deberes como madre.»

El emperador Alejandro y el rey de Prusia fueron sucesivamente á Rambouillet para visitar á María Luisa, y manifestarle con sus obsequios y cortesía todo el interés que les inspiraba su suerte. Desearon ver al jóven Príncipe; admiraron su hermosura é inocentes gracias, acariciando al tierno é ilustre juguete de la fortuna y de la política.

En 25 de abril salió de Rambouillet María Luisa y pasó el Rin el dia 2 de mayo: así el jóven Príncipe dejó, para no volverla á ver, aquella Francia que tres años antes habia rodeado su cuna con tantas aclamaciones, saludando su nacimiento como la aurora de un vasto porvenir.

El general Kinski, los Condes de Wrbna y de Tosi se hallaban en las márgenes del Rin encargados por el Emperador de recibir á su hija, y de escoltarla hasta Schænbrunn.

Al llegar al territorio aleman, María Luisa y su Hijo fueron rodeados de homenajes, de honores y de aclamaciones. Los Soberanos de los paises que atravesaban les hacian cumplimentar por los grandes oficiales de sus coronas. Por todas partes acudian los pueblos á verlos pasar; pudiéndose decir que se celebraba una fiesta general, considerándose como una felicidad pública el regreso de esta Archiduquesa de Austria.

En ninguna parte, empero, fueron mas escesivos los trasportes escitados por su presencia, que en el Tirol. Entusiasmados los pueblos animosos de aquellas montañas, que habian sido adjudicados á pesar suyo á la Baviera por el tratado de Presburgo, habian conservado por el Soberano de Austria y por su gobierno paternal una fidelidad afectuosa que nada habia podido inmutar. Buscando siempre la proteccion de su antiguo Señor, se les vió acorrer á las armas á la voz de su príncipe querido el archiduque Juan. Abandonados á sus propias fuerzas por la suerte de las batallas, lucharon con valor inalterable contra los ejércitos reunidos de Francia y de Baviera, y solo sucumbieron despues de haber envuelto á los enemigos en sus ruinas. Las hazañas de algunos de sus intrépidos adalides renovaron los prodigios de su antiguo valor, y por el carácter de su religioso sacrificio traian á la memoria el recuerdo de las luchas terribles de los guerreros de la Vendea contra las armas de la República. Hofer, cuya heróica memoria es la honra de aquellos paises, entregado á un tribunal militar, pagó con la vida sus generosos esfuerzos: sucumbió como habia vivido, siempre religioso y bravo; y bendiciendo á sus compañeros de armas, les predijo que el Tirol volveria algun dia al dominio de sus anti-

guos Señores, mientras miraba sin emocion el aparato de su muerte y las lágrimas que cercaban su suplicio. Forzados á herir á su víctima, como instrumentos de un mandato cruel, los soldados franceses rindieron homenaje á su valía, llevando sobre sus hombros el feretro en su funeral, condecorado con toda la pompa militar y con el duelo profundo de la patria.

Estos bizarros montañeses, olvidando la opresion de Bonaparte, así que vieron á la archiduquesa de Austria, se entregaron al regocijo de recibir entre ellos á la hija y al nieto de un Soberano tan querido, y manifestaban con sus trasportes la felicidad que les animaba al anticipar el próximo dominio del cetro paternal.

En Inspruck se agolpó la turba para saludar á los ilustres viajeros y tirar de su carroza con tal empeño, que varios accidentes de consideracion atristaron el recuerdo de aquel hermoso dia. A las calidades del carácter aleman juntan los Tiroleses toda la vivacidad de la imaginacion italiana: en estas circunstancias se manifestaban ingeniosos en multiplicar los medios de mostrar el entusiasmo que les encendia. Por la noche, vestidos en trages de fantasia, y adornadas las cabezas de plumas y de flores, un pueblo inmenso rodeaba el palacio de María Luisa, haciendo resonar el aire con sus cánticos naciona-

les, cuyo acento gutural tiene un carácter estraño aunque seductor, y al cual el eco de las montañas parece prestar un nuevo encanto, especialmente durante la calma de las hermosas noches del estío.

Nada habia variado en el palacio de Inspruck desde la dominacion de Baviera. María Luisa se halló en él rodeada de las memorias de su familia, y se admiró de la semejanza de su hijo con José II, hijo de María Teresa, retratado en uno de los cuadros que adornan sus salones.

Durante este largo viaje, el jóven Príncipe confiado á los esmeros de madama de Montesquieu, tomaba parte con toda la alegría característica de su edad en todos los objetos nuevos que se presentaban á su vista y entusiasmaban su imaginacion infantil. El era el único de los viajeros que gozaba de lo presente, sin detenerse en pensar en lo futuro, sin considerar lo pasado, cuya pérdida no estaba en disposicion de apreciar. La única pena que sentia á veces, era su separacion de los compañeros que participaban de los juegos de su infancia, y solia decir entonces suspirando: «Ya veo que he dejado de ser rey; pues me han quitado mis pajes.»

En las fronteras de Austria fue recibida María Luisa por el príncipe de Trautmansdorf, ca-

ballerizo mayor de S. M. I.; y á algunas jornadas de Schænbrunn, salió á recibirla con sincera y amable diligencia la Emperatriz de Austria, tan notable por su belleza, por las gracias de su espíritu y el encanto celestial de su carácter, digna hija de la archiduquesa Beatriz, último vástago de la ilustre casa de Este, que protegió las letras y fue celebrada por una lira inmortal.

María Luisa fijó su residencia en Schænbrunn, sitio imperial concluido por María Teresa, situado en la márgen derecha del Wien y á media legua de la Capital. En esta deliciosa mansion se detuvo Napoleon un instante para dictar leyes al Austria, y en la misma debia su hijo terminar su carrera prematura.

María Luisa empleaba sus dias en este retiro cultivando las artes que amaba, y en el estudio de las lenguas, especialmente la del pais que estaba destinada á gobernar. Las mañanas estaban consagradas por esta Princesa á la educacion de su hijo, de cuyo encargo era partícipe su aya madama de Montesquieu.

El Emperador, digno objeto del reconocimiento y afecto constante de sus súbditos, hizo su entrada en Viena en 15 de junio. Por la vez primera regresaba á su Capital triunfando de aquel cuyas victorias habian tantas veces estre-

mecido los cimientos de su trono. Una poblacion inmensa se agolpaba en torno de los arcos triunfales, que le habian erigido en la puerta de Carintia, en las avenidas de la antigua Basílica, á donde se encaminaba el Soberano para dar gracias al Dios de los ejércitos, y en los patios del palacio imperial, donde recibia los homenajes de todos los magnates y de todas las corporaciones de su Imperio. Mas por muy gratos que fuesen los trasportes que escitara su triunfo, no podian desvanecer el patético recuerdo del zelo filial con que sus pueblos le habian acogido despues de sus terribles reveses. Ahora veia un pueblo saludar entusiasmado sus victorias: entonces abrió los brazos para estrechar á su seno unos hijos que venian á consolar con su ternura los infortunios de su padre.

Al momento de su llegada á Viena, acorrió el Emperador á prodigar á su hija las caricias mas tiernas de su corazon paternal. En los desahogos de sus reuniones de confianza, le prometia incesantemente el apoyo de toda su ternura, repitiéndole la seguridad de que seria en adelante el tutor y padre del jóven Napoleon. En medio de los objetos de su primer afecto, rodeada de los dulces testimonios de su vivo interés y de los consuelos de un padre idolatrado, halló María Luisa, en compensacion de sus reveses, toda

la felicidad, todo el encanto de la existencia doméstica.

En aquella misma época llegó á aquellos sitios otra ilustre víctima del trastorno de los imperios, una hija de María Teresa y abuela de María Luisa. La reina Carolina, arrojada de Nápoles por los Franceses, y refugiada en Turquía para no admitir la proteccion de los Ingleses en Sicilia, habia acudido á Viena para reclamar sus derechos. Sus desgracias no habian empañado su valor, pero habian dispuesto su alma á simpatizar con las desgracias agenas. Precipitada del trono de Nápoles por Napoleon, ella hallaba sus propios hijos en la esposa é hijo de su perseguidor, á los cuales manifestó el mas tierno interés. Demasiado franca para ocultar su resentimiento contra Napoleon, al paso que enemiga generosa, reconocia sus altas calidades detestando el abuso que de ellas habia hecho. Hasta el dia de su muerte prodigó al jóven Príncipe todos los testimonios de su afecto maternal. La corona, que ella venia á reclamar, debia caer en breve de las sienes del usurpador, pero ya no le era permitido hallar reposo para sus canas; y pocos meses despues de su llegada al Austria, una muerte imprevista y súbita puso termino á las esperanzas y tormentos de su vida agitada.

Un congreso general iba á abrirse en Viena. La primera acta de la grande alianza habia sido declarar que no se ocuparia en arreglar los intereses materiales que pudieran resultar de la victoria, hasta que no fuese esta definitivamente conseguida: hasta el fin de la campaña, todos los paises reconquistados debian serlo en el nombre colectivo de todas las potencias aliadas, y administrados de igual modo hasta la paz. Solo esta sabia medida habria podido evitar las colisiones de intereses, que tan fácilmente introducen el disturbio en las alianzas mas bien cimentadas.

Pronto reunió Viena en su recinto una asamblea de emperadores, de reyes, de soberanos, de personajes ilustres, y de varones célebres en la guerra y en la diplomacia. Cien mil estranjeros habian acudido de todos los paises para ser testigos de esta solemnidad europea, cuyo aparato deslumbrador iba á terminar todos los prodigios de esta grande época.

Mientras que los diplomáticos discutian los complicados intereses de los pueblos y de las coronas, ocupándose en restablecer sus derechos violados, en sancionar nuevas existencias, en crear una nueva balanza política de estados por medio de la reparticion de indemnizaciones tomadas en los paises que la victoria habia re-

conquistado ó cedido los tratados, levantando de nuevo el edificio social sobre bases mejor proporcionadas, y mas sólidas, presenciaba Viena una serie no interrumpida de festejos y de espectáculos. El Emperador de Austria, tan sencillo en su trato ordinario, y que considera la economía como uno de los deberes mas sagrados para con sus pueblos, supo en estas circunstancias ostentar una magnificencia digna del gefe de un grande imperio. Rodeado de soberanos, los agasajaba con la mas hospitalaria suntuosidad. El palacio imperial era residencia de nueve testas coronadas y de un crecido número de príncipes que reinaban en varios estados. El Emperador multiplicaba las ocasiones de obsequiar á sus ilustres huéspedes. Aun se conserva la memoria de los conciertos, bailes, funciones teatrales, carreras de trineos, torneos etc., donde se veian reunidos tantos célebres personajes; donde los trages de todas las naciones ostentaban toda su magnificencia; donde, en medio de la pompa brillante del oro, de las pedrerías, de los diamantes, resplandecian tantas bellezas, entre las cuales descollaban por sus gracias y hermosura las dos Emperatrices de Austria y de Rusia, y las dos grandes Duquesas de Weimar y de Oldenburgo.

La Europa parecia celebrar la vuelta de su

independencia, creyéndose libertada en lo sucesivo de la influencia desastrosa del Genio de las batallas.

Retirada en Schœnbrunn con su hijo, vivia María Luisa tranquila, apartada del tumulto y del resplandor de unas fiestas en cuyo regocijo no le permitia alternar su situacion. Una sola vez, el deseo de presenciar esta grande reunion europea la condujo á una galería del palacio de su padre: allí, oculta á los ojos de todos, estuvo un instante mirando por una celosía: la solemnidad con que celebraban los Soberanos la caida de Napoleon, en la misma sala que cuatro años antes habia atestiguado la pomposa ceremonia de su casamiento con el que entonces dominaba la Europa. Entre las particularidades de aquella notable época, descubrió figurando en la Asamblea al hijo de Josefina.

María Luisa dejaba algunas veces su retiro para visitar á su padre en Viena. El Emperador gustaba desembarazarse del movimiento de los negocios políticos y de la pompa fatigadora de una continua etiqueta, para reunirse con su hija y su nieto en los lindos invernaderos que ha mandado construir cerca de su palacio, los cuales le sirven de jardin de invierno, y en donde este Príncipe se entrega á menudo á su ilustrado gusto por la botánica.

Los Soberanos y personajes ilustres reunidos en Viena consideraban como un deber el visitar á María Luisa en Schænbrunn y tributarla reiteradas pruebas de interés y de aprecio.

Entre las personas distinguidas cuya compañía venia á hacer placentera su soledad, estaba el Príncipe de Lorena, tan célebre en los principios de la revolucion francesa con el nombre de príncipe de Lambesc, y el príncipe de Ligne, esquisito modelo de gracia, de talento y de amabilidad, el cual, á la edad de ochenta años y en presencia de Europa reunida, no desmentia en nada su reputacion europea. Este amable anciano habia redoblado sus atenciones para con María Luisa despues de sus desgracias; y tenia particular gusto en conversar con el jóven Napoleon, cuyas ocurrencias vivas é infantiles le parecian desarrollar precoz inteligencia.

La primera vez que vió al jóven Príncipe le presentaron á este diciéndole:

«Monseñor, aquí tiene V. A. al mariscal Príncipe de Ligne.

—¿Es mariscal? preguntó el niño.

—Sí, monseñor.

—¿Es uno de aquellos que han abandonado á mi padre?»

Un dia que, lleno de entusiasmo por haber presenciado el brillo de la pompa militar con

que habia sido escoltado el entierro del general Delmotte, contaba el niño al príncipe de Ligne el placer que le habia causado el ver desfilar unas tropas tan bizarras: «Pronto, contestó el Príncipe, os proporcionaré mayor satisfaccion; pues que el entierro de un feld-mariscal es lo que hay de mas magnífico en esta clase de espectáculos.»

En efecto, no tardó mucho el Príncipe de Ligne en terminar su ilustre carrera. Su entierro fue una de las pompas mas brillantes del Congreso de Viena. Diez mil hombres sobre las armas, con todos sus equipajes de guerra, escoltaron su féretro, que iba seguido de un numeroso duelo de personajes célebres, hasta la cima del Kahlenberg, última montaña de la cordillera inmensa de los Alpes; donde fue enterrado no lejos de la antigua capilla en que Juan Sobieski humilló su frente ante el Dios de los ejércitos en la mañana del dia en que su valor heróico salvó á Viena y tal vez á toda la cristiandad.

Un trueno repentino turbó á la sazon los festejos y las solemnidades. Napoleon se escapa de la isla de Elba, y á la ruidosa algazara de la paz sucede un dilatado grito de guerra. El 7 de marzo de 1815, un correo despachado de Génova por el Cónsul general de Austria llevó á Viena

la relacion de este acontecimiento; pero solo se sabia aun el hecho de su evasion. A las siete de la mañana se recibió la noticia, y á las nueve los correos estaban ya en movimiento para llevar el órden de retrogradar á los ejércitos aliados, cuyas vanguardias habian ya llegado á la línea de Oder y á las fronteras de Hungría.

Tomáronse inmediatamente las medidas mas enérgicas contra la nueva tempestad que amenazaba á Europa. El Austria pone sobre las armas su landwehr; abre un nuevo empréstito de cincuenta millones; el emperador Alejandro pone en movimiento su grande ejército de Polonia; la Alemania y la Prusia vuelven á tomar las armas por un movimiento espontáneo; la Inglaterra aumenta sus fuerza de tierra y de mar; la España y el Piamonte disponen armamentos considerables: en una palabra, la Europa entera se levanta otra vez como un solo hombre.

Luego que llegó á Leon, dirigió Bonaparte sus proclamas á María Luisa por medio del Conde de Bubna, que mandaba á la sazon en Italia, y una carta en que la avisaba que en el momento de su entrada en Paris arreglaria su viaje, á fin de que se le reuniese sin tardanza. Era de su interes proceder así para persuadir á la Francia que su evasion de la isla de Elba habia sido concertada con el Austria; y cierto

que si esta potencia hubiera permitido que María Luisa y su hijo marchasen á su encuentro, habria contribuido sobremanera á acreditar el error que procuraba propalar.

Los agentes de Napoleon se esforzaban á propagar la creencia de un tratado concluido en la isla de Elba, en el mes de octubre de 1814, en virtud del cual el Emperador de Austria se comprometia á suministrarle cien mil hombres tan pronto como hubiera desembarcado en Francia; y él á su vez ofrecia doscientos millones al Emperador, el cual no debia dejar las armas de la mano hasta que todos los Monarcas hubiesen reconocido la legitimidad de los derechos de su yerno á la corona de Francia.

Estas fábulas fueron acogidas con ansia por todos los que se hallaban comprometidos en la empresa, y por los militares que sentian la necesidad de hallar un aliado; pero no podian hacer ninguna impresion en los hombres sabios y desinteresados, ni tampoco en los que conocian la severa probidad del Emperador de Austria y su fidelidad á sus compromisos.

Las memorias de aquella epoca hablaron de una trama cuyo objeto era apoderarse del Rey de Roma, y llevarlo á su padre. Esta maquinacion, decian, fue descubierta en el momento de su ejecucion: marchando el niño al momen-

to de Schænbrunn, para residir en el palacio del Emperador, separándole de su aya la Condesa de Montesquieu, que fue puesta en vigilancia hasta que la hicieron salir para Francia, por sospechas de complicidad. Este aserto es enteramente erróneo; ni el Gobierno austriaco, ni María Luisa, ni el Emperador tuvieron jamás conocimiento de semejante trama, que nunca existió, ó á lo menos no se traslució la menor huella ni principio de ejecucion, y por tanto no dió lugar á ninguna medida. El niño no salió de Schænbrunn durante todo el tiempo que residió su madre en Austria. Madama de Montesquieu, que habia consentido en trasladarse á Viena por dos años, solo se separó del jóven Príncipe cuando se juzgó que su inteligencia le permitia pasar bajo la tutoría de un ayo, segun el uso adoptado para los príncipes de la Familia imperial de Austria. La denegacion de esta trama consignada en las memorias del Conde de Bausset, prefecto de palacio, el cual se hallaba á la sazon en la servidumbre de María Luisa, está enteramente conforme con los asertos mas auténticos, recogidos por el autor de esta obra acerca de este asunto.

Entretanto Napoleon, llevado sobre el pavés de su ejercito desde Cannes á Paris, no habia encontrado ningun obstáculo en Francia á su

rápida marcha. Las tropas enviadas contra él se habian declarado en su favor. En vano el Duque de Angulema en el Drome, y la hija de Luis XVI en Burdeos, habian manifestado una firmeza igual á sus reveses; en vano los pueblos del mediodía habian desarrollado su animosa decision en favor de la causa Real: el ejército sublevado triunfó por todas partes, y en medio de una escena de público sentimiento se habia visto precisado Luis XVIII á huir de la Capital atemorizada, y á abandonar la Francia por segunda vez. Los fieles Vendeanos sostenian aun solos la bandera blanca, y empuñaban el acero para defenderla: Luis de Larochejaquelin cayó luchando heróicamente sobre un suelo que otras batallas habian ya empapado con la sangre de su heróico hermano.

Para apoderarse de nuevo del trono de Francia, se vió precisado Napoleon á admitir unas condiciones que embarazaban su poderosa accion, y unos aliados cuyos homenajes sospechosos le desagradaban casi tanto como la exaltacion desenfrenada.

Las vergonzosas cadenas con que procuraba abrumarle una faccion á quien por tan largo tiempo habia refrenado, y las intenciones decididamente hostiles que le manifestaban las potencias estranjeras, no le dejaban otra alterna-

tiva que la ruina ó la victoria. Solo esta última podia suministrarle medios de comprimir á los antiguos fautores de las doctrinas anárquicas: procuró organizar su designio, y se ocupó de él con la voluntad firme, activa é inteligente que le caracterizaba. En pocos dias reunió á sus órdenes un ejército formidable y abundantemente abastecido de municiones de guerra, de caballos, de armas y de artillería.

Despues de la ceremonia tan penosa para él de comunicar el acta adicional á las constituciones del Imperio, en la asamblea del Campo de mayo; despues de la convocacion y la apertura de las dos Cámaras, que le prestaron los juramentos mas solemnes de fidelidad, partió á la cabeza de ciento y cincuenta mil combatientes, y trescientas cincuenta piezas de artillería, para sorprender aisladamente los cuerpos separados del ejército europeo, el cual reunido contaba en sus filas un millon y cien mil guerreros.

El 16 de junio, despues de haber pasado el Sambre, atacó Napoleon á los Prusianos en Ligny, ganando á Blucher una victoria vivamente disputada. Conduciendo en persona una carga de caballería, cae el anciano Mariscal debajo de su caballo, herido de un balazo. Dos veces los coraceros franceses pasaron por encima de él sin conocerle; pero el guerrero levantándose en su

audacia é intrepidez infatigable, para empezar de nuevo la lid: «Hemos perdido la batalla, esclama, pero no el honor.» «Nuestros soldados, escribió en su relacion de la batalla, se han batido con una pujanza superior á cuanto de ellos podia esperarse.»

El 17, Blucher y Wellington se replegaron sobre Wavres y Waterloo: Napoleon empleó aquella noche y la siguiente mañana en concentrar penosamente sus tropas, que se hallaban fatigadas del combate y de la lluvia, sobre las alturas que hacian frente al ejército de los enemigos.

El dia 18 se trabó la accion mas encarnizada entre Napoleon y el ejército inglés, á las inmediaciones de Waterloo. Despues de una lucha furiosa y sangrienta, despues de haber hecho prodigios de valor, sucumbe el ejército francés: Wellington y Blucher se reunen para dispersar, perseguir y anonadar los restos. Napoleon fugitivo regresa á Paris, y cuando todo en aquella capital era júbilo por la victoria de Ligny, llegó él mismo á llevar la nueva desastrosa de la derrota de Waterloo. Despues de una campaña de tres dias, todo quedaba aniquilado, y destruido el ejército que poco antes se habia visto marchar tan formidable y bizarro.

Por lo demás, el poder de Napoleon habia es-

pirado. Todos sus esfuerzos para obtener soldados, subsidios, en una palabra, medios de renovar la lucha, fueron recibidos con frialdad y consternacion. Dícese que tuvo entonces intencion de apoderarse de la dictadura militar; mas ¿que era el Emperador en Francia, sino un dictador perpetuo cuyo poder absoluto estribaba en dos condiciones indispensables: la victoria y la fuerza. Un nuevo título, un dictado inferior que solo suponia un poder transitorio, y que revelaba todas las ideas de la República, no podia borrar sus reveses ni restituirle su poderío.

Los que le habian proclamado electo del pueblo, que habian especulado sobre sus talentos, que habian jurado defenderle á todo trance, se manifestaron desapiadados para con él en la hora de la adversidad.

La voz estinta de Lafayette volvió á sonar de repente, para escitar la Cámara de los diputados á desconocer á Napoleon desgraciado, y á declararse contra el, para juzgarle como traidor en caso de que se valiese de sus derechos constitucionales pronunciando la disolucion de la Cámara.

Sus proposiciones fueron acogidas en gran parte, y se sustituyó la autoridad absoluta de las Cámaras á la autoridad constitucional del Em-

perador, so pretesto de la gravedad de las circunstancias; como si á pesar de sus reveses, no fuese Napoleon el único hombre cuyo ascendiente militar, cuyo genio y esperiencia pudieran ofrecer aun la esperanza de salud á los que habian sumergido su patria en nueva revolucion al abrazar su partido; como si los discursos de las tribunas, las vanas arengas de los declamadores, ó las resoluciones de las Cámaras, pudiesen equivaler en presencia del enemigo á los relevantes talentos de un gran Capitan.

Algunos partidarios de Napoleon, sus ministros, y especialmente su hermado Luciano, se opusieron á estas disposiciones hostiles; y parececia que contaban con la pluralidad de los votos. *Mr. de Lafayette ganó á pesar de esto el fatal honor de reanimar la discordia*, dice Mr. de Norvins en su *Historia de Napoleon;* á su influjo los representantes de la Nacion exigieron que el Emperador abdicase; y á pesar de los esfuerzos de Labedoyere, los Pares acogieron las resoluciones de la otra Cámara.

¡Así la espada que la suerte quebrara en las manos valerosas de Napoleon, debia serle arrancada á este grande hombre por Lafayette!.... Este último ultraje de la fortuna le llenó de indignacion... Su testamento manifiesta cuan presente lo tuvo.

« Quieren que abdique hoy, decia, y mañana ya no existirá el ejército. Si me hubieran rechazado cuando desembarqué en Cannes, ya lo entiendo..... Si me hubiesen derribado hace quince dias, habria sido un rasgo de valor..... pero hoy!.. es cobardía.» Sin embargo, rodeado de sus consejeros abatidos casi todos, firmó su abdicacion, reservando todos los derechos que la constitucion imperial aseguraba á su hijo.

Si esceptuamos los partidarios de la dinastía legítima, que no habian tomado parte en las últimas elecciones, la Cámara de los representantes se componia de adherentes á diversos partidos. «Napoleon II y la Regencia, dice Mr. de Norvins, tenian evidentemente la mayoría en la Cámara; pero el partido de Orleans contaba tambien con un crecido número de defensores, que el ministro Fouché sostenia bastante á las claras. »

Entretanto Wellington y Blucher se acercaban á Paris, y varios encuentros habian ya ocurrido no lejos de la Capital. Al estruendo de las armas ofreció Napoleon encargarse del mando del ejército como general, y de defender en persona el trono de su hijo. Esta proposicion aterró á los partidos, que temian mucho mas, segun sus cálculos ambiciosos, el ascendiente de Napoleon que la llegada de los ejercitos aliados. Conocie-

ron desde luego que una lucha inútil y desesperada ofreceria peligros insuperables, y que no era prudente arrostrar.

Para asegurarse contra las tentativas de Napoleon, colocó la Comision cerca de él al general Becker, que segun dicen era su enemigo personal á causa de antiguos resentimientos. Pronto se le remitió la órden de alejarse de Paris, y de salir de Francia. En su consecuencia partió el Emperador para Rochefort, donde dos fragatas tenian órden de aparejar inmediatamente para conducirle á América. El capitan Maitland, que se hallaba cruzando á la boca del puerto, declaró á los enviados de Napoleon que en virtud de instrucciones muy precisas era su obligacion oponerse á que saliese de Rochefort ningun buque francés ó neutral que llevase á su bordo á Napoleon.

Hallándose imposibilitado de escapar, fue Napoleon á bordo del *Belerofonte*, y poniéndose bajo la salvaguardia de los Ingleses, dirigió al Príncipe regente la carta que sigue :

« Alteza Real :

« Objeto de las facciones que dividen á mi Patria, y de la enemistad de las grandes potencias de Europa, he consumado mi carrera po-

lítica. Vengo, como Temístocles, á sentarme en el hogar del pueblo británico: me pongo bajo la proteccion de sus leyes, que reclamo de V. A. R. como la del mas poderoso, constante y generoso de mis enemigos.»

NAPOLEON.

Habiendo avisado el capitan Maitland á Napoleon que todo estaba dispuesto para su recibimiento, añadió que en aquel instante hacia partir para Inglaterra el bergantin *Staney*, á cuyo bordo iba el general Gourgaud, encargado de entregar su carta al Príncipe regente.

El dia 15 de julio de 1815 dejó Napoleon la Francia, saliendo de la rada de Aix á bordo del bergantin *Epervier*, cuya tripulacion le acompañó con sus aclamaciones y lágrimas al trasbordarle al *Belerofonte*, en el cual le hicieron una honrosa acogida. El capitan Maitland se hizo al instante á la vela, y entró á poco tiempo en la rada de Torbay. Dificil seria describir con qué entusiasmo de interés y de curiosidad acudió á la rada el pueblo ingles: innumerables embarcaciones rodeaban el navío de dia y de noche, procurando acercarse á él, á pesar de las mas estrictas prohibiciones: todos querian dar una ojeada al hombre estraordinario que por tan largo tiempo habia llenado la Europa con su

renombre. Al punto de su llegada recibió órden el capitan del *Belerofonte* que no permitiese á ningun francés saltar en tierra, ni tener comunicacion con los habitantes. Poco despues llegó á bordo el almirante Keith, para notificar á Napoleon la decision del primer lord del Almirantazgo, el lord Melvil, la cual indicaba que á fin de asegurar la tranquilidad de Europa, los ministros ingleses habian elegido para futura residencia de Napoleon la isla de Santa Elena, cuya situacion local le permitiria disfrutar de mas amplia libertad, que la que pudiera concedérsele sin peligro en ninguna otra parte.

Napoleon protestó con vehemencia contra esta decision; apeló al pueblo inglés y á sus leyes, diciendo que se habia entregado voluntariamente á la hospitalidad británica; que era el huésped, no el prisionero de Inglaterra; que pedia ser recibido ciudadano inglés; y apelaba á los tribunales contra la crueldad y violencia que á su persona se hacia. « Yo ofrezco al Príncipe regente, añadió, la mas bella página de su historia, poniéndome bajo su proteccion. Os he hecho la guerra durante veinte años, y os doy la mas alta prueba de confianza, colocándome voluntariamente entre las manos de mis enemigos mas inveterados y constantes. Acordaos de quien he sido, y de cual era mi rango entre los soberanos europeos.»

Las potencias aliadas, forzadas por la evasion de Napoleon y por su empresa á recomenzar la guerra, habian visto sus nuevos esfuerzos coronados con una pronta victoria : pero la sangre de los pueblos habia corrido; y creyeron á consecuencia que era su deber, ya que no de vengar las naciones de esta nueva tentativa, á lo menos de ponerlas á cubierto en adelante de las audaces agresiones de un hombre cuya actividad, ambicion, genio é influencia eran tan evidentemente peligrosas para el descanso de Europa. Estas consideraciones dieron lugar á la bien conocida convencion, firmada en Paris á 2 de agosto por el lord Castlereagh, Wellington y el príncipe de Metternich.

Encargado por este convenio el Gobierno británico de la custodia de Napoleon, decidió que fuese al momento conducido á Santa Elena á bordo del *Northumberland*. El almirante Cockburn se hizo á la mar en 11 de agosto, alejando de Europa al hombre que tantas veces la habia estremecido con sus triunfos. Los generales Montholon, Bertrand, Gourgaud, y el conde de las Casas le acompañaron, determinados á participar de su cautiverio en aquel escollo lejano.

¡Honor eterno á sus nombres! El vulgo, tan dispuesto á aplaudir los triunfos, tan inexora

ble en condenar los reveses, se ve obligado sin embargo á respetar á aquellos que han sido fieles al infortunio. El obsequio á la desgracia tiene algo de sagrado y de noble, que parece redimir á la humanidad de las bajezas de las adulaciones que al poder tributa.

El generoso sacrificio de algunos hombres valerosos que se condenaron voluntariamente á aislarse de toda relacion con su patria, con la Europa, con el mundo civilizado, á fin de participar del infortunio de aquel que habia sido su señor, honra mucho mas la memoria de Napoleon que el servil incienso que quemaron á los pies del ara de su fortuna los que despues le vendieron ó insultaron en su adversidad.

Despues de haberse deshecho de Napoleon, el Gobierno provisional y las Cámaras procuraron inútilmente, ya por medio de sus actas, ya con las declamaciones de la tribuna, escitar los Franceses á la resistencia, para obtener por este medio unas condiciones mas análogas á sus miras, mas favorables á sus intereses. El gran número de propietarios y gefes respetables de familia se indignaban contra los autores de todos los desastres que se habian desplomado otra vez sobre la patria sufriente; y se preguntaban si era justo padecer de nuevo las consecuencias funestas de la anarquia, á causa de la

terquedad de algunos hombres que no temian esponer el pueblo á derramar nuevos torrentes de sangre para halagar sus pasiones, rechazando del trono una familia cuyo recuerdo estaba vinculado con tantos beneficios, y cuya noble existencia era contemporánea de las épocas mas remotas de nuestros anales.

Privado de su caudillo, el ejército manifestaba poca disposicion á obedecer á unos hombres que eran estraños á su gloria militar; y sin dar oidos á la elocuencia de los oradores, concentraba en Napoleon su patriotismo todo, electrizándose con el ascendiente de su gran renombre, y no con vanas disertaciones sobre oscuras teorías. «¿Porque hemos de seguir batiéndonos, decian, si ya no tenemos Emperador?»

El Gobierno provisional hizo todos sus esfuerzos por tratar con los soberanos aliados, pero así el como sus agentes se hallaban alucinados por sus pasiones, y desconocian los verdaderos intereses de las potencias coaligadas, suponiendo equivocadamente que ya comenzarian los varios intereses de cada uno á sembrar la discordia entre aquellos á quienes la necesidad habia unido para el triunfo de un principio esencial y fundamental de su coalicion, la doctrina del legítimo derecho de herencia.

Habiendo los enviados llegado á Haguenau,

no lograron ser admitidos á la presencia de los soberanos, en atencion á que no podian reconocerse en ellos un carácter oficial, pues que el Gobierno de que eran plenipotenciarios, á pesar de haber destronado á Napoleon en su adversidad, debia su existencia á los ejércitos que Europa habia armado de nuevo para combatirle y sofocarle.

Estos plenipotenciarios fueron oidos por los generales Walmoden, Knesebeck, el conde Capo de Istria y el lord Stuart. Pidieron que se reconociese á Napoleon II, y en falta de este al duque de Orleans ó algun soberano estranjero. De resultas de esta conferencia, recibieron la notificacion de que los monarcas aliados no podian entrar en ninguna negociacion actual, y al mismo tiempo se les comunicó la órden de salir al momento de Haguenau, que verificaron bajo la escolta de un oficial, y el dia 5 de julio se hallaron ya en Paris para informar á sus principales de la inutilidad de su mision, y de las intenciones que manifestaban los aliados.

Apurada por la rápida marcha de los ejércitos y de los sucesos, la Comision del Gobierno habia enviado una diputacion al cuartel general del lord Wellington, que solo distaba cinco leguas de Paris, con el objeto de solicitar un armisticio. Los diputados insistieron en la trasmision

del trono de Napoleon á su hijo. Wellington les respondió que segun su parecer, como hombre particular, pero el cual merecia alguna atencion, la medida que proponian no daba á Europa la mas leve garantía de seguridad, y á la Francia ninguna condicion de calma ni de dicha: que solo Luis XVIII, en su concepto, podia reunir las calidades necesarias para que la Europa no exigiese de la Francia numerosas, precauciones y sensibles sacrificios.

El Lord puso fin á estas negociaciones manifestando á los enviados unos pliegos que acababa de recibir del príncipe de Metternich y del conde de Nesselrode, ordenándole de parte de los soberanos aliados acelerar las operaciones militares, al paso que le intimaban que todo armisticio concluido por él ó por el general Blucher no podia retardar la marcha de aquellos.

Los restos del ejército de Waterloo se habian replegado sobre Laon al mando de los generales Grouchy y Soult, y de allí habian llegado en buen órden bajo los muros de Paris. Estas tropas, en número de sesenta mil hombres y reforzadas con diez y siete mil confederados, se habian estendido por las líneas de Saint-Denis, de Montmartre, y de Saint-Chaumont, defendidas por trescientas bocas de fuego. Instruidos los

aliados por la sangrienta esperiencia de 1814, evitaron los peligrosos azares de un ataque por las alturas; y pasando á la márgen izquierda del Sena, en donde lograron establecerse despues de una viva resistencia, sostuvieron la comunicacion entre sus ejércitos. Paris por aquel lado no tenia otra defensa que el valor de sus tropas; y los llanos de Versalles fueron testigos de dos acciones honrosas para las armas de Francia.

Mas estas luchas desiguales no podian detener el drama político que caminaba á su desenlace. Despues de un consejo de guerra, celebrado en la noche del 2 al 3 de julio, se reconoció la inutilidad de prolongar la defensa de Paris, y se concluyó una tregua. Segun los términos de la convencion firmada en Saint-Cloud al dia siguiente, el ejército francés debia evacuar á Paris en término de tres dias, y retirarse mas allá del Loire, llevando consigo todos sus convoyes, equipajes y artillería. La guardia nacional debia seguir haciendo el servicio en Paris; las propiedades públicas debian ser respetadas, así como la seguridad y los derechos de los habitantes.

En una entrevista que tuvo lugar entre Wellington y Fouché, para la ejecucion de este convenio, el general inglés comunicó al ministro la intencion formal de su Gobierno y de las

potencias aliadas de no reconocer otro rey de Francia que Luis XVIII, el cual deberia hacer su entrada solemne el dia siguiente (8 de julio) en su capital.

En conformidad con las disposiciones de la convencion, algunos batallones prusianos ocuparon las avenidas de las Tullerías, y la Comision del Gobierno se separó, despues de haber dirigido á las dos Cámaras el mensaje siguiente:

« Hasta ahora habíamos creido que la intencion de los soberanos aliados no estaba unánime acerca de la eleccion del príncipe que debia reinar en Francia. Nuestros plenipotenciarios nos dieron á su regreso la misma seguridad. Sin embargo, los ministros y generales de las potencias aliadas han declarado, en las conferencias que han tenido con el presidente de la Comision, que todos los soberanos se habian comprometido á colocar de nuevo en el trono á Luis XVIII, el cual mañana por la mañana debe hacer su entrada en la capital. Las tropas estranjeras acaban de ocupar las Tullerías, donde reside el Gobierno. En este estado de cosas, solo nos resta la facultad de elevar al Cielo nuestras súplicas por la Patria; y no siendo ya libres nuestras deliberaciones, creemos que es nuestra obligacion el separarnos.»

Despues de haber oido la lectura de este men-

saje, los pares se levantaron en silencio, retirándose sin ninguna deliberacion. No sucedió lo mismo con los representantes : estos rehusaron considerar como terminada su mision, y protestaron de la violencia que sola podria impedir sus sesiones y el cumplimiento de sus deberes. El dia siguiente, empero, cuando acudieron al palacio de sus sesiones, hallaron las puertas cerradas por órden del general Dessolle, y un destacamento de la guardia nacional les obligó á dispersarse.

El rey Luis XVIII volvió á entrar en su capital el dia 8 de julio. Sean cuales fueren hoy las aserciones de los enemigos de la ilustre Familia de nuestros reyes, todo el mundo se acuerda, y la Europa ha sido testigo de los trasportes de júbilo con que fue aclamado el regreso de aquel Monarca. Fatigada de cien dias de desgracias y de discordias, la Francia entera se entregaba al regocijo, presagiando los años de prosperidad progresiva que debia disfrutar bajo un cetro paternal.

CAPITULO III.

Mientras que la Europa entera habia vuelto á tomar las armas para recomenzar las luchas más sangrientas; mientras que el cetro tan rápidamente recuperado por Napoleon, habia sido arrancado con igual presteza de sus manos poderosas; y de resultas de su última abdicacion: se contestaba el derecho de herencia de Napoleon II dando márgen á discusiones tan violentas: el jóven Príncipe, indiferente á todas estas tempestades, pasaba sus dias pacíficos y felices al lado de su madre, en la tranquila residencia de Schænbrunn.

Ya habia llegado el instante en que su inteligencia activa reclamaba los primeros cuidados de una educacion seguida, metódica y progresivamente desarrollada. El Emperador debia confiar la direccion de unos conocimientos tan delicados por tantos motivos, á un hombre cuyo carácter y existencia pudiesen justificar la sabiduría de su eleccion. A los ruegos de María Luisa, nombró al intento el conde Mauricio de Dietrichstein, miembro de una de las familias

mas ilustres de su imperio, y que reunia á los sentimientos mas nobles un carácter verdaderamente leal y conocimientos tan estensos como variados. Por su elevada posicion social, por sus calidades universalmente reconocidas, el Conde de Dietrichstein se hacia acreedor á la confianza del Monarca; y semejante eleccion probaba suficientemente toda la importancia que daba el Emperador al depósito que solo juzgaba debia confiar á tan dignas manos.

Madama de Montesquieu se separó con el mayor sentimiento del Príncipe, á quien habia prodigado los mas tiernos y asiduos cuidados.

En virtud de la convencion del 2 de agosto de 1815, las potencias aliadas habian estipulado que Napoleon, á quien consideraban como el prisionero de Europa, seria confiado especialmente á la custodia del gobierno británico; que las cortes de Austria, Rusia y Prusia nombrarian sus respectivos comisarios para habitar en el sitio señalado por Inglaterra para residencia de Napoleon; y que sin gravitar sobre ellos la responsabilidad de su custodia, deberian sin embargo asegurarse de su presencia.

La corte de Viena eligió para esta mision al baron de Sturmer, hijo del Internuncio de Austria en la Puerta otomana, y comisario de su Gobierno en el cuartel general del ejercito austriaco, durante las campañas de Francia.

El príncipe de Metternich le dió sus instrucciones, con arreglo á las cuales debia tomar todas sus medidas de acuerdo con sus colegas, y especialmente con el gobernador, sobre el cual recaia toda la responsabilidad de la custodia y vigilancia de Napoleon. Se le recomendó que no tuviese ninguna relacion directa con los franceses que residian en la isla, debiendo estar sujetas todas sus comunicaciones á la inspeccion del gobernador, á fin de que este no ignorase ningun paso, ninguna correspondencia de los que estaban confiados á su custodia, para estar siempre en disposicion de oponerse á todas las tentativas que pudiesen concertarse.

Al partir el baron de Sturmer para su destino de Santa Elena, el célebre Alejandro de Humboldt aconsejó al Emperador que enviase con el comisario austríaco un botánico para esplorar las riquezas vegetales de la isla, y trasladarse en seguida al cabo de Buena-Esperanza, para continuar sus investigaciones. El Emperador, que protege los estudios botánicos, aprobó el consejo del ilustre sabio.

Se escogió para esta lejana espedicion á Mr. Wellé y á su socio Mr. Boos, primer jardinero de Schænbrunn. El primero era un hombre muy estudioso y versado en las ciencias naturales, de suma aplicacion á sus trabajos, y por consi-

guiente incapaz de entrar en ninguna clase de manejo. El dia de su marcha, Mr. Boos, amigo de Mma. Marchand, madre del primer ayuda de cámara de Napoleon, y empleada en la servidumbre de cámara del jóven Príncipe, encargó á Wellé una carta y un pequeño paquete dirigido á su hijo; indicándole que el paquete contenia un rizo de cabellos, el cual debia entregar á Marchand con toda reserva, no fuera que la demasiada severidad del gobernador interceptase este recuerdo de la ternura maternal.

Así que la espedicion llegó á vista de Santa Elena, el baron de Sturmer dio á las personas de su comitiva varias órdenes con arreglo á las instrucciones que él mismo habia recibido; previniéndoles que ninguna carta ni paquete podia remitirse directamente á los franceses residentes en la isla; que todo debia serle entregado á el mismo, á fin de que pudiera remitirlo á los interesados por el medio indispensable del gobernador. En consecuencia les mandó que declarasen si tenian algunos encargos de la espresada naturaleza. Temeroso de desairar á Mr. Boos faltando á su promesa, Wellé guardó silencio, y al desembarcar en la isla halló fácilmente el medio de remitir á Marchand el paquete que su madre le enviaba.

De repente se improvisó una fiesta en Long-

wood: Napoleon habia recibido un rizo de su hijo, y una carta cuyos caracteres se habian trazado guiándole al niño la mano inesperta. El Cautivo de Santa Elena logró olvidar un instante los pesares que devoraban su alma. Manifestó la mas viva alegría los mismos trasportes con que el dia antes de la batalla de Borodino acogiera el retrato del jóven Príncipe. Como entonces habia mostrado el retrato á sus oficiales casi sobre el mismo campo de batalla, enseñaba ahora con ansia á los que le rodeaban los cabellos y la carta que acababa de recibir. ¡Que diferencia empero debia presentar á su idea una mudanza tan prodigiosa en su situacion! A orillas del Moskowa, ceñido de un ejército formidable, repleto lo pasado de constantes victorias, ceñido lo futuro de prestigios de triunfo y de poder; ahora, sobre el peñasco de Santa Elena, el espectáculo del cautiverio, el recuerdo punzador de catástrofes recientes, un porvenir descolorido, y anonadado... sin esperanza! En breve anublaron esta fiesta las reflexiones mas roedoras.

Los cabellos y la carta de su hijo no fueron las únicas memorias de aquel que consolaba á Napoleon en su destierro. En el testero de su cama apareció colocado un busto del jóven Príncipe, cuya fisonomía notable por su semejanza con las facciones del original, era obra

de un escultor francés establecido en Viena. El conde de Bausset, durante su viaje á Saboya, en la comitiva de María Luisa, logró remitir esta espresion á Santa Elena, y una carta de la princesa.

Los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla fueron cedidos á María Luisa por el tratado de 11 de abril de 1814, y como ya se ha dicho, debia recaer en su hijo la soberanía de estos estados, de cuyo título se hallaba ya en posesion; pero la antigua Reina de Etruria, que habia inútilmente disputado los derechos de la casa de Lorena, reclamó para su hijo los estados hereditarios de Parma, de los cuales solo la violencia pudiera despojarle. La empresa de Napoleon habia dado lugar á que el Congreso declarase en su acta de 13 de marzo, que de resultas de esta agresion armada contra la Francia, quedaba completamente anulado el tratado de Fontainebleau. Así ya era inútil apoyarse en este acto para desechar las reclamaciones que secundaba fuertemente el Sr. D. Pedro Labrador, ministro plenipotenciario de España. Para satisfacer los deseos de esta potencia, y acallar las zozobras de los príncipes italianos al ver al hijo de Napoleon establecido entre ellos, los plenipotenciarios franceses propusieron restituir el ducado de Parma á su antiguo soberano, dando á

María Luisa por via de compensacion las rentas de los bienes alodiales que el Rey de Baviera poseia en Bohemia, conocidos con el nombre de tierras bávaro - palatinas, juntamente con el principado de Lucca, reversible al gran Duque de Toscana por muerte de aquella princesa. Guiado siempre por sus sentimientos desinteresados, declaró el Emperador que si exigia el reposo de Europa que su hija renunciase á toda soberanía, se hallaba pronto á consentir en ello, dejando al cuidado de las potencias el satisfacer las justas demandas de indemnizacion que María Luisa tuviese derecho de presentar.

Suscitáronse algunas dificultades en órden á la restitucion de Plasencia, que el Austria queria conservar interinamente como punto militar de la mayor importancia; al paso que la corte de España rehusaba admitir toda idea de desmembrar el ducado de Parma, á menos de recibir en Italia igual compensacion.

El Congreso respondió al plenipotenciario español, por su declaracion de 9 de junio, que el infante D. Cárlos Luis poseeria, en lugar de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, el principado de Lucca y una indemnidad de quinientos mil francos de renta perpetua. La infanta doña María Luisa, ex-reina de Etruria, rehusó esta disposicion á nombre de su hijo,

del cual era tutora; y la archiduquesa María Luisa conservó los ducados de Parma, sin que estos fuesen en adelante reversibles al jóven Napoleon.

Despues de esta resolucion, y á solicitud de España y Francia, las potencias aliadas decretaron, en convencion de 10 de junio de 1817, en Paris, que las disposiciones del acta del Congreso de 9 de junio, relativas al ducado de Parma, quedaban en toda su fuerza con respecto á la archiduquesa María Luisa; mas que al fallecimiento de esta tendria lugar la reversion á favor del infante D. Cárlos Luis y de sus descendientes por línea masculina; y que al momento de volver á entrar este príncipe en posesion de Parma, el ducado de Lucca pasaria á la dominacion del gran Duque de Toscana.

Así por estas disposiciones recientes, como por la anulacion del tratado de Fontaineblau, el hijo de Napoleon, llamado hasta entonces duque de Parma, se halló de golpe sin nombre, sin título y sin herencia.

Al Emperador pertenecia remediar esta nueva desgracia; pues debia á sus sentimientos paternales dar á su nieto un rango, un título, una existencia, y suministrarle una compensacion de los estados que se le habian asegurado por el convenio de Fontainebleau. Aunque la invasion

de Napoleon hubiese dado márgen á que las potencias anulasen esta concordia, el Emperador no podia imputar á su nieto las tentativas de su padre, ni hacerle responsable de ellas. Consentia en todos los sacrificios, en todas las condescendencias que exigia la política; pero quiso conciliarlas con lo que le dictaban su equidad y ternura por un niño que la Providencia habia cometido á sus esmeros. Con este objeto, en letras patentes del Emperador, fechas 22 de julio de 1818, quedó definitivamente arreglada la posicion del jóven Príncipe.

«Damos, dice esta acta, al príncipe Francisco Jose Cárlos, hijo de nuestra bien amada hija la archiduquesa María Luisa, el título de Duque de Reichstadt.» Se habia tratado por algun tiempo de dar al príncipe el título de Duque de Modling, nombre de la residencia de los antiguos margraves de Austria; pero como la tierra de Modling ya no pertenecia á la casa Imperial, se creyó que habria inconveniente en semejante designacion, y se eligió el título de Duque de Reichstadt, nombre de una de las tierras que debian formar su infantazgo.

Por el mismo decreto se designaban los blasones y se decidia que en adelante, tanto en la corte como en toda la estension del imperio, el príncipe Francisco Jose Cárlos, duque de Reichs-

tadt, tomaria su rango inmediatamente despues de los príncipes de la Familia imperial y de los archiduques de Austria.

Una acta particular le conferia la propiedad eventual de las tierras bávaro-palatinas situadas en Bohemia, como ya se ha dicho, para que la disfrutasen él y sus descendientes varones, con reversion á la corona de Austria en caso de llegar á estinguirse su posteridad masculina; las rentas estaban calculadas en quinientos mil francos, pero no debia entrar en posesion hasta el fallecimiento de María Luisa; la cual, hasta entonces, deberia suplir alimentos á su hijo como soberana de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla.

Se ha observado en las actas relativas al duque de Reichstadt la supresion del nombre de Napoleon: yo mismo me admiré cuando me mostraron las piezas originales; y no pude menos de comunicar mi sorpresa á un célebre hombre de estado.

"Para juzgar una determinacion, me respondió él, es preciso colocarse en la situacion y trasladarse á la época en que fue tomada. Un acto que parecia indispensablemente necesario ahora catorce años, podria considerarse hoy bajo un aspecto absolutamente distinto.

"Retrocedamos el pensamiento á la epoca en

que la Europa, despues de una lucha y una opresion de tantos años se habia levantado para vengar su honor y reconquistar su independencia; recordemos la indignacion y el furor de los pueblos, cuando, en premio de una imprudente confianza, Napoleon holló los tratados, y saliendo de la isla de Elba, comprometió de nuevo la existencia de aquellos, y pareció hacer inútil en un instante tanta sangre vertida en el campo de batalla. No estuvo en el poder de la victoria el aplacar tan pronto estos resentimientos.

«En el dia, ya el odio ha dado lugar á la moderacion. Las ideas se han modificado, tomando diferente direccion: pero entonces la Alemania indignada, consideraba su odio á Napoleon como un vínculo de virtud que debia unir á sus pueblos; era un deber casi religioso; era un mandamiento inviolable que la habia impuesto el fanatismo; y el nombre del opresor de las naciones la inspiraba un sentimiento de horror.

«Acordémonos cuan poco popular era ya su nombre, aun en la misma Francia; cuantas familias habian solicitado para sus hijos el honor de llevar el nombre del gran Capitan, las cuales, cediendo en su infortunio al resentimiento general, mudaron el nombre de Napoleon por

otro menos célebre, ó á lo menos lo redujeron á sus dos últimas sílabas.

«Pero hubo razones de mayor importancia que dictaron esta determinacion. La Europa acababa de reconocer á cuantos peligros se habia espuesto dejando á un guerrero tan emprendedor el prestigio que acompañaba el título relevante que aun le distinguia. Al dar á todos los reyes y soberanos que habia creado él mismo en su familia el nombre de Napoleon, bien así como los sucesores de Julio y de Octavio, que llevaban el título de Augusto y de César, logró colocarlo entre las insignias del rango imperial, convirtiéndolo en denominacion de dinastía, á la cual procuraba fijar una significacion de autoridad y de poder. El Emperador de Austria, que ya habia sacrificado todos sus afectos á la seguridad y dicha de sus súbditos, ansiaba probarles así como á la Europa, que en ninguna situacion le arrebatarian sus sentimientos paternales sobre sus principios y su amor á su pueblo. Con esta mira pues despojó al Príncipe del nombre de su dinastía, así como le habia rehusado el título de emperador, á fin de que en lo sucesivo todos sus dictados, emanando del Austria, probasen que solo era príncipe austríaco.»

Allanadas todas las dificultades relativas á la

posesion del ducado de Parma, partió María Luisa para sus nuevos estados, quedando el Príncipe al lado del Emperador.

Era un espectáculo tiernísimo el contemplar la intimidad que se estableció al instante entre el Monarca y su nieto. Un secreto instinto parecia indicar al niño que toda su existencia en adelante debia cifrarse en la proteccion de su abuelo. El Emperador esperimentaba el profundo interes que debia naturalmente inspirarle un ser tan allegado, y que desde su infancia era ya juguete de la fortuna, ó por mejor decir, de un destino desentrañable. En las habitaciones mismas del Emperador se hallaba la habitacion destinada á los juegos pueriles del Príncipe, el cual penetraba hasta el gabinete del Monarca, á quien hablaba con entera libertad, porque estaba seguro de recibir respuestas proporcionadas á su inteligencia, y esplicaciones hechas con aquel sentimiento benévolo, que da tanto atractivo al que las escucha.

En uno de estos momentos de confianza se le acercó el jóven Príncipe con aire caviloso; y apoyándose en las rodillas del Emperador:

·Abuelito, le dijo, ¿no es verdad que cuando estaba en Paris tenia yo muchos pajes?

—Sí; ¡y tantos como tenias!

—¿Y no es verdad tambien que me llamaban Rey de Roma?

—Sí; tambien te llamaban Rey de Roma.

—Pero, abuelito, ¿qué significa ser Rey de Roma?

—Hijo mio, respondió el Emperador, cuando tengas mas edad, me será fácil esplicarte lo que me preguntas: por ahora, baste decirte que á mi título de Emperador de Austria yo reuno el de Rey de Jerusalen, sin tener el menor dominio sobre esta ciudad... Y así, tú eras Rey de Roma, como yo soy Rey de Jerusalen.» Esta respuesta llamó tanto la atencion del niño, que se mantuvo por algun tiempo entregado á la mas profunda reflexion.

Los que conocen el género de vida del Emperador y sus hábitos domésticos, saben que el interior de su casa en nada se diferencia de las de un buen padre de familia. Durante las temporadas que pasaba en el campo le seguia el niño á los sitios y lugares de recreo. Su sociedad se hacia cada instante mas íntima: comian siempre juntos, y cuando las dolencias ú ocupaciones del Emperador le obligaban á no admitir compañía á su mesa, las órdenes que daba al efecto siempre esceptuaban al Duque de Reichstadt, compañero inseparable de su abuelo.

El interés que causaba la situacion estraordinaria de este niño, y la notable belleza de su persona, inspiraron a varios artistas el deseo de

retratarle. En la época del Congreso de Viena, Isabey y otros hábiles pintores se habian presentado en la capital de Austria con el objeto de consagrar con su arte la memoria de tantos monarcas, príncipes, hombres de estado y personajes ilustres que habian tomado parte en esta gran reunion europea. Hicieron algunos retratos del jóven Príncipe con feliz ejecucion.

Un pintor francés, que se hallaba establecido en Viena ya hacia algunos años, y tan digno de aprecio por sus talentos artísticos como por la dulzura de su carácter, fue llamado para retratar al jóven Príncipe, que tenia entonces cinco años. Mr. Hummel le encontró jugando con una porcion de estampas, entre las cuales estaban grabados algunos cosacos irregulares; y procurando llamarle la atencion á fin de que no se aburriera:

«¿Habeis visto alguna vez los Cosacos, monseñor? le preguntó el pintor.

—Toma! si los he visto! Ellos fueron quienes nos escoltaron en Francia.

—Si eran parecidos á los que teneis ahí, con el cuello y piernas desnudas, deberian sentir mucho el frio.

—¡No, el frio les importa muy poco, porque ya están acostumbrados á él en su pais.»

Respondia igualmente á todas las preguntas

del pintor con notable propiedad, mas siempre despues de algunos instantes de reflexion.

«Quiero ser soldado, le dijo el Príncipe en la misma ocasion. Sabré combatir, y subiré sin miedo al asalto.

—Pero, monseñor, quizás hallaréis las bayonetas de los granaderos, que os rechazarán y matarán.

—Y qué! ¿no tendré yo una espada para apartar las bayonetas?» replicó con arrogancia el niño.

Cuando el retrato estuvo casi acabado, y se trató del trage que deberia llevar, preguntó el pintor al conde de Dietrichstein: «¿Con que placa he de condecorar al Príncipe?—Con la del órden de San Estevan, que le envió el Emperador cuando aun estaba en la cuna.—Pero, Sr. Conde, entonces tenia yo otras muchas, dijo el Príncipe.—Es muy cierto, pero ya no las teneis.» El niño pareció quedar satisfecho con esta observacion.

Además de las pruebas de inteligencia que daba el Príncipe, manifestaba ya la mayor firmeza y maña. El general italiano Pino habia regalado al Emperador un leoncillo, recien destetado; el animal, demasiado endeble para ser dañino, estaba jugando con las cabras que lo amamantaban en uno de los parques de la casa

de fieras de Schænbrunn, cuando el Emperador fue á verlo acompañado de sus hijos y del jóven Príncipe. La mas jóven de las archiduquesas se asustó al ver correr hácia ella una de las cabras; pero el Príncipe agarrándola por los cuernos con la mayor serenidad: « Yo impediré que os haga daño, esclamó. — Ved ahí, dijo el Emperador sonriéndose, un niño que cuenta muy pocos años, y ya sabe tomar las dificultades por donde se debe. »

Los estudios del Duque de Reichstadt fueron dirigidos con arreglo á la costumbre constantemente seguida por los príncipes de la Familia imperial, y cuyos felices resultados han demostrado la escelencia de semejante educacion. Es muy pública la esmerada instruccion que se da á los archiduques de Austria. Uno de los grandes guerreros de nuestro siglo, el archiduque Cárlos, es un escritor militar de relevados talentos. El archiduque Juan, que vive en el Austria interior como simple montañes, oculta en su retiro unos conocimientos no menos estensos que variados. El archiduque Reinero está profundamente versado en las ciencias administrativas y políticas, así como su hermano Luis en las militares. El archiduque Fernando, conocido por su brillante valor, lo es tambien por sus conocimientos científicos; y su hermano

Maximiliano es uno de los ingenieros mas hábiles de la época actual, segun atestiguan los inteligentes, al paso que no hay ramo alguno de las ciencias de la guerra en que no pudiera ser habilísimo profesor.

Los estudios á que están sujetos los primeros años de la educacion de los príncipes austríacos, en nada se diferencian del sistema prescrito y seguido por la Universidad imperial. En la Monarquía austríaca el método de instruccion es muy severo, y los cursos se siguen con regularidad: su desarrollo está á cargo de hombres hábiles con un esmero particular, especialmente en el estudio de las lenguas antiguas y de los autores clásicos. En aquel pais, donde está consagrada á las discusiones de los sabios, á la redaccion de muchas actas, donde se emplea hasta en las deliberaciones políticas de las Dietas húngaras; en aquel pais, en que aun está casi como viva, la lengua latina se enseña, no solamente como la lengua de las ciencias, sino tambien como la ciencia de las lenguas. El Duque siguió felizmente todos los cursos demarcados, sin esceptuar el dilatado estudio del derecho público y privado.

Uno de los hombres mas hábiles á quienes estaba encargada la educacion del jóven Príncipe, era el capitan Foresti, el cual durante diez

y seis años fue uno de sus guias en el laberinto de la instruccion, y asistió al completo desarrollo de sus facultades intelectuales.

Natural de Trento, en el Tirol meridional, el capitan Foresti habia hecho unos estudios muy distinguidos en la Academia de ingenieros de Viena; habia servido con honor en las grandes guerras del Austria, particularmente en Italia. El aprecio que merecia por su instruccion, carácter y conducta, hizo recaer en el la eleccion del Emperador cuando en el mes de junio de 1815 confió la educacion del duque de Reichstadt á la direccion superior del conde Mauricio Dietrichstein.

Solo he conocido al capitan Foresti despues de la muerte del duque de Reichstadt, con motivo de las particularidades circunstanciadas que yo deseaba recoger acerca de su vida. El capitan respondió á mis preguntas con complacencia y sinceridad. Tuvímos varias conferencias en la misma habitacion que el Príncipe habia ocupado en el palacio del Emperador. Allí nos hallábamos rodeados de sus armas, de sus libros, de sus últimos escritos, de sus últimos recuerdos: cuanto nos cercaba daba indicios de la vida intelectual de aquel cuya existencia acababa de estinguirse tan prematuramente. En semejante paraje, y visiblemente conmovido, contóme el capitan Foresti lo que sigue:

« En la misma época en que el jóven Príncipe fue confiado al conde de Dietrichstein, yo fui llamado á su inmediacion en calidad de ayo, y participaba de esta honrosa distincion con Mr. Collin, célebre por sus trabajos literarios, por su bella tragedia de *Essex* y otras muchas piezas que vemos representar con general aplauso; era hermano del célebre poeta Enrique Collin, autor de *Régulo*, *Coriolano* y de otras tantas producciones que hacen la honra del teatro austríaco.

« Hasta el momento de pasar á nuestro cuidado, no se habia querido fatigar su infancia con un trabajo penoso, aplicándose mas bien al desarrollo de su inteligencia, conversaciones adecuadas á su edad. A las órdenes inmediatas de la señora condesa de Montesquieu estaban dos damas encargadas mas materialmente de la tarea habitual de su educacion: estas eran madama Souflot y su hija; ambas eran instruidas, y perfectamente aptas á las funciones que se les habian confiado. La jóven en especial sobresalia por su carácter amable, por su imaginacion viva y desarrollada, y ella era la que solia cultivar el entendimiento de su jóven alumno, contándole historietas á su alcance, ó leyéndole anécdotas cuya eleccion interesante daba lugar á preguntas, esplicaciones y diálogos duraderos.

Este método, empleado con notable perspicacia, contribuyó á comunicar actividad y desarrollo á las facultades naturales del niño. Así fue que se juzgó ya capaz de aplicársele á los rudimentos de la educacion bajo la tutela de sus ayos cuando apenas hubo cumplido cuatro años y medio. La educacion de los príncipes de Austria comienza comunmente á los cinco; pero no hay regla en esto, ni época fija en la Familia imperial, consultándose en un todo las facultades mas ó menos precoces del individuo.

«El niño era lindo y agraciado en estremo. Hablaba ya con facilidad, y con el acento peculiar de los habitantes de Paris. Nos daba sumo placer escucharle esplicar en el lenguaje ingenuo de su edad unas ideas y observaciones en estremo justas.

«Era necesario que se habituase desde sus primeros años al uso de la lengua alemana, pues que debia oirla hablar continuamente á las personas que le rodeaban, siendo indispensable que estuviese pronto en estado de no ignorar lo que le dijesen, ni los medios de instruccion que debian resultar de ello. Mas cuando quisimos hacerle pronunciar algunas palabras alemanas, opuso de repente á nuestro ensayo una voluntad negativa tan determinada como si fuera una desesperada resistencia: hubierase creido que al

hablar esta lengua temia abdicar su calidad de francés, y sostuvo por mas largo tiempo que lo que podia esperarse de su edad esta resolucion, que al fin lográmos vencer. Entonces aprendió el aleman con prodigiosa facilidad, y lo habló muy pronto con la Familia imperial. Era una verdadera satisfaccion asistir á los trabajos que tan fácilmente dominaba su imaginacion juvenil. Hasta en las faltas que cometia se echaba de ver una comprension perspicaz y un verdadero raciocinio.

«La enseñanza que hasta entonces habia recibido no le habia sujetado á las fatigas del estudio: yo fuí quien me encargué del cuidado bastante penoso de enseñarle á leer. No carecia de disposicion ni de docilidad; pero muchas veces procuraba escaparse de mí, cansado del disgusto y fastidio de las lecciones. A fin de dar á su trabajo mayor atractivo, se determinó que otro niño participase de los estudios del jóven Príncipe, eligiendose al efecto á Emilio Gobereau, hijo de un ayuda de cámara de María Luisa. Yo les enseñaba á leer á ambos, y con la emulacion que resultaba de la simultaneidad de sus lecciones, hacia el Príncipe rápidos progresos.

«Nuestras tareas se hacian entonces en las habitaciones de María Luisa; y esta princesa,

que siempre estaba en una pieza inmediata, y que por lo mismo podia oir las esclamaciones de júbilo de su hijo, y á veces las espresiones de disgusto ó descontento, se presentaba á veces para animar sus buenas disposiciones con sus elogios, ó reprimir sus defectos con la mas severa reprension.

« Desde luego manifestó el niño los rasgos dominantes de su carácter : bondoso para sus inferiores y amigo de sus ayos, aunque sin demostrarlo muy á lo vivo, obedecia por convencimiento; pero casi siempre empezaba por hacer uso de la resistencia. Complaciase en observar los efectos que su entereza producia. Por lo comun se observaba que era mas aficionado á discurrir que á hablar; y nos vimos precisados á corregir en él esta disposicion, que hubiera podido engendrar la astucia y el fingimiento, lo que al fin conseguímos no sin mucha dificultad y cuidado. Sufria nuestras reprensiones con entereza; pero aun cuando tuviese el mayor disgusto, jamás conservó el mas leve rencor, concluyendo siempre por reconocer la justicia de las reconvenciones que se le habian hecho. Si acaso durante el dia nos habíamos conducido con mutua frialdad de resultas de alguna severa reprension, cuando se despedia de nosotros por la tarde, era siempre el primero en

ofrecernos la mano con amistad, y en suplicarnos que le perdonásemos y olvidáramos sus yerros.

«Su amor propio le hacia aprovecharse rápidamente de las mas ligeras observaciones que le recordasen alguna falta, y especialmente si de resultas de ella se consideraba como espuesto al ridículo. De esto nos dió una prueba muy singular, así como de la firmeza de su carácter cuando aun no tenia cinco años de edad. Cuando queria dar á sus asertos mucho valor, se servia de la palabra *verdad*, la cual empleaba tambien algunas veces si tenia interés en engañarnos. Al pronunciar esta palabra con un aire casi solemne, alzaba la manita con mucha gracia para hacer un ademan de afirmacion.

«El dia 12 de diciembre de 1815, dia aniversario del nacimiento de la archiduquesa María Luisa, queriendo el niño felicitar á su madre, se le compusieron unos versos que verdaderamente no pueden llamarse poesía, y los cuales no sé como se me han quedado en la memoria despues de un intervalo tan dilatado, aunque he olvidado enteramente quien fue el improvisador que los escribió en el momento preciso.

« Ninguno como yo de Mamá amada
Deberá bendecir el feliz dia :
Verdad, pues que ¿hay dicha mas sagrada,
Mas dulce que nombraros madre mia?

«En pocos instantes aprendió de memoria el niño estos cuatro versos, y entonces se le hizo notar que se habia empleado la palabra *verdad* porque era su costumbre decirla á todas horas, y que bien se podia llamar manía el hábito que habia contraido. Al oir esta reflexion se puso serio; y habiéndole conducido á su madre mientras estaba esta tomando su desayuno, corrió á echarse en sus brazos con ahinco, diciéndole mil cosas tiernas; pero no hubo medio de hacerle recitar su cuarteta. No dijo el porqué; mas no se nos ocultó el motivo. Desde entonces olvidó su palabra favorita, y no volvió á pronunciarla jamás.

«Habia en su carácter un rasgo notable: era que no podia sufrir la idea de que quisiesen engañarle: asi es que detestaba los cuentos y las fábulas. La moral no podia recurrir á este medio para persuadirle, y el Príncipe permanecia insensible á esta clase de narracion.— Es falso, decia; ¿para qué sirve eso?»

Sin embargo, el genio poético de Collin parecia triunfar en cierto modo de esta tendencia absoluta á desechar cuanto no parecia enteramente verdadero. Sobre las alturas que dominan á Schœnbrunn y á la derecha de las elegantes arcadas de la *Glorieta* se encuentra un recinto en el fondo de una sombría alameda, que sepa

rado enteramente de la vista de Viena y de las vastas llanuras del Danubio por la espesura de los árboles, goza de la risueña perspectiva de las lomas, collados y montañas que se elevan hasta las cimas del Schneeberg; allí se ha construido un casino, á imitacion de las queseras de Suiza ó mas bien del Tirol, pues que por este motivo se le ha dado el nombre de Tyrolerhaus. Esta rústica fábrica que tanto armoniza con las montañas que la rodean, trasporta la imaginacion muy lejos de la capital. A este lugar se retiraba muchas veces Collin con su jóven alumno: entonces le contaba la historia de Robinson Crusoe. La imaginacion del muchacho se entusiasmaba con semejante relato, y la soledad y el silencio completaban su ilusion. Imaginábase estar en un desierto, y Collin le escitaba á fabricar por sí mismo una porcion de útiles necesarios á las necesidades de la vida, cuyo encargo cumplió con bastante destreza. Hizo una coleccion de estos objetos, los cuales se depositaron en el pabellon que aun conserva el nombre de casa del duque de Reichstadt. Reuniendo sus fuerzas el instructor y el alumno, consiguieron horadar una caverna igual á la que describe el habitante de la isla desierta.

Sus recuerdos de la brillante situacion que ocupaba en Francia, permanecian tan vivos que

atraian continuamente su atencion. No ignoraba que le habian llamado rey, y que su padre era un grande hombre. Cierto dia en una reunion de la Familia imperial le enseñó uno de los archiduques una medallita de oro de las que se habian acuñado en la época de su nacimiento, y distribuido al pueblo despues de la ceremonia de su bautizo : su busto estaba grabado en ellas. «¿Sabeis de quien es esta imágen, le preguntaron? — La mia, contestó el jóven Príncipe sin detenerse, de cuando yo era rey de Roma.»

«Hácia la misma época, estando un dia la princesa Carolina de Furstenberg hablando con algunos personajes acerca de los acontecimientos del siglo, y de los grandes hombres que figuraban en él, nombró el general Somariva, comandante militar de Austria, á tres ilustres caudillos, citándolos como los mas grandes capitanes de su tiempo. El niño le escuchaba atentamente, e interrumpiendo al general con viveza: — Yo conozco otro que no habeis nombrado, dijo lleno de rubor. — ¿Y cual es ese, monseñor? — Mi padre!...» esclamó con fuerza el jovencito, e inmediatamente se alejó á toda prisa del general. Este corrió tras él, y habiéndolo conducido á presencia de la Princesa : — Habeis tenido razon, dijo, en hablar como lo habeis hecho;

pero no la habeis tenido en apartaros de nosotros con tanta precipitacion.

« Su estremada curiosidad acerca de su situacion anterior, la historia de su padre, las causas de su caida y otras delicadas investigaciones, nos echaban á cada paso en sumo embarazo, y era para nosotros una desazon el observar cuan poco le satisfacian nuestras evasivas respuestas. Felizmente llegó á la sazon el Emperador á quien le referímos las continuas cuestiones que el niño nos hacia, suplicándole nos dictase su voluntad en esta materia.—Señores, nos respondió, la verdad debe ser la base de la educacion del Príncipe; respondan Vds. libremente á todas las preguntas que les haga, pues este es el medio mas seguro de aquietar su imaginacion y de inspirarle la confianza que tan útil será para guiarle en su instruccion.

« Al principio nos preguntaba con suma ansia y con una afluencia sorprendente de ideas; mas como nos hallábamos autorizados para responderle, lo haciamos con toda franqueza y sinceridad. Lo que el Emperador habia previsto no tardó en acontecer: al cabo de unos dias quedó como empalagado de la conversacion, y se hizo mas reservado sobre esta materia, al paso que menos inquisitivo.

« La noticia de la muerte de Napoleon fue lle-

vada á Viena por un correo de los Srs. Rothschild. En aquella época, el conde de Dietrichstein estaba en Wurtzburgo y el Emperador me comisionó para anunciar al jóven Príncipe tan lúgubre acontecimiento. Fue el 22 de julio, en Schænbrunn, en el mismo dia, en el mismo lugar, donde él mismo debia espirar once años despues, que yo le informé del fallecimiento de su padre. Lloró amargamente, y su tristeza duró muchos dias. — Mr. de Foresti, me dijo entonces el Principe, ¡cuan lejos estaba mi padre de pensar al morir, que sois vos de quien estoy recibiendo tantos y tan afectuosos cuidados, tantas pruebas de adhesion y de zelo? El Príncipe aludia á una circunstancia de mi vida que yo le habia contado. En la campaña de 1809 me hicieron prisionero en la jornada de Ratisbona, y fuí conducido á presencia del Emperador de los Franceses, con otros oficiales austriacos. Napoleon estaba á caballo, rodeado de su numeroso estado mayor y de varios mariscales : hallámosle en suma agitacion. — ¿Donde está el Archiduque? nos preguntó repetidas veces ; y dirigiendose á mí, declamó con grande ahinco contra el Austria por haber querido aprovecharse de la guerra de España para suscitarle obstáculos que le impedian terminar aquella lucha obstinada ; y causóme mucha sorpresa su

enojo contra unos oficiales cuyo deber exigia que sirviesen fielmente á su Soberano, sin detenerse en examinar ni discutir las causas de la guerra.

«El Duque de Reichstadt llevó luto por su padre durante largo tiempo, así como toda su servidumbre: nosotros fuímos incluidos en esta disposicion, en calidad de ayos del Príncipe.

«La educacion preparatoria á los estudios clásicos duró hasta los ocho años de su edad. Antes de esta época nos contentámos con ejercitarle asiduamente, por medio de frecuentes lecturas, en el conocimiento de las lenguas francesa, alemana é italiana. Yo tenia cuidado de apuntar las palabras que no habia entendido, á fin de apelar de nuevo á su memoria. Cada dia le hacia ejercitarse en alguna cuestion gramatical, sin insistir en un trabajo demasiado metafísico para un niño que aprende con mayor facilidad las lenguas vivas por el uso que por el raciocinio. Semejantes ejercicios continuaron durante el curso de su educacion.

«A la edad de ocho años, Mr. Collin le enseñó los primeros elementos de las lenguas antiguas, dirigiendole en los estudios clásicos, cuya repeticion estaba á mi cargo. Este trabajo le interesaba muy poco, y manifestaba en el mayor inteligencia que energía; sus pensamientos se

encaminaban de todas veras hácia otro genero de ocupaciones, aquellas que tenian conexion con el arte militar. Como se queria que progresase simultáneamente en esta doble instruccion, se la habia dividido en dos cursos, y los dias se hallaban consagrados alternativamente á los estudios clásicos y á los estudios militares.

« El Príncipe continuó sus tareas clásicas bajo la direccion de Mr. Collin, hasta el año de 1822 en que tuvímos la desgracia de perder á este hombre distinguido por su mérito y sus talentos. Reemplazóle el baron de Obenaus, que ya habia sido ayo del archiduque Francisco Cárlos, y dado útiles lecciones á muchos miembros de la Familia imperial, especialmente al Príncipe heredero, hoy rey de Hungría.

« El duque de Reichstadt habia ya obtenido un grado relevante de instruccion. El baron de Obenaus le dirigió en su curso de filologia latina, aplicada especialmente al detenido estudio de las *Odas* y *Arte poética* de Horacio, á la esplicacion de los *Anales* de Tácito, y sobre todo á los *Comentarios* de César sobre la guerra de las Galias, obra predilecta del jóven Duque, y lo cual preferia á todas las producciones de los autores latinos.

« A estos estudios se siguieron los de la filosofía teórica y práctica, en sus generalidades, y

ramos diversos, terminando los cursos el estudio del derecho natural, político y administrativo; al paso que Wagner, prelado de la Corte, no descuidaba en fundar la educacion del Príncipe en su verdadera base: dos veces la semana aquel digno eclesiástico le daba sus lecciones, aplicándose á la vez á ilustrar su espíritu y á conmover su corazon, sin descuidar las instrucciones relativas á su situacion particular y á los deberes que esta le imponia.

« A los doce años de su edad comencé á darle algunas lecciones de matemáticas, en las que hizo grandes progresos, dedicándose con ahinco é inteligencia al ramo de la geometría y á las operaciones trigonométricas para el diseño de los mapas. Así que terminaron estos estudios, recibió lecciones seguidas bajo la direccion del mayor Weis, oficial de gran mérito, y autor de varias obras consideradas como clásicas sobre la arquitectura civil, y mas particularmente la militar. Este hábil profesor hizo para el Duque un curso completo de fortificacion provisional y permanente, comenzando por el estudio de los sistemas antiguos, anteriores á la invencion de la pólvora. Le esplicó todos los trabajos y sistemas que precedieron á los de Vauban, los grandes conceptos de este ilustre ingeniero, y las modificaciones de Cormontaigne,

Montalembert, Carnot, Chasseloup, de la escuela de Mezieres, ya para la defensa, ya para el ataque de las plazas, ya para las obras provisionales de las fortificaciones de campaña. Sobre este dilatado programa sufrió el jóven Duque varios exámenes ante la Comision nombrada al efecto por el Emperador, y presidida entonces por el sabio coronel Schindler, profesor de la Academia de ingenieros. Puedo decir con verdad, que el Príncipe llenó de admiracion, por su inteligencia y fondo, á cuantos fueron testigos de sus exámenes.

«El Emperador y su Esposa asistieron al último exámen que sufrió el Príncipe al fin de sus estudios, y el cual fue interrumpido repentinamente por la noticia de una de las catástrofes mas terribles que puede recordar la capital del Imperio. El súbito deshielo del Danubio durante la noche habia producido una horrorosa inundacion. Jamás las aguas se habian elevado á una altura igual. Rompiendo todos sus diques, el rio se precipitó furioso en los arrabales de Leopoldstadt y de Rossau, impeliendo contra los edificios enormes témpanos que maltrataron los mas frágiles. En vano repetidos cañonazos habian avisado el deshielo: sorprendidos durante la noche en el primer sueño, muchos habitantes quedaron sumergidos en las aguas. La arriada y los tempa-

nos impedian todo egreso por las puertas de las casas; y las ventanas de los pisos bajos no podian proporcionar salida á los inquilinos á causa de estar comunmente enrejadas. El número de víctimas fue considerable; y algunos solo pudieron escaparse de una muerte cierta, refugiándose sobre los muebles mas altos, ó suspendiéndose de las cornisas y vigas, mientras luchaban con las aguas y témpanos que les rodeaban.

«Guiado en esta circunstancia por sus sentimientos habituales, acudió el Emperador en compañía de los demas miembros de la Familia imperial á tan triste escena, presentándose donde quiera que habia alguna desgracia que socorrer, algun ejemplo de valor que dar. El duque de Reichstadt quiso asociarse con ellos en los peligros á que estos augustos personajes se esponian para cumplir con sus sagrados deberes; pero el estado delicado de su salud obligó al Emperador á refrenar su zelo; y el obediente jóven, sometiéndose con sentimiento á sus mandatos, procuró desquitarse, repartiendo generosamente cuanto tenia entre los desvalidos, y contribuyendo á los abundantes socorros que se dispensaron.

«Durante su curso de filosofía, estudió la física y las varias ciencias naturales adictas á ella

bajo la direccion de Mr. Baumgartner, sabio profesor de la Universidad, el cual muchas veces conducia su ilustre alumno al observatorio para que observase los trabajos astronómicos de Littrow, quien hacia que el Príncipe tomase parte en sus tareas, y le indicaba el uso y manejo de los bellos y numerosos instrumentos de aquel establecimiento universitario, que estaba confiado á su hábil direccion.

«Solo me queda que hablar á V. del duque de Reichstadt con respecto á las artes: en este particular carecia de todo sentimiento y gusto. Dibujaba con alguna correccion, es verdad; pero la parte mecánica del dibujo tenia para su actividad cierto materialismo demasiado fastidioso, y que le parecia ocupar un tiempo demasiado precioso, para disipar en algun tanto los momentos que debia consagrar al desarrollo de sus facultades intelectuales, y á la adquisicion de los conocimientos indispensables de la carrera que trataba de emprender. Así es que lo que mas apreciaba en el arte del dibujo era el ramo gráfico de la fortificacion.

«A fin de perfeccionarse en esta clase de conocimientos, quiso estudiar la arquitectura civil; y Nobile de Trieste fue el profesor encargado de este ramo de sus estudios, al cual se aplicó el Príncipe con interes y buen exito, en-

cantado de la conversacion de Nobile. A él debemos dos monumentos relacionados con la historia de Napoleon: el primero es la magnífica portada del palacio, conocida bajo el nombre de Burgthor, y la cual por su disposicion nos recuerda las *Propileas* de Aténas, y por su masa imponente tiene alguna analogía con los edificios egipciacos. Despues de la paz de 1809, Napoleon antes de retirar sus tropas mandó derribar en gran parte las fortificaciones de Viena. Este acto de violencia dió lugar á la nueva construccion de las murallas, al nuevo plan de los glacis, y á la ereccion de la mencionada puerta triunfal, que está adornada con la divisa de nuestro Emperador, regla constante de toda su conducta.

JUSTITIA REGNORUM FUNDAMENTUM.

«El segundo edificio hace igual honor á los talentos artísticos de Nobile. Con el objeto de adornar el *Corso* (paseo) de Milan, encargó Napoleon á Canova trabajase en mármol de Carrara un grupo colosal de Teseo venciendo á un centauro. El estatuario mostró en la ejecucion de esta obra todos los recursos de su bello talento, que sin embargo era mas propenso á producir asuntos menos graves, y objetos mas graciosos. Este grupo es una produccion de vas-

to mérito, á pesar de sus líneas demasiado simetricas y de la desproporcion del centauro, cuya estatura es demasiado inferior para que pudiese luchar con las fuerzas del héroe. La figura de Teseo es muy noble; su cabeza, armada de un ligero casco, tiene algo de la espresion de Apolo pítico; sus movimientos contra el abatido centauro están llenos de verdad, y manifiestan la fuerza inagitada y la divina cólera de que nos han trasmitido los antiguos tan sublimes modelos. A la caida de Napoleon estaba todavía el grupo en el taller del maestro: pero el Emperador de Austria, á su paso por Italia lo compró en 80.000 florines, y lo mandó colocar en Viena. Entonces construyó Nobile el templo de Teseo, segun el modelo de otros monumentos antiguos de igual especie, imitando mas particularmente el de Aténas. Allí el aislado grupo, que recibe la luz por arriba, produce el mas admirable efecto, especialmente cuando, puesto á conveniente distancia del edificio, dirige el espectador la vista á lo interior del templo, á traves de los árboles que le dan sombra entre las columnas del peristilo. Entonces, entre tremula alternativa de claro y oscuro, se presenta el mármol cual si estuviese envuelto en un vapor misterioso, que le presta un encanto indefinible; y los ojos no se atreven

á decidir si lo que se les presenta delante es una estatua, un bajo relieve, ó una admirable pintura.

«Dotado de gran destreza para los ejercicios corporales, se manifestaba el Príncipe muy ágil y dispuesto en sus juegos infantiles. Permitiéronle montar á caballo desde la edad mas tierna, pero hásta cumplir los catorce años no se le sujetó á las reglas seguidas y metódicas de la equitacion: llegó á poseer en breve mucha maestría en este su ejercicio predilecto, y se hacia notar por la gracia y gallardía con que manejaba los caballos mas fogosos, sea cuando recorria con ojos de júbilo y de ardor las líneas de las tropas en la parada, sea cuando se mezclaba con los numerosos ginetes que, á orillas del Danubio, ora á través de los brillantes carruajes, ora en medio de las numerosas piaras de gamos y de ciervos recorren con rapidez las frondosas alamedas ó las silvestres praderas de nuestro magnífico y pintoresco *Prater*.

«Su gusto decidido por la profesion militar habia obligado al Emperador á acceder á su súplica de llevar un uniforme; y antes de cumplir los siete años, le dieron el vestido de simple soldado. Aprendió el manejo de las armas con gran zelo y verdadera aplicacion; y cuando, en recompensa de su buena conducta y su

exactitud en el ejercicio, le concedieron llevar las insignias de sargento, llegó á colmo su regocijo, y corrió á lucir delante de sus amigos la distincion que habia conseguido con su merito. En seguida pasó por los demas grados de la gerarquía militar, y aprendió de este modo los pormenores mas minuciosos del servicio.

«En uno de los ensayos de la profesion militar que hizo cuando niño, se hallaba de centinela á la puerta de los aposentos del Emperador. Cuando pasaba por delante de él algun cortesano, le presentaba las armas con la mayor gracia, pero jamás hacia los honores á las damas. No sé quien se divirtió en reprenderle su falta de cumplimiento en este punto. — Estoy pronto, respondió el jóven Príncipe, á presentar á las señoras todos los respetos, escepto las armas.

«Su respeto y deferencia hácia con los militares se manifestaba en todas ocasiones. Su lugar en la mesa del Emperador estaba inmediato al del archiduque Francisco; y un dia que, estando la corte en Schlosshofs, varios personajes fueron admitidos á la mesa del Monarca, el jóven Príncipe en vez de sentarse en su puesto acostumbrado, empezó á retirar su silla hasta la estremidad de la mesa. Habiéndosele preguntado porque lo hacia: — Estoy viendo aquí va-

rios generales, respondió, y todos ellos deben ocupar puestos mas elevados que yo.

«Se ha observado en él tanta reflexion, que propiamente hablando, puede decirse que no conoció la edad de la infancia. Como vivia habitualmente con personas de edad diferente de la suya, parecia regocijarse en su conversacion. Sin que tuviese en sus primeros años, nada de estraordinario, su inteligencia era sin embargo bastante precoz; se espresaba con precision, y en términos muy notables por su exactitud y elegancia. Habiendo adquirido un profundo conocimiento de la teoría de las lenguas francesa y alemana, escribia por lo general con mucha pureza y correccion; á pesar de que á veces se le notaba una negligencia de estilo, que alteraba hasta su ortografía, al paso que formaba un estraño contraste con su profunda erudicion y sus vastas y asiduas lecturas.

«Siempre nos trató con bondad, pero sin ninguna muestra exagerada de afecto, pues que su carácter repugnaba la zalamería. Despues de haber acabado su educacion hasta los dias que precedieron á su muerte, seguí visitándole á menudo, y hasta en sus momentos de mayor angustia manifestaba una benévola satisfaccion al verme. Siempre conservaré por su memoria un sentimiento religioso y profundo.

CAPITULO IV.

A los estudios clásicos y militares era preciso que reuniese el duque de Reischstadt unos conocimientos mas directamente aplicables á su situacion: era esencial engrandecer sus luces, á fin de que pudiese distinguir y reconocer fácilmente los errores de que se valdrian algunas personas para seducirle. Habia estudiado la historia bajo la direccion de maestros muy hábiles; y el conde de Dietrichstein le habia proporcionado la lectura de las numerosas obras publicadas sobre la historia de su padre; pero el no tenia en aquella epoca mas que nociones generales: era indispensable conducirle mas adelante al conocimiento profundo de la verdad, enseñándole á descubrirla entre la multitud de escritos, en que se halla las mas veces poca coincidencia, menos exactitud y mucho espiritu de partido.

El príncipe de Metternich fue encargado espresamente de trazar para el Duque una historia exacta y completa de Napoleon.

« Yo deseo, le dijo el Emperador, que el Duque respete la memoria de su padre, que tome ejemplo de sus grandes calidades, y que aprenda á reconocer sus defectos, á fin de evitarlos y prevenirse contra su fatal influencia. Hablad al Príncipe acerca de su padre, como quisierais que se hablase de vos á vuestro propio hijo. No le oculteis verdad ninguna, pero enseñadle á honrar su memoria. »

Desde entonces dirigió el príncipe de Metternich al duque de Reichstadt en los altos estudios históricos. Poniendo á su vista documentos irrecusables, le acostumbró á conocer la buena fe de las facciones, la justicia del espíritu de partido; aplicóse á formar su espíritu á la sana crítica, á ilustrar su razon, enseñándole á apreciar las acciones y los sucesos en sus causas, y á juzgarlas en sus resultados. Trazaba al jóven Príncipe el cuadro fiel de la estraordinaria carrera de Napoleon, de su advenimiento al trono, de su reinado y de su caida, esplicándole cuanto su existencia habia tenido de grande, de hábil, de sobresaliente en la guerra, en la administracion, en la política, sin olvidar lo que habia tenido de injusto, de violento y exagerado. Este cuadro, que ofrecia á sus ojos, le manifestaba que el abuso de aquellas mismas facultades, asi como la influencia de los mismos

defectos, habian contribuido á elevar á Napoleon y á precipitarle mas tarde de la cumbre de la grandeza y del poderío. Los hombres que suben mas allá de su nivel hasta el rango supremo, no pueden llegar á él en efecto, sino por un prodigioso conjunto de grandes calidades, y defectos no menos notables, cuya exageracion acarrea comunmente su ruina. Por muy vasto que fuese el genio de Napoleon, jamás habria logrado establecer su inmenso imperio si no le hubiese constantemente impelido el estímulo de una ardiente ambicion; y esta misma ambicion, demasiado confiada en los recursos de sus talentos indisputables, fue la que cavó el precipicio en que debia sumergirse la fábrica maravillosa de su fortuna. Solo le faltaba á Napoleon una calidad esencial que puede únicamente asegurar la dicha de los pueblos y la solidez de los tronos: esta era la moderacion; pero con esta calidad, jamás habria conseguido el establecimiento de su imperio.

El duque de Reichstadt recibia estas altas instrucciones con grande interés; y la penetracion de su entendimiento le hacia apreciar toda su importancia. A medida que leia las obras relativas á la historia de nuestros dias, consultaba al príncipe de Metternich sobre las dudas que de ellas se le originaban. Unos estudios dirigi

dos de esta suerte tenian la inmensa ventaja de apoyarse en documentos positivos y en piezas diplomáticas. Este recurso, tan hábilmente empleado, mostraba al jóven la historia en su desnudez, y no disfrazada bajo el trage caprichoso con que se complacen en cubrirla las pasiones interesadas de los partidos, ó los sueños de algunas brillantes imaginaciones. Para algunos escritores y lectores, solo ofrece esta ciencia un engañoso esterior; mas á los ojos del Príncipe se presentaba con las austeras formas de la realidad; y la realidad habla un idioma bien distinto del de las pasiones y del error.

En todas épocas se halló rodeado de activas y numerosas intrigas, por cuya razon se procuró apartar de su lado cuantos pudieran comprometerle con su zelo oficioso ó sus consejos depravados. Conversando muchas veces acerca de las grandes hazañas de Napoleon, de su estado actual, y de las combinaciones que sin duda se formarian para envolverle en los esfuerzos y movimientos de la política, solia decir al Emperador y al príncipe de Metternich: «El objeto esencial de mi vida se reduce á no ser indigno de la gloria de mi padre; yo creeria haber alcanzado su alto renombre, si llegase algun dia á apropiarme sus elevadas calidades, si me esforzara á evitar los escollos en donde ellas

le han estrellado. Faltaria á los deberes que me impone su memoria si llegase á ser juguete de las facciones é instrumento de las intrigas. El hijo de Napoleon no se degradará jamás á consentir en hacer el papel de un despreciable aventurero.»

El mes de julio de 1830 vió desplomarse á la vez el trono y la prosperidad de la Francia. Jamás habia tomado la fortuna pública un giro mas estraordinario que en aquella época: quince años de un gobierno paternal habian borrado las huellas desastrosas de las confiscaciones, de las violencias, de las bancarrotas de la revolucion, de sus veinte años de guerras sangrientas, terminadas por dos invasiones tempestuosas. Jamás la industria habia conocido un impulso semejante: la riqueza del pais y la comodidad de que generalmente gozaban sus individuos, se manifastaban en las mejoras de cada familia, en las numerosas y florecientes empresas, en las elegantes fábricas que por donde quiera se alzaban. Jamás se habian observado menos abusos, á pesar de la activa malevolencia de una prensa enemistosa.

Poco despues de mi llegada á Viena, llegó allí un personaje cuyo nombre, celebre en los fastos de la revolucion y del imperio, está mezclado con todas las epocas de nuestras convul

siones políticas, y el cual, formidable á todos los partidos, habia sido muchas veces invocado por ellos, á causa de la pericia que envidiaban á aquel que entonces se alistaba en sus filas. Este sugeto iba encargado de hacer proposiciones positivas en favor del duque de Reichstadt, aunque bajo el velo de otra comision. Sus comunicaciones fueron escuchadas, pero con una indiferencia tan fria que desconcertó sus proyectos; y viendo frustrados sus designios, se retiró poco despues. Sucediéronse muchas tentativas con el fin de presentar al jóven Príncipe, ya en Francia, ya en Italia; algunas de las proposiciones fueron formalmente desarrolladas, y estaban sostenidas por relatos circunstanciados acerca de la composicion del partido, su objeto, sus recursos, sus medios de ejecucion; estribando todas en el peligro á que Europa se esponia dejando á la Francia sin poder y sin gobierno. No eran estos unos hombres sin práctica, que se contentasen con disertar sobre simples teorías; sino que presentaban un plan ya combinado, una nueva constitucion imperial, en la que se ocupaban mas bien en dar al poder la autoridad suficiente para consolidarse, que en permanecer consecuentes á las voces de las libertades públicas, esplotadas ya por muchos de ellos con grande aplauso de la multi-

tud. Estableciendo los derechos del nuevo Emperador sobre la doctrina de herencia, los hacian remontar al voto de la Nacion, en el cual estribaba el trono de su padre: pero haciendo cesar desde luego la intervencion popular, declaraban en el artículo primero de su constitucion que la soberanía reside esencialmente en la persona del Emperador, y que el Gobierno está colocado bajo su direccion y supremo impulso.

Mas diestros que los artífices de la nueva revolucion, no abjuran la esperiencia de los siglos, las lecciones de todos los legisladores, de todas las épocas y de todos los paises; no niegan al edificio social la única base en que puede establecerse, y sin la cual no puede haber sociedad humana. Discípulos de Napoleon, se acuerdan que este caudillo acató la religion como único vínculo que, por mutuos deberes, puede unir á los reyes y á los pueblos; que tenia demasiada elevacion de alma para degradarse admitiendo el ateismo por ley; y declaran que siendo la religion católica el culto de la mayoría de los Franceses, debe reconocerse por religion del Estado.

Conociendo el riesgo inminente de poner en discusion cada año la existencia del Gobierno y la vida misma del Estado al capricho de un pu-

ñado de facciosos, dividen la ley de Hacienda, y el presupuesto de los gastos ordinarios deberá votarse para un crecido número de años.

Convencidos tambien que la sociedad no podrá sostenerse con efímeras individualidades, dejan al Soberano el derecho de crear pares hereditarios, accediendo tambien á la creacion de títulos, y á la fundacion de mayorazgos. El artículo segundo, anula la pena de muerte por todo crímen que no sea el asesinato. El artículo duodécimo prohibe la aplicacion de trabajos públicos y de castigo afrentoso á los convictos de crímenes políticos.

Estas proposiciones motivadas, esta constitucion formal, fueron presentadas al príncipe de Metternich, para probarle que se trataba de establecer, no una doctrina, sino un gobierno: pero el Ministro, sin entrar en la discusion de los medios, se contentó con decirles: «¿Qué pedis, qué esperais de nosotros?

— Que nos dejeis conducir, el duque de Reichstadt á la frontera de Francia, su presencia, el nombre mágico de Napoleon, trastornarán al punto el frágil edificio que meciéndose sobre nuestra patria amenaza la vuestra con sus ruinas.

— ¿Y que garantía tendrá el duque de Reichstadt de su porvenir?

— El amor y valor de los Franceses le rodearán, formando sólido baluarte en torno de su persona.

— Al cabo de seis meses se hallaria cercado de ambiciosos, de exigencias, de resentimientos, de odios y de conspiraciones: ya os lo he dicho; el Emperador es demasiado adicto á sus principios y á sus deberes para con sus pueblos, así como tambien á la felicidad de su nieto, para prestarse jamás á semejantes proposiciones. Por lo demas, os engañais en cuanto al éxito de vuestra empresa, ó mas bien acerca de la duracion de sus resultados. Declararse bonapartista sin Bonaparte es una idea absolutamente errónea. Napoleon llegó á domar y avasallar la revolucion francesa, y le fue preciso reunir una porcion de circunstancias para madurar sus proyectos; una serie no interrumpida de victorias, que asegurándole el afecto de sus soldados, fascinó el espíritu de los pueblos con una mezcla de temor y de entusiasmo: alucinado por la continuacion de sus propios triunfos, se hizo á sí mismo ídolo de su creencia, y todos se le juntaron en su culto; pero esta fuerza era transitoria y espuesta á la inconstancia de los sucesos: los reveses hubieran abatido su ascendiente, aun cuando no hubiesen trastornado su trono. Por otra parte, cuando se presentó en me-

dio de vuestras tormentas políticas, halló para secundarle una comitiva de deidades de segundo órden; varios caracteres heróicos bien ó mal adquiridos, pero de ningun modo contestados; muchos hábiles generales; muchos empleados instruidos en los negocios; gente sin nombre pretérito, en verdad, y que por la mayor parte no esperaban gozarlo tampoco en lo futuro, pero que á lo menos se sabian valer del presente. En el estado actual, ¿qué podria hacer Napoleon mismo en medio de una turba cuya pueril vanidad no puede permitir que dure una reputacion mas de veinte y cuatro horas; donde cuanto hay de ilustre se desvanece ante los sarcasmos de la prensa, y en donde cualquiera que haya sido aplaudido espira en medio de los chiflidos, instrumentos de justicia, de envidia ó de detraccion? Parece que un genio infausto ha tomado á su cargo la destruccion de la Francia; todo en ella se arruina y descompone. Napoleon volvió á construir el edificio con los materiales de una sociedad trastornada, y vosotros estais determinados á anonadar hasta los escombros mismos. Los hombres sobresalientes rara vez se reproducen en sus herederos; aquellos tienen grande influencia en la sociedad, pero son verdaderos accidentes. En otras condiciones estriban el órden, la estabilidad y la dicha de los

pueblos: harto os enseñan la esperiencia, así como la razon, que todas estas condiciones solo pueden hallarse en la verdad y solidez de los principios.»

La revolucion de 1830 conmovió fuertemente la imaginacion del duque de Reichstadt, é hizo nacer en su interior tal fermentacion, que casi le era imposible ocultarla. Cuando la reciente noticia de los acontecimientos de Paris dejaba aun en duda sus resultados, y daba márgen á creer la posibilidad de una lucha, su primer movimiento fue esclamar con vivacidad: «¡Ojalá el Emperador me permitiese marchar con sus tropas al socorro del rey Cárlos X!» Sin embargo, en la posicion y en la edad en que se hallaba el Duque, sus ideas no podian tener demasiada constancia, y así es que variaban y se sucedian con tal rapidez que le causaban en el mismo instante fatiga y pesadumbre.

En prueba de esto, copiaré las palabras de Mr. de Prokesch, que gozaba de la intimidad del jóven Príncipe, y se halló á su lado durante aquella época.

«Al volver de mis viajes, me dijo, hallé al duque de Reichstadt triste, pensativo y preocupado: la revolucion de Francia acababa de estallar, y con ella el pensamiento de una próxima lid. El jóven juzgaba del estado de cosas

con verdadero discernimiento, y me comunicó hallarse convencido de que la Francia iba á hallarse espuesta en adelante á continuas oscilaciones que obrarian fuertemente sobre toda Europa. — Desde su llegada á Viena ha instado por verme el general Belliard; su pretension ha sido eludida, y se ha obrado con prudencia: pues ¿qué querrá conmigo el embajador estraordinario de Luis Felipe? ¿Querrá por ventura solicitar mi adhesion á lo que ha ocurrido en Francia?

« Procuré distraer su activa imaginacion con los trabajos útiles que pudiesen á la vez calmarla y dirigirla ventajosamente; pero un dia, que ya me daba á mí mismo el parabien de haberle devuelto con mis consejos su tranquilidad acostumbrada, lo hallé vivamente conmovido á causa de haber llegado á sus manos la carta siguiente, cuya lectura no pudo menos de sorprenderme:

«Viena 17 de noviembre de 1830.

«*Al Duque de Reichstadt.*

« **Amado Príncipe:**

« Os escribo por tercera vez; decidme si habeis recibido mis cartas, y si tratais de obrar como príncipe francés, ó como archiduque aus

tríaco. En este último caso, devolvedme mis cartas, aunque con mi perdicion adquiririais mas elevado puesto, y este acto de zelo colmaria de gloria vuestro renombre: al contrario, si quereis aprovecharos de mis consejos, si obrais como hombre, veréis como ceden los obstáculos á una voluntad serena y firme; hallaréis mil medios de hablarme, y que yo sola no puedo adoptar. Vos no podeis tener esperanza sino en vos mismo: que jamás se presente á vuestra alma la idea de fiaros de nadie. Sabed que si yo solicitase hablaros, aunque fuese en presencia de cien testigos, mi pretension no seria otorgada; y sabed que habeis muerto para todo lo que es francés, y hasta para vuestra familia. En nombre de los horribles tormentos á que los reyes de Europa condenaron á vuestro padre, considerando la agonía del destierro por el cual le hicieron espiar el crímen de haber sido demasiado generoso para con ellos, pensad que sois su hijo, y que sobre vuestra imágen se detuvieron sus últimas moribundas miradas: penetraos de tantos horrores, y no les impongais otro suplicio que el de veros sentado en el trono de Francia. Aprovechaos de este momento. Príncipe... Quizá he dicho demasiado; mi suerte está en vuestras manos, y puedo deciros que si quereis serviros de mis cartas para perderme, la

idea de vuestra bajeza me hará sufrir mucho mas que cuanto me hicieren padecer.

« El sugeto que os remitirá esta carta se encargará tambien de vuestra respuesta, y si teneis honor, no negareis una á

Napoleona Camerata.»

« Esta carta, me dijo, cuya fecha es del 17, no ha llegado á mis manos hasta hoy 24. No sé quien la ha colocado sobre mi mesa, donde la he hallado. Sea como fuere, yo veo en ella la esplicacion de una escena de que fuí testigo últimamente, y que no habia podido comprender. Entrando una noche con Obenaus en su casa, me sorprendió al subir la escalera la presencia inesperada de una jóven embozada en una capota escocesa; la cual avanzó hácia mí con rapidez, y deteniéndome un instante sin la menor escusa, me tomó la mano y apretándomela vivamente la llevó á los labios con la espresion de la mayor ternura. Yo no sabia que hacerme en escena tan imprevista, hasta que Obenaus, que participaba de mi admiracion, rompió el silencio.

« Señora, ¿que quereis hacer? cual es vuestra intencion?

— ¿Quien me impedirá, esclamó ella con es

trema exaltacion, que le bese la mano al hijo de mi monarca?»

«Retiróse la dama, y nosotros nos confundímos en nuestras suposiciones acerca de este acontecimiento tan súbito como estraño.—Ahora ya caigo en que era la condesa de Camerata. V. conoce que no debo tomar por guias de mi conducta unas personas de carácter tan exaltado; pero me encuentro en un dilema verdadero: mis sentimientos hácia el Emperador exigen que no le oculte mis ideas ni acciones; callarle esta particularidad me parece hacerle un agravio; por otra parte, no quisiera perjudicar á la Condesa; ella carece de prudencia, pero tiene derecho á mi consideracion; además, es muger... ¿Quisiera V. ir de mi parte á confiar lo que me pasa al conde de Dietrichstein, suplicándole lo arregle todo de manera que la Condesa no tenga que sentir ninguna persecucion ni disgusto, y que no la obliguen á salir de Viena? Despues de haber considerado maduramente el asunto, aprobé su resolucion, encargándome del negocio que me habia confiado.

«La condesa de Camerata, hija de Elisa Bacchiochi, está casada con un caballero italiano: esta dama es notable por su activa imaginacion y carácter varonil; dicen que monta admirablemente á caballo, y maneja las armas con sin-

gular destreza, asegurándose que de todos los parientes de Napoleon, ella es quien mas se le parece en su fisonomía y en el conjunto de sus modales. Despues de aquella época encontró al Príncipe muchas veces en los paseos, en el *Prater* y cercanías de Viena, pero sin tener con él la mas leve comunicacion. Permaneció algun tiempo en la capital de Austria, y vivia en la fonda del *Cisne*, en la calle de Carintia; pero algunas semanas despues partió de la Capital con direccion á Praga.

«Los preparativos de guerra á que habia dado lugar la revolucion; las conversaciones de los militares que contaban con una próxima campaña; los periódicos y los oradores, que de dia en dia iban tomando una actitud mas belicosa, hacian en el jóven vivísima impresion; y el deseo de tomar parte en la guerra era para él una pasion que, mezclándose con sus vacilantes ideas, le ponian muchas veces en un estado de penosa exaltacion.

—Ser militar y quedar pasivo cuando todo se estremece en torno de mí, decia él entonces, seria una horrible situacion: por otra parte, ¡tomar parte en una guerra de agresion contra la Francia! ¿Qué pensarian de mí..? Pero solo la victoria decide la opinion de los hombres. Los triunfos son la condicion esencial de la popula

ridad así como de la gloria. Solo llevaré las armas en caso que la Francia invada al Austria: entonces será de mi deber la defensa de mi patria adoptiva. Un momento despues me dijo con suma emocion: Y no obstante, el testamento de mi padre me dicta una obligacion que dirigirá las acciones de mi vida.

« Nuestros trabajos militares continuaron con actividad: yo habia tomado por tema habitual de nuestras conversaciones un volúmen de estractos, escogidos de las obras mas célebres francesas, italianas, inglesas y alemanas, acerca de la ciencia de la guerra, estudiada en sus causas, medios, accidentes y resultados. Aquellas opiniones diversamente esplicadas, aquellas observaciones tomadas bajo puntos de vista diferentes, ofrecian al jóven Príncipe un vivo interés, y le obligaron á copiar el tratado hoja por hoja, aunque de bastante volúmen. Teníamos la costumbre de discutir verbalmente estos textos variados en diversas lenguas; y me asombraban la exactitud de su juicio y la delicadeza de sus observaciones. No tenia la mayor facilidad de comprension, pero sí la facultad feliz de profundizar una idea al momento de haberla comprendido, estando eminentemente dotado del don de entendimiento que los Alemanes espresan con el siguiente ada-

gio : *herir el clavo justamente en la cabeza.*

«Durante aquella época leímos con muy poca interrupcion las obras de Vaudoncourt, Segur, Chambray, los *Aforismos* de Montecuculli, las *Memorias* del príncipe Eugenio de Saboya, los voluminosos escritos de Jomini; y todos estos autores fueron sucesivamente discutidos, comparados, sometidos á una crítica racional; y los libros de que nos servíamos están cubiertos de observaciones, y de notas marginales que hacia en ellos el Príncipe.

«En las tertulias y bailes de la Corte se vió rodeado de un interés y asiduidad notables : su situacion llamaba la atencion general; su talento, su facilidad en espresarse, la viveza de sus réplicas, sus modales, la gracia de su modo de vestir, su airosa talla, y la belleza de su fisonomía le aseguraban el interés y amor de todas las gentes. Las damas, para quienes en general se manifestaba amable y obsequioso, le acogian siempre con estrema benevolencia. Me confió que su corazon se habia preocupado con las gracias y talentos de la condesa de..... jóven señorita de mucha hermosura, á quien varias veces habia visto en la Corte, y que su conversacion le habia vivamente interesado, al paso que ella no era insensible á sus obsequios. Advertí al instante el peligro en que iba á precipitarse

el jóven á causa de una inclinacion cuyos resultados. además de distraerle de sus trabajos y obligaciones, le espondrian á la reputacion de hombre de poco juicio; y de la cual convenia apartarle. Le hice esta observacion, que escuchó con el mayor interés. Le manifesté que todo hombre que aspira á llenar el alto puesto á que nace destinado, debe comenzar por domarse á sí mismo, y que el mejor estudio para fortalecer el alma, era el de habituarla á triunfar de la pasion de que tratábamos; que él llegaria á dominarla tanto mas fácilmente, cuanto esta no habia tenido aun tiempo suficiente para ejercer sobre él absoluto imperio; que en la situacion en que se hallaba, ninguna de sus acciones era indiferente, pues que las vigilaba la curiosidad pública; así es, que sobre todo le importaba no dar márgen á la crítica de la malignidad, ni á las observaciones de los hombres de peso, cuya opinion deberia serle muy apreciable, que en la época en que debia consagrar todo su tiempo á adquirir los conocimientos indispensables para su desarrollo intelectual, no era justo ni bien visto disipar su tiempo en asiduos obsequios de una vana pasion con ligereza imperdonable; finalmente, que el duque de Reichstadt era un personaje que pertenecia á la historia y no á un heroe de novela. Convino en lo justo de mis

consejos, y prometió conformarse á ellos en un todo, evitando cuanto pudiese inspirarle ideas de debilidad; y en efecto, despues de algunas recaidas, que me participaba al momento con toda franqueza, llegó á triunfar completamente de una inclinacion que pudiera haberle acarreado un compromiso desagradable y embarazoso, y que por muchos motivos no hubiera dejado de haberle sido perjudicial.

«En la misma época contrajo una amistad verdadera con un jóven húngaro, tan distinguido por sus talentos como por su posicion social: este fue el príncipe Mauricio de Esterhazy. Me habló con mucho interés de esta nueva relacion, que me causó sumo gusto, pues que era tan necesario al jóven Príncipe hallar en todas sus conexiones sentimientos elevados. Por desgracia el jóven Príncipe estaba adicto á la diplomacia; y su viaje á Nápoles puso fin á un trato que redundaba tan manifiestamente en ventaja del duque de Reichstadt.

«El 25 de enero de 1831 fue una época notable en la vida del Príncipe: hasta entonces solo habia asistido á los bailes y fiestas de la Corte; por la primera vez asistió á una gran reunion en casa del lord Cawley, embajador de Inglaterra, y fue recibido con el mayor aprecio, causando su presencia evidente regocijo al

conde de Dietrichstein, que le profesaba un afecto sincero y vivo. El jóven Duque fue sorprendido al hallar en esta reunion mil circunstancias singulares. El dia siguiente le encontré muy triste y pensativo.

«—¡Cuan vacías y penosas, me dijo, son semejantes asambleas! que sorprendentes contrastes se hallaban reunidos en una misma sala! Veia en mi alrededor dos Príncipes de la casa de Borbon, el Baron de Kentzinger enviado de Cárlos X, el mariscal Maison embajador de Luis Felipe, el príncipe Gustavo Wasa heredero natural del trono de Suecia, el conde Loevenhielm ministro del rey Cárlos-Juan. He hablado por primera vez con el mariscal Marmont: mi padre le citaba como hombre de talento; y su conversacion en nada desmiente esta opinion. Debo recibir hoy su visita. Me alegro de hallarme en relacion con los Fránceses: no quisiera quedar desconocido del todo en Francia, en donde tienen unas ideas tan poco exactas acerca de mi situacion.»

CAPITULO V.

En consecuencia de los acontecimientos de Paris y de la revolucion de Francia, el mariscal Marmont llegó á Viena á fines del año 1830. Hallándose en la misma residencia que el hijo de Napoleon, era muy natural que sintiese un vivo deseo de verle y tratarle; mas sin embargo, juzgó conveniente observar la mayor reserva en sus diligencias para conseguirlo, y algunas semanas se pasaron sin que hiciese ninguna solicitud al efecto.

El jóven Príncipe por su parte, así que supo la llegada del Mariscal, manifestó cuan agradable le seria la conversacion de uno de los mas antiguos compañeros de armas de su padre, y el único que hoy existe de todos los edecanes de sus primeras campañas: deseaba preguntarle acerca de una multitud de circunstancias que ningun otro podia esplicarle, pues que tenian relacion á unos hechos de los cuales era el Mariscal único testigo.

El conde de Dietrichstein previno á Mar-

mont del deseo del Príncipe, y habiéndose encontrado estos dos personajes en el baile que dió el Embajador de Inglaterra, determinaron que sus conferencias tendrian lugar todos los dias desde las once de la mañana hasta las dos.

A la mas profunda ciencia de las teorías estratégicas, añade el Mariscal ideas estensas y variadas en muchos ramos de los conocimientos humanos. Habiendo tomado una parte activa en los grandes acontecimientos del siglo, su posicion le ha puesto al alcance de conocer á casi todos los hombres de nuestra época que se han distinguido en las ciencias, artes, letras, guerra y política. Dotado de una memoria prodigiosa y de gran vivacidad de ingenio, su conversacion está llena de hechos, y es muy animada é interesante, sea que trate de asuntos serios, sea que cuente las numerosas anécdotas de su vida activa y agitada.

Fácil es concebir cuanto hechizaban al jóven Príncipe las relaciones del Mariscal: por la primera vez escuchaba la voz de un compañero de armas de su padre, que le referia unos hechos de que habia sido él mismo ó el actor ó el testigo. Era uno de los guerreros célebres de la época, quien le estaba esplicando los movimientos de los ejercitos en que habia ocupado el rango mas distinguido. Sus animadas relacio

nes tenian un fuego que hacia mas viva impresion en el Duque que la fria narracion de los libros, cuyas numerosas contradicciones habian dejado en su espíritu la mayor incertidumbre. Halló el Mariscal que nada ignoraba su alumno de cuanto se ha escrito sobre los grandes acontecimientos del siglo : todas las obras históricas que hablan de su padre habian sido leidas por él, y analizadas; al paso que retenia su memoria cuanto ofrecen de notable y de estraordinario.

A poco tiempo no bastaron ya las conversaciones : fue menester dar á la instruccion un método directivo, que la hiciese mas útil y sustancial. A peticion del jóven Príncipe, adoptó el Mariscal la forma de lecciones de teoría militar sobre las diferentes campañas de Napoleon.

Además de los medios que le suministraban sus conocimientos y su memoria, tenia entonces el Mariscal á su disposicion otros recursos muy útiles; pues se hallaba ocupado en la redaccion de unas memorias muy estensas, las cuales serán del mas vivo interés, pues que reune á la posicion adecuada para observar los hechos y conocerlos, la facultad de discutir sus observaciones, de clasificarlas, y de trasmitirlas con precision y lucimiento.

Las lecciones siguieron con regularidad y sin

la mas leve interrupcion por espacio de tres meses; el jóven les prestaba la mas viva atencion; la inteligencia brillaba en sus ojos, y en sus miradas penetrantes creia el Mariscal volver á hallar un destello del alma de Napoleon. Seguia las indicaciones con insaciable anhelo; sus observaciones eran justas y precisas; sus preguntas manifestaban profunda inteligencia; pero las hacia raras veces, evitando en lo posible la interrupcion de unas instrucciones que parecian tenerle completamente absorto. Siempre que era menester apelar á su memoria, se hallaba esta tan fiel, como sano su juicio. La exactitud de sus ideas le adheria particularmente á la gloria de las primeras campañas de su padre, las cuales sirvieron tambien de fundamento á las principales lecciones del Mariscal.

En algunas ocasiones manifestaba cuanto sentia la falsedad de su posicion, á pesar de sus inclinaciones militares, conociendo que aquella contrariaba su carrera, porque la política no podia menos de dudar de sus intenciones y de su buena fe.

Así que el Mariscal hubo agotado los materiales de sus lecciones, advirtió de ello al duque de Reichstadt, el cual manifestó el mas vivo sentimiento, y el deseo de que continuasen sus conversaciones como de costumbre; pero el Ma-

riscal le dió á conocer que mientras sus visitas habian tenido un objeto positivo de instruccion, su utilidad garantizaba su conveniencia; que en adelante la malevolencia podria interpretar falsamente unas relaciones que carecian de objeto determinado; y que era preciso evitar este grave inconveniente. De resultas de esto, se convino en que el Mariscal solo iria á hacerle la corte una vez cada quince dias.

Desde aquella época, el Mariscal iba á visitar al Príncipe con la convenida puntualidad, y durante la larga enfermedad del último fue muy puntual en sus visitas, que servian para distraerle en sus padeceres, y dar ocupacion á su alma activa. El Príncipe, por otra parte, jamás le hablaba de sus dolencias, ni aun cuando la enfermedad hubo comenzado á atacar en él los órganos del oido y del habla: tanto era el vigor del alma del jóven, que luchaba contra su debilidad física; tanta perseverancia ponia en práctica para disimular sus dolencias y eximirse, si era posible, de las restricciones mas formidables en su concepto que el dolor y la enfermedad.

Apenas pasó un año despues de estas lecciones militares, cuando aconteció la muerte del Príncipe. Quiso el Mariscal dar á sus mortales despojos el último tributo de la amistad, ver-

tiendo una lágrima sobre sus frias cenizas; pero habiendo llegado á la capilla mortuoria, no se atrevió á pasar de los umbrales para contemplar en lo inmóvil del último reposo las facciones que poco tiempo antes habia visto animadas de vida intelectual, tan llena de ardor que casi parecia exagerada.

El duque de Reichstadt hablaba muchas veces de sus entrevistas con el Mariscal al príncipe de Metternich y á otros muchos sugetos que estaban inmediatos á su persona; y les daba cuenta de la impresion que estas nuevas relaciones habian producido en su espíritu. «El Mariscal, les decia, es ciertamente un hombre dotado de muchos talentos y brillantes adquisiciones; pero ha nacido bajo un astro funesto: ni sus especulaciones, ni sus empresas, ni su política han tenido próspero resultado; todo en fin le ha salido mal, escepto sus espediciones militares. Se ha hablado mucho de nuestra intimidad, y se ha querido deducir de ella varios planes y proyectos ambiciosos. Si hubiera formado semejantes designios, habria recelado la influencia de su mala estrella, que á veces, segun creo, se le ha imputado como culpa suya. Así que vuelva á Francia el Mariscal y me pregunte si tengo algo que mandarle para aquel pais, le suplicaré que salude en mi nombre la coluna de la plaza

de Vandoma; pues ha tenido tanta parte en su ereccion, que bien puede encargarse de semejante mensaje.»

El mariscal Maison quiso tambien que lo presentaran al duque de Reichstadt. El jóven Príncipe me contó su encuentro en un baile de corte. «El mariscal Maison, me dijo, se llegó á hablarme; y habiéndome hecho su saludo: —Señor Mariscal, le dije, habeis sido un general muy distinguido á las órdenes de mi padre. Hablámos mucho acerca de la campaña de 1814, y solo tratámos de materias militares, evitando con todo cuidado cuanto pudiera tener relacion con los asuntos de la política.» Supe despues que el mariscal Maison habia quedado muy satisfecho del Príncipe, de cuyo talento hacia los mayores elogios.

La revolucion de Francia habia producido sus frutos: una activa propaganda agitaba el norte de Italia; cada dia se recibian noticias alarmantes, y pronto se divulgaron los disturbios que acababan de estallar en Parma. María Luisa habia regido sus estados con sabiduría, y su administracion habia sido señalada por varios establecimientos de alta utilidad: grandiosos puentes sobre el Trelia y el Taro habian asegurado comunicaciones, ya difíciles, ya enteramente interrumpidas; varios diques, levan-

tados por su órden, defendian los llanos contra la accion de los torrentes devastadores; numerosos edificios, hospitales, establecimientos de educacion y de utilidad pública habian aumentado los recursos del pais, ofreciendo á la clase trabajadora todas las ventajas de las grandes obras que habian sido continuadas sin interrupcion durante muchos años sucesivos. Despues de haber resistido con constancia á las empresas y á las exigencias de los facciosos, la Archiduquesa se vió precisada á retirarse á Plasencia, para ponerse á cubierto del furor del pueblo. . . . .

A la primera noticia de los movimientos que habian tenido lugar, y aunque asustado por la seguridad de su madre, lisonjeado de la firmeza que acababa aquella de manifestar, esclamó el Duque: «¡Ella es hija de María Teresa!» Corrió en seguida á pedir permiso al Emperador para acudir al socorro de su madre, esplicándole los motivos. . . . . . .

«¡Que desgracia es la mia! me dijo: véome obligado á perder la primera ocasion que se me ofrece de manifestar á mi madre la estension de mi cariño. ¡Me habria sido tan dulce socorrerla, tan grato y honroso desnudar mi espada por la vez primera en defensa de su causa, castigando á los que así la amenazan é insultan! Y

en tales circunstancias, ¿me he de hallar reducido á ofrecerla consuelos estériles é inútiles?» La dirigió una carta afectuosa, en la que la manifestaba, que si hubiera dependido de él, habria ya volado á su socorro. «Esta es la primera vez, le decia, en que me es penoso obedecer la voluntad del Emperador.»

Insistió de nuevo, pero en vano, para obtener el objeto de su peticion. Jamás le habia yo visto tan agitado; sus ojos se hallaban inundados de lágrimas. Se mostraba tan impaciente de la guerra, que se habria dicho que estaba trabajado de una fiebre sin intermision; ninguna clase de trabajo lograba distraerle. «¿Como, le dije, habeis de llegar á hacer un papel distinguido, si no os decidís á saber triunfar de vos mismo? ¿Debe por ventura una contrariedad destruir el equilibrio de vuestra alma? deberá bastar para apartaros de las ocupaciones indispensables de vuestra instruccion, de vuestro perfeccionamiento intelectual? —El tiempo es corto, me respondió, y camina con demasiada rapidez para perderlo en largos trabajos preparatorios: ¿no es evidente que ha llegado ya para mí el momento de obrar?»

Los negocios de Italia habian llamado toda la atencion del Emperador de Austria: se trataba de restablecer la tranquilidad en los Estados

romanos. Las marcas, las legaciones se hallaban en un estado de estrema efervescencia. Convenia altamente detener estos movimientos en su orígen, pues que tendian á comprometer mas y mas el reposo de la Italia entera; y los disturbios que se habian manifestado en Parma ofrecian de ello una prueba irrecusable. Yo obtuve el encargo de una comision para Roma, y me despedí del Duque. En los últimos dias que pasé en su compañía, me dió un dibujo que acababa de trabajar, y en el cual habia diseñado uno de los caballos árabes que su padre solia montar. Me sorprendió la exactitud del diseño, que manifestaba el mucho conocimiento que tenia de los caballos. Por lo demás, el Príncipe carecia de gusto para las bellas artes.

En aquella época habia ya llegado á su término la educacion clásica y militar: así es que iba á separarse de sus ayos de quienes habia recibido tantas lecciones útiles, tantas pruebas de adhesion. Uno de estos era el conde de Dietrichstein, que le amaba con afecto verdaderamente paternal, y que por todos conceptos era tan digno de su gratitud y amistad.

Queriendo que sus talentos se desarrollasen en la carrera de las armas, puso el Emperador á su inmediacion varios oficiales conocidos por su lealtad, servicios, talentos y esperiencia, y eli

gió al efecto el general conde de Hartmann, y los capitanes baron de Moll y Standeiski.

El general Hartmann, con quien he tenido relaciones íntimas, es un militar valiente y animado de los sentimientos mas generosos. Desde que empezó á servir á la edad de diez y seis años, ha recibido todos sus ascensos en el campo de batalla. El Emperador no podia colocar al lado del Príncipe un hombre cuya lealtad correspondiese mejor á su confianza. Los capines Moll y Standeiski gozan de la mas alta reputacion en el ejército, haciéndose acreedores á ella por sus servicios, talentos y heridas.

Estos oficiales entraron en relacion habitual con el Príncipe á fines de 1830; mas sus servicios solo comenzaron en 14 de junio de 1831, en cuya época el Emperador, que tenia ánimo de enviar á su nieto á un regimiento acuartelado en Praga, comenzó á organizar completamente su casa; pero algun tiempo despues, el estado en que empezaba á hallarse la salud del Príncipe, le obligó á renunciar á un proyecto que ofrecia graves inconvenientes; por cuya razon parte de la servidumbre del Príncipe fue reformada, y solo se le conservaron sus gentes de librea y los criados de su caballeriza.

Segun el uso y órden establecidos para los miembros de la Familia imperial que se dedican

á la carrera de las armas, el duque de Reichstardt habia pasado por todas las graduaciones inferiores, cumpliendo con los deberes sucesivos de cada una, y habia de este modo aprendido todos los pormenores del servicio con un zelo que habia sido necesario moderar constantemente, á fin de que no perjudicase á sus estudios.

En el mes de noviembre de 1830 habia sido nombrado teniente coronel, y en 15 de junio de 1831 tomó el mando de un batallon del regimiento de infantería húngara de Grulay, que se hallaba de guarnicion en Viena. El Príncipe se dedicó á su nuevo destino con estremado ardor: atento, benigno y obsequioso para con los oficiales, les trataba mas como compañero que como superior, y bien pronto adquirió sobre ellos la influencia que sabia ejercer sobre cuantos le rodeaban. Pasaba todo el dia en sus estudios teóricos ó en las evoluciones prácticas.

«Me causaban admiracion, decia el conde Hartmann, su inteligencia militar y su zelo. Cuatro dias despues que hubo tomado el mando, ya se le advertia cierta ronquera en la voz; pero como este efecto se observa generalmente en cuantos no tienen costumbre de dar las voces de mando en una línea muy estensa, aunque sus pulmones sean de los mas robustos, no me pa-

reció necesario impedir la continuacion de sus tareas.

«En aquella época no existian aun indicios visibles de enfermedad, aunque era indudable que ya llevaba los gérmenes de la terrible dolencia á que sucumbió. Sin embargo, algunos ataques de tos muy ligeros pero demasiado frecuentes, la prolongacion de su ronquera, y su debilidad física despues de las fatigas militares, me parecieron pruebas evidentes de un estado de salud poco satisfactorio, el cual exigia atenta vigilancia y continuos desvelos; mas el Príncipe atribuia su cansancio á la poca costumbre en que hasta entonces habia estado de entregarse á un ejercicio tan violento. Solo un movimiento activo, decia, era capaz de corregir los vicios de su higiene, producidos en él por su demasiada aplicacion á los estudios sedentarios. Con increible fuerza de carácter ocultaba cuanto le era posible, todos los síntomas de su indisposicion tísica, temeroso de que el conocimiento de su situacion verdadera le obligase á volver á una vida pacífica y retirada.

«Sin embargo, mis observaciones continuas me revelaron en parte la verdad, obligándome á participar mis recelos al Dr. Malfatti, médico ordinario del Príncipe, y el cual ejercia sobre él la mayor influencia, con el objeto de consul-

tar los medios de que nos valdríamos para dar un socorro eficaz y oportuno á su salud, que tan visiblemente se deterioraba.»

Yo mismo, al llegar á Viena, tuve deseos de conocer al Dr. Malfatti, que goza de gran reputacion por sus talentos naturales y científicos. Su interesante conversacion correspondió á los informes que ya me habian dado de él; y la relacion siguiente acerca de la enfermedad del duque de Reichstadt y de la situacion de este en la época mencionada, es al pie de la letra como él me la refirió.

«Fuí nombrado médico ordinario del Príncipe en el mes de mayo de 1830, en cuyo destino reemplacé al célebre Franck y los Dres. Gochi y Standenheimer, sugetos de la mas alta reputacion. Estos facultativos, en union con Mr. de Herbeck su cirujano ordinario, habian hecho tambien observaciones diarias sobre la salud del jóven Duque; pero no dejaron á su ausencia los apuntes convenientes para mi instruccion. El conde de Dietrichstein tuvo la bondad de suplir esta omision, informándome de muchas particularidades cuyo conocimiento me era necesario. El Príncipe comia muy poco y sin apetencia; su estómago parecia demasiado debil para sufrir el alimento que habria exigido su desarrollo físico, el cual era tan rápido, que á

la edad de diez y siete años su talla pasaba de cinco pies y ocho pulgadas. Acometíanle á menudo dolores de garganta, y estaba sujeto á una especie de tos habitual y á una escrecion diaria de mucosidades. El Dr. Standerheimer habia ya manifestado la mas viva inquietud acerca de la predisposicion del Príncipe á la tísis de la traquiarteria; y yo por mi parte me informé de las prescripciones que se habian usado contra estos síntomas alarmantes.

«El conocimiento personal que yo tenia de la existencia de una disposicion morbífica hereditaria en la familia de Napoleon, dirigió mis primeras investigaciones, y conocí que el jóven Príncipe padecia una afeccion cutánea, conocida en la medicina con el nombre de *herpes farinaceum*. Así fue que no pude aprobar el uso de los baños frios y de la natacion, al cual se habia tambien opuesto Mr. de Herbeck, solo en virtud del conocimiento que habia adquirido de la débil organizacion del pecho de su paciente. Con el objeto de conseguir una reaccion sobre el sistema cutáneo, empleé con buen éxito los baños muriáticos, y las aguas de Seltz mezcladas con leche.

«El Príncipe debia empezar su carrera en las armas al otoño siguiente: este era el objeto de sus deseos, y ya habia obtenido la autorizacion

tan anhelada. Es de suponer que yo no me recomendaria á sus buenas gracias, oponiéndome, como lo hice de todas veras, á esta mudanza de vida; manifesté mis razones á sus augustos padres, en una Memoria que les dirigí en 15 de julio de 1830, y en la cual establecia que en el estado de escesivo crecimiento en desproporcion del lento desarrollo de los órganos, y particumente del pecho, toda enfermedad accesoria podria acarrear peligro inminente, ya en la actualidad ya en lo venidero; y que por consiguiente, era indispensable poner el Príncipe al abrigo de todas las influencias atmosféricas, é impedir todos los esfuerzos á que su voz se hallaria sujeta de continuo en el servicio militar.

«Mi Memoria fue acogida por el Emperador, y su entrada en el servicio fue diferida por seis meses. Entretanto los síntomas alarmantes se mitigaron de un modo visible á fuerza de cuidados asiduos: el invierno pasó felizmente, á pesar de que continuaba el crecimiento de su estatura.

En la primevera de 1831 entró el Príncipe en la carrera de las armas. Desde aquel momento desechó todos mis consejos, y solo fui espectador de un zelo desmedido, de una aficion sin límites á sus nuevas ocupaciones, mientras el desgraciado Príncipe se imaginaba que debia

únicamente escuchar al entusiesmo que esponia su débil cuerpo á unas privaciones y fatigas superiores á sus fuerzas. Pensaba que seria indecoroso y bajo manifestar sus padeceres hallándose en la milicia, al paso que me miraba con malos ojos por haber retardado su carrera; y aun temia que mis observaciones consiguiesen todavía interrumpirla. Así es que, á pesar de tratarme con mucha bondad en nuestras relaciones sociales, jamás me decia la verdad como facultativo. Me fue imposible determinarle á volver al uso de los baños muriáticos y de las aguas minerales que tan útiles le habian sido el año precedente. Respondíame que le faltaba el tiempo necesario para cuidar de su persona.

«Muchas veces le sorprendí en el cuartel en estado de estremada fatiga. Un dia le hallé tendido en un canapé, desfallecido, estenuado, y casi exánime; y no pudo entonces negar el estado penoso á que le veia reducido.

—«No sé qué hiciera, me dijo, con este miserable cuerpo, que no quiere seguir la voluntad de mi alma.

— Es muy sensible, le respondí, que V. A. no tenga la facultad de mudar de cuerpo como muda de caballos cuando estos están cansados; mas considerad, os suplico, monseñor, que teneis un alma de hierro en un cuerpo de cristal,

y que el abuso de la voluntad puede seros funesto.

«En efecto, su vida era entonces una verdadera combustion: apenas dormia cuatro horas, aunque tuviese naturalmente necesidad de un sueño mas largo; apenas tomaba alimento alguno. Su existencia estaba enteramente concentrada en los ejercicios militares, y ya desconocia toda tranquilidad; el crecimiento de su estatura continuaba casi visiblemente, al paso que se iba demagrando en proporcion, y su tez adquiria una lividez notable. Cuando le preguntaba acerca de su salud, me respondia siempre que se hallaba sin la menor novedad.

«En el mes de agosto fue acometido de una fuerte calentura catarral; y solo pude conseguir que se estuviera en cama veinte y cuatro horas.

«Consultámos con el general conde de Hartmann acerca de la necesidad de poner término á un régimen tan peligroso para tan frágil existencia.

«V. se acordará de la época funesta en que invadió á Viena el cólera morbo, y de las desgracias que señalaron la primera irrupcion de aquella calamidad, asi como tambien de la generosa conducta de los habitantes de Viena, las sabias precauciones del Gobierno, los socorros

y ejemplo que al pueblo dispensaron el Emperador y los miembros de la Familia imperial. Inaccesible á los temores que inspiró el contagio á su aparicion, el duque de Reichstadt no queria separarse de los soldados ni apartarse de sus cuarteles; el Emperador no podia menos de apreciar estos sentimientos, tan conformes á sus ideas de los deberes de un príncipe; pero nosotros teníamos tambien una obligacion sagrada é imponente: esta era la de salvar á un jóven de una posicion que con tanta evidencia amenazaba destruirle. Hice con este motivo un manifiesto de todos los peligros que era indispensable conjurar por medio de un pronto cambio de régimen y de un reposo absoluto. En tan crítica situacion el menor ataque de la enfermedad reinante deberia serle mortal. El conde Hartmann se encargó de presentar esta relacion á su S. M. I., el cual me mandó que fuera al dia siguiente á repetirle *verbatim* mi informe en presencia del duque de Reichstadt, al concluir una revista que iba á pasar cerca del Schmolz, en las inmediaciones de Viena. Acudí puntualmente á la hora señalada al paraje donde el Emperador mezclándose con las tropas y el pueblo, queria animarlos con su ejemplo á despreciar los terrores del contagio. Así que se concluyó la revista me acerqué á S. M.

y le repetí mi relacion. Dirigiéndose entonces el Emperador al Príncipe: — Acabais de oir al Dr. Malfatti, le dijo; y así os retiraréis al punto á Schænbrunn. El Duque le hizo un profundo saludo para manifestar su obediencia; pero al mismo tiempo me lanzó una mirada de indignacion. — Vuestra es la culpa, me dijo encolerizado, si me ponen en arresto; eh! y se alejó de mí con la mayor precipitacion.

«Los dos meses de reposo absoluto que pasó en Schænbrunn fueron como un bálsamo vivificante para sus órganos desfallecidos: sus fuerzas se restablecieron; su rostro perdió su lividez funesta, y recobró una espresion mas animada; entonces dormia ocho ó nueve horas seguidas; la naturaleza queria volver á gozar del reposo que se le habia negado por tanto tiempo; los dolores que habian destrozado su pecho se amortiguaron y desaparecieron. Insensiblemente se fue apaciguando su indignacion contra mí, cediendo el Príncipe á la habitual bondad con que me habia honrado. Durante las frecuentes conversaciones que me proporcionó tener con él su enfermedad, procuré estudiar su carácter con atencion é interes. Hablaba de todas las materias con perfecta rectitud de espíritu, notable facilidad, y delicadeza de espresion: sus conocimientos en la historia eran

profundos, y particularmente sobre los sucesos de nuestros dias que habia analizado con tanta reflexion. Pero su rasgo saliente y característico era la aptitud de sondear el corazon humano en sus mas profundos escondrijos, y hacer abortar la verdad por medio de las preguntas sutiles que le dirigia (1). Esta disposicion, tan opuesta al entusiasmo que en todas las circunstancias manifestaba, era agena de su edad; pero observándolo atentamente, he notado una singular analogía entre su organizacion física y su organizacion moral, una especie de dualismo en estremo marcado. Su autopsia ha demostrado despues, lo que entonces me llamó la atencion. El sistema huesoso, creciendo en él de resultas del raquitismo *per longum*, adolecia de una enfermedad de la infancia; al paso que los órganos en estado esquirroso y de emaciacion estaban ya como heridos de caducidad, á escepcion de los celebrales, que presentaban notable regularidad de formas y un desarrollo estraordinario. Del mismo modo, con respecto

(1) Decipit frons prima multos; rara mens intelligit
Quod interiori condidit cura angulo.

Del esterior la apariencia
A muchos engaña y burla,
Mas es raro el que conoce
Lo que el pecho disimula.

á su constitucion moral, la vivacidad de sus placeres y deseos, así como tambien la actividad de sus voluntades, tenian á veces el carácter de la infancia; mientras que su reflexion profunda y sus investigaciones sobre el corazon humano, hechas con toda la filosofía de un sér desengañado de toda ilusion y mezcladas con cierta tendencia á la severidad, en cierto modo misantrópica, parecian pertenecer al espíritu melancólico de la vejez.

«Habiábamos muchas veces acerca de la literatura, y le gustaba comunicarme sus ideas sobre esta materia. Su carácter, á ratos melancólico y sombrío, se manifestaba en la eleccion de sus lecturas y en sus preferencias literarias. Cierto dia, en una de nuestras conversaciones, prorumpió con entusiasmo en elogio de los conceptos poeticos de lord Byron: — Hay en este gran poeta, decia, un profundo misterio, cierta tiniebla que responde á las disposiciones de mi alma: mi pensamiento parece identificado con el suyo.

— Admiro como vos, señor, le respondí, á aquel grande ingenio; pero le culpo por haberse consagrado al culto de la duda y de la desesperacion, cuando deberia haber bebido en las fecundas fuentes de la esperanza y de los convencimientos. Las faltas de Byron consisten

en separar al hombre del único apoyo que sostiene su debilidad, apartándole de la meta que sola puede consolar y ennoblecer su existencia. ¡Cuan superior al miserable juguete de un ciego destino el sér humano, tal como lo concibe Lamartine en la epístola que dirige al mismo lord Byron!

Por natura limitado
E infinito en sus anhelos,
Es el hombre un dios caido
Que se acuerda de los cielos.

—He aquí un pensamiento noble y magnífico, dijo el jóven, y que me gusta tanto como me sobrecoge. Siento mucho no haber leido las poesías de Lamartine.

— Voy al instante á enviároslas, monseñor.

«Al dia siguiente, cuando volví á verle, me dijo el Príncipe con la mayor emocion: —Doy á V. gracias por el placer que me ha proporcionado; he leido y releido la meditacion de Lamartine, y he visto con satisfaccion que participa de mi gusto por el sombrío poeta Byron.

El mas grato contento
Dispensa al alma mia
La salvaje armonía
De sus toscos acentos,
Cual agrada á mi oido
De los vientos y rayos el bramido.

« Pero leamos otra vez esta meditacion que me ha parecido tan bella : el jóven tomó el libro... Su voz conmovida se alteró al pronunciar los siguientes versos que el poeta parecia dirigirle :

Animo , tierno infante, decaido
De una divina raza,
Pues en la frente llevas esculpido
Tu origen celestial ; y quien con zelo
Te mire, aunque abatido,
En tus ojos retraza
Un eclipsado rayo del resplandor del cielo.

— Veo con placer, monseñor, cuan sensible sois á los pensamientos que con tanta nobleza se ven espresados por la pluma de mi vate. En este órden de ideas elevadas debe apacentarse vuestra alma ; rechazad lejos de vos cuanto pueda mancillarla y alejaros de la senda honrosa que os ha sido demarcada. Si algun dia la adulacion tentase de emponzoñaros con sus pérfidos consejos , recordad los dos versos con que termina la meditacion :

Desprecia el vil incienso
Que ofrece la lisonja:
Do la virtud no existe
No puede estar la gloria.

CAPITULO VI.

«Volví de Roma en octubre de 1831, me decia Mr. de Prokesch, y hallé á Viena llorando la pérdida de muchos sugetos recomendables que habian sido víctimas del cólera; pero ya este azote se miraba con indiferencia, pues que sus estragos y peligros parecian completamente invisibles. La Corte estaba en Schænbrunn, donde hallé al Príncipe en un estado de salud que me pareció satisfactorio. Recibióme con perfecta cordialidad, y me habló de los pensamientos, proyectos, trabajos y observaciones que habia hecho durante mi ausencia. — Ayer, me dijo, estuve hablando de los hombres con el mariscal Marmont; le manifesté cuanto me sorprendia la diferencia entre el hombre de honor y el hombre de conciencia, y le descubrí mis ideas sobre este punto. El Mariscal pareció sorprendido del asunto de conversacion que yo habia tocado. — Una noche, me dijo, durante la campaña de 1813 me llamó el emperador Napoleon á su tienda, y hablámos detenidamente de varios asuntos: uno de ellos fue el que V. A.

acaba de insinuar, y despues de haber esplicado sus razones con mucho fuego, dió la preferencia al hombre de honor. — En cuanto á mí, continuó el Príncipe, estoy convencido de que el hombre de conciencia es preferible, porque su base es real y sólida, y está fundada fuera del círculo de las humanas pasiones.

« Algunos dias despues, conversámos acerca del gran asunto de la religion, y habló el Duque de ella con los sentimientos mas delicados y de un modo verdaderamente patético. Los sofismas de muchas obras, y la conducta de algunos individuos habian sembrado las dudas en su alma; pero su corazon habia permanecido religioso, y cuando hablaba de sus dudas era á modo de un hombre que siente la necesidad de atacarlas y de someterlas.

— Las lecturas que he hecho, me decia, y algunos ejempios que he tenido ante los ojos me han arrojado en la incertidumbre. El espectáculo de ciertas prácticas minuciosas llevadas á veces hasta el entusiasmo supersticioso, al paso que se hallan opuestas en los mismos individuos á su conducta moral, ha producido en mí una impresion desagradable. Mas por otro lado, siguiendo el ejemplo de todos los legisladores que le han precedido, mi padre ha proclamado altamente que la religion es la base indispensable

de todo edificio social; y lo que es tan necesario á la sociedad humana no puede menos de ser verdadero: esto convence mi razon; pero lo que mas esencialmente me habla al corazon, residencia esencial de los pensamientos religiosos, es el íntimo conocimiento que tengo del Emperador. Para él no es la religion una mera palabra sobre los labios, un pensamiento íntimo del alma; es una fuerza vital, cuya accion continuamente se observa; y ya rece, ya hable, ó ya obre, encuentro en él un hombre profundamente religioso: este espectáculo habitual me ha hablado un lenguaje que felizmente he sabido comprender. He penetrado, he sentido cuanto habia de sublime en la religion, que puede por sí sola alumbrar al hombre en su marcha, á través de las incertidumbres y tinieblas que le circundan.

« El entusiasmo estraordinario de su lenguaje me habia electrizado; yo leia en aquella alma, tan vivamente exaltada, toda la fuerza sobrenatural que tanto auxilio le ha prestado sin duda en su agonía. Poco comunicativo por naturaleza, no quiso manifestarse débil en el momento de sus mayores angustias; y cuando vió acercarse su hora postrera, se habia acogido á la intimidad de sus ideas religiosas como al seno de un verdadero amigo.

« El dia 21 de enero de 1832 le hallé en estremo agitado : parece que habia recibido una invitacion para un baile en casa del mariscal Maison, y que estaba en estremo comprometido. — Le he preguntado al Emperador, me dijo, si era forzoso que asistiese á él ; y ha dejado á mi alvedrío la solucion de esta dificultad. No tengo motivo de quejarme del Mariscal, pero no me es posible concurrir con decencia en casa del embajador de Luis Felipe, en el mismo instante en que su Gobierno fulmina contra mí un decreto de destierro y de proscripcion : en semejante caso, habria un inconveniente que chocaria á cuantos fuesen testigos, y que sin duda heriria sobremanera mi amor propio.

« En aquella época fuí nombrado teniente coronel, y el Duque tuvo la benevolencia de regalarme su espada, sobre la cual habia mandado grabar su nombre. Por mi parte, le supliqué que aceptase el obsequio de una capa de Wehebita, esto es, un vasto manto negro, uno de cuyos emboces está cubierto de ricas bordaduras de oro. Esta capa habia pertenecido á un gefe de los Arabes cismáticos, que sucumbió en la espedicion en que logró someterlos el Baja de Egipto.

« A principios de febreró me despedí del Príncipe, pues iba á dirigirme de nuevo á Ita-

lia para desempeñar otra comision. Su salud estaba entonces bastante precaria; mas ¡cuan lejos estaba yo de prever que en aquel instante pronunciaban mis labios un Dios postrero y eterno!...»

Una gloria estaba aun reservada para el Duque de Reichstadt. Los pueblos del imperio de Austria se preparaban á celebrar el cuadrigésimo aniversario del reinado de su Monarca; todos hablaban con ternura de las virtudes de su Soberano, de su justicia y de su amor á los súbditos, de su inflexible adhesion á sus deberes, de su constancia en sus reveses, de los grandes y penosos sacrificios que nunca se habia negado á hacer en obsequio de los intereses de su pais. Se felicitaban porque en medio de tantas crísis, durante cuarenta años, le habia la Providencia conservado en el trono; y hacian los votos mas ardientes y sinceros por la prolongacion de su carrera y reinado.

¡Pueblo sabio y dichoso! Mientras sabes apreciar los beneficios que se te dispensan, gozas de ellos con calma, y te congratulas, en medio de las revoluciones que te rodean, por haber pasado cerca de medio siglo sin esperimentar la mas leve mudanza.

Víctima de las convulsiones que, durante este mismo período, han trastornado mi nativo suc-

lo, el espectáculo de semejante regocijo público me llevaba en idea á mi patria, y recorria mi memoria los numerosos aniversarios que por turnos celebraran los partidarios de las catorce formas de gobierno que en aquellos mismos cuarenta años se han sucedido en Francia con tanta rapidez. Desde que ciñe la diadema el emperador Francisco, unos hombres criminales han hecho perecer en el patíbulo á Luis XVI y á su esposa María Antonia. El desventurado Heredero de su quebrantada corona ha sido cobardemente asesinado por medio de torturas lentas y cuya atrocidad no tiene paralelo. Un anivelamiento férreo ha anonanado sucesivamente la aristocracia de las clases, de las riquezas, del talento, de la virtud, y hasta del crímen mismo. La Convencion y sus terribles conciliábulos, el Directorio y sus agentes han celebrado las sangrientas bacanales del crímen; y el Consulado y el Imperio tambien celebraran sus aniversarios sangrientos, pero á lo menos ilustrados por el valor del heroismo y el resplandor de la victoria.

Quiso el Duque de Reichstadt dar al Emperador una fiesta en celebracion de su aniversario que hacia resonar el júbilo en todo el Imperio. Con este designio habló al general Hartmann, el cual se encargó de conferenciar con

los oficiales acerca de los preparativos que deberian hacerse. El Duque se entregó á esta idea con todo su ardor natural, y con toda la vivacidad de su ternura y cariño hácia su abuelo; mas sus proyectos fueron desconcertados.

El Emperador no podia permanecer ignorante de los preparativos que empezaban á ponerse en planta. En medio de los numerosos sacrificios que los arriesgados movimientos de las nuevas revoluciones acababan de imponer á los pueblos, no quiso que una circunstancia que le era personal, agravase los gastos públicos; y á consecuencia manifestó su positiva intencion de no aceptar fiesta alguna, ni tolerar el preparativo mas leve. «¿Porque quieren, decia, dedicarme fiestas estraordinarias? ¿Es porque hay cuarenta años que reino? Parece, añadia aquel buen Príncipe, que teneis intencion de avisarme que ya es tiempo que me retire.» Aludian sus palabras á la costumbre que tienen los empleados, en Austria, de retirarse así que han cumplido los cuarenta años de servicio, porque entonces tienen opcion á un sueldo equivalente á la totalidad de su honorario.

Suprimiéronse las fiestas proyectadas, contentándose el Monarca con las efusiones del corazon y los testimonios de afecto filial que así, en sus reveses como en sus triunfos, no han cesado

de prodigar los Austríacos á su respetable Monarca.

La permanencia del Príncipe en Schænbrunn le fue evidentemente ventajosa en cuanto á su salud, me dijo el general Hartmann; vivia en íntima relacion con la Familia imperial; seguia ocupándose en sus lecturas militares; montaba á caballo todos los dias durante muchas horas; y asistia á las grandes maniobras del ejército, acompañado del Comandante general. Por este medio procuraba el Emperador fortalecerle la voz y los recursos físicos, al mismo tiempo que le suministraba ocasion de ejercitarse en el arte militar, alternando con los gefes superiores. Una sola vez, en la gran revista que pasó el Emperador en persona, pidió y obtuvo permiso de S. M. para tomar el mando de su batallon.

Poco despues quiso acompañar al Emperador á las grandes monterías que tienen lugar en aquella estacion; pero la humedad, el frio y la fatiga renovaron sus accidentes y enfermedad. Su estado de debilidad no habia nunca desaparecido del todo, y se manifestaba por una propencion al sueño, declarándose al mismo tiempo otros síntomas igualmente alarmantes. Se le pusieron las manos muy teñidas, cuya circunstancia se habia observado en él hasta en los primeros años, y que se habia atribuido su-

cesivamente á los sabañones, á la insensibilidad de la piel, á una falta de vigor vital, y que habia resistido á todos los esfuerzos del arte.

Entretanto el duque de Reichstadt, pesaroso de hallarse privado de sus ejercicios militares, procuraba disimular sus padeceres, resolviendo no dar indicios de su dolencia, aunque tenia verdadera confianza en los talentos del Dr. Malfatti, á quien apreciaba afectuosamente; se esforzaba á eximirse, por sus respuestas, de sus atentas observaciones, y rehusaba someterse á las prescripciones que tan saludables le hubieran sido. Así es que un dia le dijo el doctor, bastante picado: «Como á príncipe bueno y amable, tengo por vos un verdadero cariño; pero no os amo como á enfermo.»

—Y yo, respondió el Príncipe, os amo mucho como á sabio y á hombre de talento; pero sabeis muy bien que aborrezco la medicina.»

Salímos de Schœnbrunn el 16 de noviembre de 1831. El duque de Reichstadt suplicó al Emperador que le dejase emprender de nuevo sus tareas militares; pero S. M. no lo consintió pues que se hallaba en una disposicion verdaderamente alarmante.

El fin de año fue señalado por la muerte rápida y sucesiva de dos presidentes y del vicepresidente del Consejo áulico militar: estos fue-

ron los generales conde de Giulay, baron de Frimont, y baron de Siegenthal. El baron de Frimont tenia mas de cincuenta años de servicio: distinguido por sus talentos, valor y lealtad, gozaba de la mayor reputacion en el ejército. El Príncipe solicitó al instante la autorizacion de acompañar con las tropas el funeral de aquel venerable caudillo, y tributar á su memoria los postreros honores militares. Aprobó el Emperador estos sentimientos de respeto, en obsequio de las cenizas del ilustre general; pero una nueva indisposicion del duque de Reichstadt nos obligó á retenerle en casa hasta enero, en cuya época volvió á sus tareas de predileccion.

La última vez que se presentó en público con las tropas, fue en la plaza de José, para asistir al servicio fúnebre del general de caballería Siegenthal. La temperatura era en estremo fria, y esforzándose á mandar su batallon perdió enteramente la voz. Se supo aquel mismo dia que se hallaba con calentura, cuya circunstancia habia ocultado con el mas profundo disimulo.

Aunque se procuró sujetarlo al régimen mas severo, la fatiga á que habia espuesto su cuerpo, ya debilitado por sus dolencias, produjo en breve una nueva enfermedad, y vino á poner término á sus servicios, aunque poco despues le

hubiese nombrado el Emperador segundo coronel del regimiento en que había servido. Fue atacado de una fiebre reumática catarral y biliosa, la que, gracias á los esmerados esfuerzos del facultativo, llegó á su crísis principal el dia séptimo, despues de cuya época pasó del grado de fiebre subcontinua, al de intermitente cotidiana.

Una gran dificultad se ofrecia para el tratamiento de esta dolencia, y era el estado crítico del pecho y de las vísceras, especialmente del brazo; pues se temia que obrando sobre estos órganos tan fuertemente afectados, la fiebre, accesoria en su orígen, se convirtiese en secundaria de naturaleza supuratoria.

El Dr. Malfatti habia determinado enviar al Príncipe á los baños de Ischl luego que la estacion lo permitiera, esperando ventajosos resultados si se le podia sostener hasta la época favorable.

Los remedios administrados con tanta inteligencia suspendian el mal, y detenian los progresos de la fiebre; pero entonces el activo espíritu del Príncipe le precipitaba en empresas imprudentes que hacian retoñar la enfermedad, y agravaban sus síntomas. Hallábase desesperado el doctor. «Paréceme, decia, que existe en este desgraciado jóven un principio activo que

le impele á suicidarse; y contra esta fatalidad que le arrastra, se estrellan todos los razonamientos y precauciones.»

El equinoccio de la primavera fue época muy fatal. Las lluvias, á que se esponia el Príncipe, y que le hacian acatarrarse con frecuencia, y aun á veces le ocasionaban calentura, reprodujeron sus dolencias crónicas, y le causaron obstrucciones del hígado y escreciones de carácter sospechoso.

En el mes de abril se agregaron á estos penosos síntomas otros no menos alarmantes. Empezó á acelerársele el pulso por intervalos, y sufria frecuentes sensaciones de frio. La demagracion que resultaba de las espectoraciones y de la suspension de las facultades digestivas alarmaron á los Dres. Raiman y Viehrer, á los cuales durante un violento ataque de gota, habia comisionado el docto Malfatti para reemplazarle en el cuidado del Príncipe. El régimen que prescribieron estos tres facultativos consiguió cortar la fiebre, que habia tomado el carácter de acceso.

Una notable mejoría en la salud del Príncipe habia determinado á los que le cuidaban á permitirle tomar el aire á caballo y en coche, pero bajo la precisa condicion de que este ejercicio fuese muy moderado. En efecto, se sometió

el Príncipe á este régimen durante algunos dias; pero habiéndose obstinado en salir una mañana muy húmeda y fria, corrió por algun tiempo á toda rienda, para entrar en calor, pues se hallaba vivamente afectado por la accion del aire. Por la tarde salió tambien á pasear al Prater en un carruaje descubierto. La situacion de aquel, en una de las islas del Danubio, lo hace húmedo en estremo. Permaneció el Príncipe en el paseo hasta puesto el sol, cuando habiéndose roto por casualidad una rueda de su carroza, saltó á tierra, pero habiéndole abandonado las fuerzas, quedó tendido en el suelo, casi exánime. La inprudencia de aquel dia tuvo por resultas un acceso violentísimo, y una fluxion de pecho que produjo los mas graves accidentes, y sobre todo la pérdida del oido izquierdo.

De órden del Emperador, y á solicitud del médico ordinario, se hicieron en Viena y Schœnbrunn varias consultas, á que asistieron los doctores Vivenot, Wiehrer y Turckeim. En una de estas juntas, advertí á los facultativos, en nombre del Emperador, que sin detenerse en consideraciones políticas examinasen si pudiera ser ventajoso al duque de Reichstadt el trasladarse fuera de los dominios del Austria. Despues de haber discutido la situacion del enfermo, y fijado el régimen que deberia seguirse, decidie-

ron que podia ser ventajoso el trasladar el Príncipe á Italia, y especialmente á Nápoles.

La posibilidad de semejante viaje causó al jóven un gozo indecible. « Pero ¿creeis, me dijo, que habrá algun obstáculo? Como el Emperador está ausente... Ved al príncipe de Metternich, y preguntadle si es posible que se me permita emprender este viaje. »

Fuí al momento á hacer la pregunta al príncipe de Metternich, el cual me respondió con ahinco: « Decid al duque de Reichstadt que, escepto á Francia, cuya entrada no está en mis manos el franquearle, puede trasladarse al pais que mas le convenga. El Emperador antepone á todo la salud de su nieto. »

A mi vuelta, fue el Príncipe enagenado de júbilo por la respuesta que le llevé, y se entregó á todas las ilusiones de una esperanza que no debia realizarse.

Sucedíanse de un modo alarmante las alternativas de padecer y de alivio, hallando el Príncipe el consuelo de sus males en los afectuosos esmeros de la Familia imperial, y especialmente del archiduque Francisco, y de la archiduquesa Sofía que le trataba con toda la ternura de una hermana. Esta Princesa, tan notable por la cultura de su talento, era como una providencia bienhechora para los dias de angustia del

desventurado jóven, cuyo estado iba empeorando visiblemente.

Segun la costumbre de los príncipes de la Familia imperial, el Viático debe administrárseles en presencia de la Corte reunida. Recelaban anunciar al duque de Reichstadt que habia llegado el momento de cumplir con este último y augusto deber; y ni aun el prelado de la Corte, Miguel Wagner, que habia instruido su infancia, se hallaba con fuerzas suficientes para revelarle esta tremenda disposicion. La archiduquesa Sofía, de quien ya habia recibido el jóven Príncipe tantas pruebas de interés afectuoso y condoliente, se encargó de velar á sus ojos esta verdad terrible, persuadiéndole que asociase sus ruegos á los suyos, á fin de alcanzar del Cielo, él un pronto alivio, y ella un feliz alumbramiento. Esta ceremonia se celebró en medio del triste y profundo recogimiento de una asamblea numerosa, que asistia al sacrificio sin que el Príncipe lo notase. ¡Que espectáculo ofrecia la reunion de estos dos miembros de la Familia imperial, postrados entrambos al pie de los altares! El uno pálido, demagrido y ya espirante, recibia el sacramento de la muerte, titubeando casi en el postrer umbral de la vida; la Archiduquesa, en todo el brillo de la belleza, de la juventud, de la maternidad, se preparaba por este

acto religioso á consagrar el nacimiento de su segundo hijo.!... Habia un carácter profundamente sensible en esta idea, que vinculaba así en una misma plegaria la muerte y la vida, la cuna y el ataud.

Informada de la triste situacion de su hijo, partió de Parma la archiduquesa María Luisa, para visitarle en Viena por séptima vez.

Hasta entonces habia motivado sus viajes cuanto puede lisonjear el amor materno: habia presenciado el desarrollo gradual de las gracias esteriores y de las brillantes facultades intelectuales del jóven Príncipe, el cual á su llegada salia siempre á recibirla, acompañándola á su regreso á algunas jornadas de Viena. Detúvose en Trieste, para ver al Emperador que se hallaba entonces en aquella ciudad, donde una indisposicion repentina la obligó á detenerse algunos dias. Sin aguardar su completo restablecimiento, y estimulada aun mas por las noticias alarmantes que llegaban de dia en dia, siguió su camino la Archiduquesa, y llegó á Schœenbrun el 24 de junio al anochecer, en un estado de afliccion y desmayo difícil de describir. A pesar de su emocion, quiso ir al momento á ver al Príncipe, que ya estaba preparado para recibir á su madre. Su llegada le llenó de júbilo, y aun solicitó permiso para salir á su encuentro; pero sus fuerzas ya no

eran suficientes para sostener una prueba semejante.

Invitóme la Archiduquesa, como tambien al doctor Malfatti, para que permaneciéramos á la cabecera del enfermo, á fin de que le suministrásemos nuestro socorro en caso de hacerle demasiada impresion su entrevista. No hay colores que basten para pintar esta lúgubre escena: aquel jóven, antes tan bello, ahora privado del habla, y llevando impreso en su rostro el sello de la muerte, se incorporaba en su lecho de dolor para tender los brazos desfallecidos á su angustiada madre, que venia á recibir su postrer suspiro. Ambos quedaron como exánimes, y tuvimos mucho trabajo en tranquilizarlos. La Archiduquesa habia por un instante retenido violentamente su dolor, comprimiendo sus sollozos y sus lágrimas; pero tuvo que retirarse luego para dar libre suelta á su ahogado corazon. Volviendo en seguida á la cabecera del lecho, todos sus esmeros, todos sus instantes fueron consagrados sin reserva á su hijo. La deseada presencia de su madre pareció suspender por algunos dias todas las dolencias del duque de Reichstadt. Este último consuelo habia reanimado, en cierto modo, la última chispa de una existencia que por momentos se apagaba.

La poblacion de Viena tomaba un vivo interes

en la triste situacion del Príncipe, y se hacian continuas preguntas acerca de su estado á cuantos podian dar la mas leve noticia: de todas partes llegaban indicaciones de remedios y específicos, que probaban mucho mas el afecto que el juicio de los que los propusieran. Así que un personaje de importancia se halla en una situacion crítica, el vulgo cree siempre descubrir presagios en los acontecimientos naturales: frecuentes tormentas interrumpian el estremado calor que se esperimentaba, y habiendo derribado un rayo una de las águilas imperiales que adornan y dominan el palacio de Schœnbrunn, no faltó quien creyese que el destino habia proclamado de este modo el decreto de muerte que iba á herir al hijo de Napoleon.

Entretanto el Príncipe se iba debilitando visiblemente, y la enfermedad se agravaba de dia en dia. A ratos se le llevaba á un punto particular de los jardines de Schœnbrunn; otras veces se le colocaba en un balcon saliente de su estancia, á fin de que pudiese hallar el aire, que con dificultad aspiraba su estropeado pulmon. Mas ya se hizo imposible sacarle de la cama. Aunque se hallaba en aquella fluctuacion entre la esperanza y el desmayo, que es el síntoma característico de su dolencia, cuando nos hablaba de su muerte cercana, siempre lo hacia con la im-

perturbable firmeza de un hombre valeroso.

El 21 de julio por la mañana se hicieron tan insufribles sus dolores y esperimentó tal angustia, que por la vez primera confesó á su médico los tormentos que sufria. Manifestando entonces un profundo disgusto de la vida: «¿Cuando se terminará mi penosa existencia?» esclamó en medio de los padeceres de una fiebre devoradora. Habiendo su madre entrado en el aposento un instante despues, tuvo el Príncipe bastante fuerza para dominar sus angustias: con aparente tranquilidad respondió á sus recelosas preguntas, que no sentia novedad particular, y aun procuró animarla con respecto á su futuro destino. Aunque sus padeceres no se aliviaron en lo restante del dia, tomó parte en la conversacion de los que le acompañaban, y habló muchas veces con satisfaccion del viaje que iba á hacer el próximo otoño.

Por la tarde nos advirtió el doctor Malfatti que habia mucho que recelar por la siguiente noche. El baron de Moll no se separó del cuarto del Príncipe, aunque sin saberlo este; pues no podia sufrir la idea de que le estuviesen velando. Estuvo adormecido durante algunas horas; pero á las tres y media de la mañana se incorporó en su lecho esclamando: «Yo sucumbo!... yo sucumbo!...» *(Ich gehe unter!...)* El baron

de Moll y su ayuda de cámara le tomaron entre sus brazos procurando tranquilizarle. « ¡ Madre mia! madre mia ! » gritó de nuevo el moribundo Príncipe : estas fueron sus últimas palabras...... Esperando al principio que fuese un ataque pasajero de debilidad, no se decidia el baron de Moll á avisar á María Luisa; pero observando que la vista se le fijaba, y que sus facciones tomaban el carácter de la muerte, lo confió al ayuda de cámara, y corrió á llamar la camarera mayor de la Archiduquesa y al archiduque Francisco, á quien el Príncipe habia suplicado que le asistiese en sus últimos momentos. Acudieron todos en la mayor afliccion. María Luisa habia creido que tendria fuerza suficiente para quedar en pie á la cabecera de su hijo, pero cayó de rodillas al lado de su lecho. El duque de Reichstadt estaba sin habla; sus ojos estintos estaban clavados sobre su madre: procurando espresarla los sentimientos que ya su boca articular no podia... Entonces el Prelado que le exhortaba le señaló el cielo, y el moribundo alzó los ojos para corresponder al pensamiento sagrado. A las cinco y cinco minutos de la mañana espiró sin la mas leve convulsion, en el mismo aposento en que se habia alojado su padre ceñido de triunfos; en el mismo lugar en que por la última vez, dictando la paz como conquistador se

adormecia entre las ilusiones de la victoria, prometiéndose un glorioso himeneo y una eterna dinastía. ¡Fue el dia 22 de julio, aniversario del acta que habia dado al duque de Reichstadt su último nombre y su último título, aniversario del dia en que recibió el jóven Príncipe en Schœnbrunn la noticia de la muerte de Napoleon!

Agobiada de dolor María Luisa, y abrazada con los restos mortales de su hijo, cayó en un estado que su reciente enfermedad hacia peligroso. La noticia del fallecimiento del Príncipe, aunque se habia previsto por largo tiempo, sumergió la Familia imperial en la mas profunda afliccion. La archiduquesa Sofía, que estaba en el instante de su alumbramiento, se sobrecogió de manera que dió las mayores inquietudes. La Corte estaba anegada en llanto; y la funesta nueva, llegando rápidamente á Viena, causó un sentimiento general. Todos contaban el triste suceso; todos hablaban de las amables prendas, noble esterior, interesante figura y precoz inteligencia del Príncipe. Los hombres mas simples se sorprendian del contraste de una existencia que se estinguia sin recuerdo con la vida de Napoleon, tan repleta de acontecimientos, tan notable por la grandeza de los reveses cuanto por la brillantez de los triunfos. Toda aquella gran-

de historia se desbrochaba entonces ante los ojos de todos, desplegándose como una vasta pintura. ¡ Así un fin silencioso terminaba aquel drama terrible! así aquel linaje adquirido por medio de tanta sangre quedaba marchito y anonadado en su gérmen!... ¡ Un inmenso rio, cuyas aguas furiosas habian aterrado el mundo con sus desastres, desembocaba y se perdia en el Océano, hallándose reducido á un miserable arroyuelo!

Al recordar la especie humana que el genio de Napoleon habia lanzado fuegos devoradores, esperaba que el duque de Reichstadt seria para el Imperio una lumbrera bienhechora, que llenaria á todos de pesar si prematuramente se estinguiera: ahora se acrecentaba la afliccion comun al considerar cuanto padeceria el corazon del Emperador cuando supiese la muerte del Príncipe, al cual habia manifestado siempre particular cariño, fuese que el duque de Reichstadt le interesara por los encantos de su espíritu y por el vivo afecto que le manifestaba; fuese que juzgara hacerle reparacion por este medio de haberle sacrificado á sus deberes como soberano, cuando por salvar á su pueblo consintiera á su nacimiento, y cuando para asegurar la paz del mundo rompió con sus propias manos la corona que ceñir debieran las sienes juveniles del hijo de María Luisa.

CAPITULO VII.

Inmediatamente despues de la muerte del Príncipe, el baron de Moll partió de Schœnbrunn, á fin de llevar al Emperador esta triste nueva, y poner en sus manos una carta bañada con las lágrimas de su hija. Llegó á Lintz por la noche cuando la ciudad, con iluminaciones y otras muestras de regocijo, celebraba la presencia del Soberano, y prolongaba las fiestas que habian durado todo el dia. A su regreso á Viena se habia detenido el Emperador para asistir á las maniobras de las tropas reunidas en aquel punto, y examinar las pruebas del nuevo sistema de fortificacion inventado por el archiduque Maximiliano. El contraste de estas festividades, de estas danzas, de estas iluminaciones, con el triste mensaje de que era portador, con el recuerdo tan reciente de las últimas angustias de un príncipe que le era tan caro, triplicaron el dolor del baron de Moll, el cual se dirigió en derechura al palacio. La amargura del mensaje confiado á la Emperatriz fue dulcifi-

cada por las caricias consoladoras de esta princesa. Así que supo la llegada del Baron, quiso el Emperador verle; le hizo contar y repetir todos los pormenores de tan tristes escenas, y angustiándosele el corazon al oir tan melancólica narrativa, tres veces su profundo dolor dió suelta á un torrente de lágrimas. Participaba la Emperatriz de los pesares de su augusto esposo, el cual deploraba la pérdida de tan nobles esperanzas, de tan bellas prendas. «¡Yo habia esperado, decia el Príncipe, que ya que la Providencia no queria conservarle á mi ternura, me habria dado á lo menos el consuelo de recibir su último suspiro!..» Despues de estos momentos consagrados á la viva espresion de un dolor justo, el Emperador mandó al baron de Moll que volviese á María Luisa, para avisarla que le esperase en sus tierras de Persenbeug, á fin de llorar libremente juntos al que fue el mutuo objeto de su esperanza y cariño.

El duque de Reichstadt permaneció de cuerpo presente en Schænbrunn todo el domingo. El lúnes 23 de julio se procedió á la autopsia cadavérica: el estado esquirroso y carcinomatoso de sus pulmones, la falta casi absoluta del esternon, y la endeble estructura de su angosto pecho indicaban evidentemente las causas irremediables de su muerte, demostrando que ningun

recurso humano hubiera sido bastante para salvarle la vida.

A la noche siguiente fué trasportado á Viena en una litera y á la luz de numerosos hachones. El pueblo se agolpaba por verle pasar, y la turba observaba el mas melancólico silencio. Fue depositado en la capilla de la Corte, y en aquella antigua parte del palacio comenzada por Ottocare y concluida por el hijo de Rodolfo de Habsburgo.

El dia 24, desde las ocho de la mañana, empezó el pueblo á llenar los patios de palacio, para dar la última mirada á las inmobles facciones de aquel que habian visto animadas de una vida tan activa. Acudí á la capilla con el conde de Paar, edecan y amigo fiel del príncipe de Schwarzenberg. Para llegar á la fúnebre escena, tuvímos que atravesar las suntuosas galerías conocidas bajo el nombre de Salas de los Espejos y de los Caballeros, que aun conservan los majestuosos recuerdos de José II y de María Teresa, hasta que al fin llegámos á las galerías de la capilla.

El Conde estaba profundamente conmovido con la idea de la era inmensa cuyo último término ya apercibíamos. Gozando de la íntima confianza del mariscal Schwarzenberg, habia evacuado varias comisiones cerca de Napoleon; ha-

bia conversado con él, y tomado parte en las sangrientas batallas que señalaron la marcha de aquel terrible guerrero. Despues de haber combatido en Marengo y en las guerras que acarrearon las dos ocupaciones de la capital del Austria, habia servido, como aliado de Napoleon, contra la Rusia, habia visto su último triunfo en Dresde, y tomado parte en las disposiciones que decidieron en Leipsik su caida. Siguiendo al Mariscal hasta los muros de Paris, fue comisionado para firmar aquella memorable capitulacion, último resultado de tantas conquistas.

Desde aquella época ¡cuantos y cuan vastos cambios ha esperimentado esta inmensa escena! ¡cuantos grandes personajes han desaparecido! ¡Schwarzenberg, arrebatado en la fuerza de la edad al servicio de su pais y al aprecio de Europa! ¡Blucher, sucumbiendo á su heróica vejez en los brazos de la victoria! ¡Alejandro y Constantino, escitados por la tempestad de sus ilusiones filantrópicas, y arrebatados para siempre por el dolor en los confines de Rusia!.. ¡Luis XVIII reposa en Saint Denis!... ¡Cárlos X está proscrito de la Francia!.. Los Condés... no despertémos en este lugar tan funestos recuerdos... Si á lo menos aquel en cuya persona acaba de estinguirse este heróico nombre hubiera tam-

bien perecido como soldado!.. Las cenizas de Napoleon, prisioneras de los Ingleses, yacen sobre el sombrío peñasco de Santa Elena... y su hijo... aquel hijo cuyo nacimiento fue conquistado á costas de tantas victorias, miradle ahí... en nuestra presencia... estinto con todas las esperanzas de su posteridad, con todas las ilusiones de su dinastía.

«Yo asistí al bautizo del Príncipe, continuó el conde de Paar, y tambien me encuentro convidado á su entierro. ¿Veis al lado de su ataud esas insignias del órden de San Esteban? Yo acompañaba al príncipe de Schwarzenberg cuando, por órden del Emperador, adornó con esta misma condecoracion la cuna del Rey de Roma.»

Penetrado el corazon de tan tristes reflexiones, paseámos dos veces en torno de los restos del hijo de Napoleon. La capilla estaba colgada de paño negro, y adornada de escudetes que llevaban los blasones del Príncipe. En los varios altares ofrecian los sacerdotes el sacrificio de la misa. En el centro, sobre tres gradas cubiertas de terciopelo negro, y rodeado de tres hileras de grandes candelabros de plata, se elevaba un doble féretro descubierto; el esterior estaba forrado de terciopelo carmesí, adornado de bordaduras de oro, y sostenido por cuatro

globos de plata dorada; y las asas del mismo metal estaban en las estremidades del féretro, cuyas caras adornaban varias coronas de oro. A la derecha, sobre un cojin de terciopelo estaban colocados la corona ducal y el collar de San Esteban; á la izquierda, el sombrero militar, la espada y el cinturon, insignia distintiva de su grado. A la cabeza del féretro habia una urna de plata y un vaso del mismo metal, que contenian el corazon y las entrañas, para ser depositadas, segun el uso, en la Catedral é iglesia de los Agustinos. Varios oficiales de la guardia alemana y húngara, con sus magníficos uniformes encarnados y brillantes de oro y de bordaduras, estaban colocados en los cuatro ángulos. Algunos ugieres de palacio mantenian el órden entre el gentío que circulaba por la iglesia en silencio. Todos los ojos estaban tristemente dirigidos hácia el Príncipe. Su estatura parecia haberse hecho completamente colosal. Sus facciones, aunque ajadas por sus largos padeceres, conservaban sin embargo cierto carácter de hermosura, nobleza y resignacion; sus labios demagridos se habian ligeramente arrugado; y su figura, en que la enfermedad habia producido el efecto de la vejez, nos pareció tener una sorprendente semejanza con las representaciones de Napoleon sobre su lecho de muerte. Tenia

botas y espuelas, y estaba vestido con un pantalon azul bordado de plata, y una casaca blanca con sus condecoraciones. Este era el uniforme del regimiento en que habia hecho su aprendizaje militar, y del cual fue nombrada propietario Gustavo Wasa despues de la muerte del presidente de guerra el conde de Giulay. Así, por uno de aquellos juegos del destino en que nuestro siglo es tan pródigo, el hijo destronado de Napoleon servia en el regimiento del heredero destronado del gran Gustavo. Este pensamiento, y el lúgubre espectáculo que tenia á la vista, me recordaron y reunieron en mi memoria las dos memorables batallas de Lutzen, la primera de las cuales coronó con una muerte victoriosa la brillante carrera del héroe sueco, y la segunda parecia la postrera sonrisa de la fortuna para aquel á quien habia constantemente prodigado sus inconstantes favores.

Absortos en tan sombrías meditaciones, dímos al Príncipe un eterno y religioso á Dios, y atravesámos varios cuerpos de tropas que creímos estaban reunidos para sus funerales; pero su objeto era el de las exequias del general conde de Orelly, bravo caballero del órden de María Teresa. La muerte habia respetado sus dias en un gran número de batallas; y parecia haber suspendido su golpe por espacio de noventa y

dos años, á fin de herir al anciano guerrero al mismo tiempo que anonadaba al Príncipe en la aurora de su existencia.

Por la tarde, á las cinco, me hallé en la plaza de José: todas las avenidas estaban llenas de un inmenso gentío; el pueblo se mezclaba con las tropas que debian escoltar el entierro, y atravesaba anheloso las distancias entre los pelotones de húsares de Sajonia Coburgo y de Wurtemberg. El magnífico pedestal de la estatua ecuestre que la piedad del Emperador reinante ha erigido á la memoria de José II, ofrecia al pueblo un medio de ver mas fácilmente la fúnebre procesion. Sobre las vastas graderías del monumento, sobre los elegantes guardacantones de granito lustrado que lo circundan, formaba la multitud un grupo admirable: aquella animada pirámide estaba coronada de niños, cuyas cabezas rubias y preciosas contrastaban con la severidad de las figuras de bronce que decoran los bajo-relieves en que están colocadas. Dominando esta escena imponente, la estatua del hijo de María Teresa estendia su brazo colosal, como para proteger al pueblo, y parecia presidir á aquellos grandes funerales.

Gran número de huérfanos abria la marcha con hachas encendidas; el clero salia en procesion de la iglesia de los Agustinos; y el regi-

miento de Wasa estaba tendido por la carrera y formaba la escolta. El acompañamiento comenzó á caminar. Cerrado y cubierto con una gran cruz de tisú de plata, el féretro fue colocado en una carroza de antigua hechura, forrada de tafilete encarnado, y por adorno una bordadura hecha de clavos dorados. Llevados del diestro por los palafreneros con las libreas de Austria, seis magníficos caballos blancos, ricamente enjaezados, tiraban de la fúnebre carroza, que seguia á otra de gran gala, y en la que iban los eclesiásticos particularmente encargados de los funerales. Los oficiales del Príncipe, su servidumbre, y los coches de la Corte seguian el entierro. A la puerta de la iglesia sepulcral, los religiosos custodios del sepulcro de los emperadores recibieron el cuerpo, el cual llevaron al coro, acompañándoles el Rey y Reina de Hungría, la Familia imperial, y la corte. Despues de las honras fue conducido á los subterráneos. El conde de Czernin, que desempeñaba las funciones de gran maestre de la Corte, despues de haber hecho constar á presencia de los concurrentes la identidad de los restos mortales del duque de Reichstadt, hizo cerrar el ataud, por última vez, con dos llaves; una de las cuales fue entregada por el Conde á los religiosos, y la otra se reservó para depositarla en el Tesoro imperial.

Antes de los funerales, llevaron los oficiales del Príncipe el vaso que contenia las entrañas á las bóvedas de la antigua basílica de San Esteban, uno de los monumentos mas solemnes de la edad media. El corazon encerrado en una urnita de plata fue depositado en la iglesia de los Agustinos, cerca del sepulcro de Leopoldo II y del valiente é ilustre mariscal Daun, no lejos del bello mausoleo de María Cristina, sorprendente y sublime concepto del genio de Cánova, y quizá obra maestra de su cincel inmortal.

« No tuve el consuelo de llegar á Viena bastante á tiempo para dar al Príncipe el último á Dios, decia Mr. de Prokesch: ¡yo salia de Roma en el mismo instante que él espiraba! Por muy tristes que fuesen las noticias que yo habia recibido, no podia creer tan cercana la posibilidad de pérdida tan cruel.

« La comision que habia desempeñado en Roma me puso en relacion con el príncipe Gabrielli, sugeto distinguido y que representaba su Gobierno en la discusion de los negocios militares. Me preguntó en una ocasion si tendria inconveniente en hacer una visita á la madre de Napoleon. Respondíle que iria de muy buena gana á verla, y que seguramente tendria una idea muy falsa de mi gobierno cualquiera persona que supiese entrever en este paso dado por

un agente de la confianza de aquel, algun otro motivo que el deseo de consolar á una madre en su avanzada edad, y la cual pedia noticias de un sér á quien su corazon debia idolatrar.

« El dia 21 de julio, víspera de mi marcha, fuí á ver á madama Leticia. A través de su edad y crueles achaques, conserva aun en su rostro cierta vislumbre de dignidad. Despues de su caida, no ha podido dejar su canapé: me hizo sentar á su lado, y sus lágrimas me conmovieron. Hablábame del jóven Príncipe con el sentimiento del peligro que amenazaba sus dias; y ella misma tenia el aspecto de una moribunda. Los pormenores, no obstante, que yo le referia acerca del Príncipe sirvieron para distraer su dolor, á causa del interés con que me escuchaba: reanimábase insensiblemente al informarse con ahinco de sus inclinaciones y calidades, á medida que yo satisfacia sus preguntas. Le dije que, segun mis observaciones, el Príncipe, aunque dotado de la rara facultad de profundizar las cuestiones mas delicadas, carecia habitualmente de prontitud en sus conceptos.

—En esto, respondió ella, se parece á lo que fue su padre en sus años primeros: así es que Napoleon, al principio de sus estudios, fue de todos mis hijos el que me dió menor esperanza; tardó mucho en hacer el mas leve progreso;

pero cuando en época posterior consiguió de sus maestros un certificado de su aprovechamiento, me lo trajo con vivo placer; y despues de habérmelo enseñado, lo puso sobre una silla y se sentó encima con todo el orgullo de un conquistador.

« Despues de haber prolongado mi visita, me despedí de Leticia, la cual me agradeció el consuelo que le habia dado; y enterneciéndose al momento de mi partida, tendió las manos hácia mí para buscarme: advertí que habia perdido la vista. — Desde nuestra separacion en Blois, me dijo, no he vuelto á ver al hijo de Napoleon. Mi edad y su cruel dolencia nos ponen á entrambos en el borde del sepulcro... ¡No le volveré á ver!.. Vos vais á reuniros á él... No tengo á nadie á quien confiar mi bendicion maternal, y de buena gana quisiera enviársela antes de morir... permitidme que la deposite sobre vuestra cabeza..... En el mismo instante en que esta escena pasaba en Roma, comenzaba la agonía del Príncipe, que debia espirar pocas horas despues.

« Por el camino llegó á mi noticia el triste suceso; el cual, si bien fue sensible para todos en general, ¡con cuanta mas razon deberia ser doloroso para los que le habian tratado, y aun mas para aquellos que se hallaban particularmente adictos á su persona! »

Pocos dias despues de la muerte del Príncipe fuí con el general Hartmann á visitar los sitios que habia habitado. Entrámos en el gran pabellon de la izquierda en el castillo de Schœnbrunn. Tres vastas piezas, suntuosamente adornadas de dorados, tapices de la India y lacas chinescas, formaban el aposento que ocupaba el duque de Reichstadt, y se hallaban contiguas á los salones de aparato, notables por las pinturas que representan las fiestas y ceremonias de la Corte en tiempo de María Teresa y de José II. Los retratos del emperador Francisco de Lorena, de José, de Leopoldo, del Emperador reinante, retratado en su infancia inmediato á su madre, adornan la sala de recibimiento, en la cual se observa tambien una estatua de mármol de la Prudencia.

La cámara del Príncipe estaba colgada de seda verde, con mucha sencillez y elegancia «Mire V. ahí, me dijo el general Hartmann, el sofá sobre el cual el jóven Duque ha luchado con la muerte tan largo tiempo, sostenido por su valor, su juventud, y algunas veces por la esperanza. Ahi ve V. el balcon donde se asomaba en sus últimos dias para buscar el aire que parecia escaparse de sus agotados pulmones. Por mucho tiempo no quiso dormir en otro lecho que en su catre de campaña; mas despues solo

la violencia de su enfermedad le obligó á aceptar una cama mas cómoda y conveniente á su estado de flaqueza. Ese es el sitio en que reposó Napoleon; ese el lecho en que acaba de espirar su hijo. Habiendo pasado parte de mi vida en el campo de batalla, he tenido ante los ojos el espectáculo habitual de la muerte; pero jamás he visto á ningun soldado morir con mas ánimo que este jóven Príncipe, cuando habiendo abandonado las ilusiones de la esperanza, me hablaba con calma y resignacion de la proximidad de su último instante.»

Estaba inmediato á nosotros un antiguo sirviente de la Familia imperial: este nos habia abierto las puertas de la desierta habitacion. «Al ver salir de aquí, nos dijo, los despojos de un Príncipe que nos trataba con tanta benignidad, he esperimentado el dolor mas vivo que jamás hube sentido desde el dia en que Napoleon entró vencedor en Schænbrunn, y me mandó que le condujese á la misma habitacion que ocupaba entonces el Emperador mi amo. Yo le guié á este mismo aposento; y yo fuí quien ahora poco cerré las puertas de esta misma estancia, quedándome solo en ella despues que hubo salido el fúnebre duelo del duque de Reichstadt.»

Pasámos en seguida á un jardin reservado y

solitario, que está oculto en las sombrías enramadas de Schænbrunn. Allí, dentro de un pabellon retirado, cuyo cielo está hermoseado con un águila que tiene las alas estendidas, se ocultaba á veces el duque de Reichstadt. Su vista descansaba sobre un bolingrin de césped, de un verdor admirable, el cual estaba adornado de varios grupos de flores, y en medio de los árboles que lo rodeaban, ceñido de un cerco interior de gigantescos abedules. La archiduquesa Sofía, que amaba en estremo este retiro, lo habia cedido á los deseos del jóven enfermo.

«El pueblo de Viena le buscaba con inquietud en los jardines de Schænbrunn, decia el conde de Hartmann; pero, cediendo á nuestras observaciones, evitaba incomodarle en su soledad é inquietar esta última satisfaccion de su existencia. Procuraba cuanto podia ocultarse á la vista de todos. —Me encuentro tan débil, me decia muchas veces, que suplico á V. haga que nadie me vea en mi miseria.

«Aquí solo María Luisa pasaba los dias enteros prodigándole sus inútiles cuidados: demasiado cierta de la inevitable desgracia que deberia en breve acometer á su hijo, dominaba su angustia en su presencia; pero muchas veces acercándose á mí, nos alejábamos ambos algunos momentos, para dar libre curso á nuestras lágrimas.

«Despues de su partida me ha escrito una carta en la que me da las gracias mas espresivas del afecto qüe á su hijo he manifestado. Me habla de lo quebrantado de su salud. — Cuento, me dice, cada dia que pasa como un intervalo de menos que me separa de un sér tan querido..... Mucho padezco! Mas ¿como puedo pensar en quejarme cuando acabo de ser testigo de unos padeceres tan violentos, soportados con tanta calma, con tanta resignacion?»

El aposento del Príncipe en Viena era espacioso aunque sencillo. Antes de él lo habian ocupado sucesivamente en diferentes intervalos el gran Canciller de Estado del Imperio germánico, el archiduque Rodolfo, y el Rey de Sajonia, aunque de paso. La antesala está adornada de tapices que representan las marchas militares de Cárlos VI, y en el salon de recibimiento hay pintados varios asuntos mitológicos copiados de los cuadros de Julio Romano. Estas tapicerías, regalo de Luis XV, están colocadas en ricos marcos dorados y salpicados de flores de lis y de LL. entrelazadas con escudetes de las armas de Francia: parte de las paredes está cubierta de bellos mapas enciprótipas de Brué, dedicadas al conde de Artois, y de la carta geográfica no menos notable del imperio de Austria, obra de Mæller y de Pilsach. Los mue-

bles, de suma sencillez, consistian en bufetes, carpetas para escribir y tres armarios llenos de libros: el uno contenia las obras de los grandes poetas é historiadores célebres de Alemania, así como tambien muchas bellas obras de la literatura italiana; los otros dos estaban enteramente consagrados á los autores modernos que han escrito sobre la historia de nuestros dias, especialmente la de Napoleon; ví reunidos en un mismo estante los escritos de Bignon, de Arnault, de Jouy, de Norvins, de Bourienne, de Las Casas, de O'Meara, los varios periódicos de las ciencias militares, los trabajos de Segur, de Jomini y de Vaudoncourt.

«Estais viendo, me dijo el capitan Foresti, cuan poco procuraron ocultar al Príncipe la historia de su padre. Desde la edad de quince años ha ido recibiendo, por conducto del conde de Dietrichstein, todas las publicaciones que han aparecido sobre este asunto inagotable. Todas las ha comparado, analizado y releido para meditar sobre ellas, y juzgarlas, como lo ha hecho generalmente, con el criterio mas juicioso.»

Sobre su bufete quedaban aun los últimos escritos, los últimos trabajos geográficos, los libros predilectos del duque de Reichstadt. Examiné estas varias indicaciones de sus postreros pensamientos: allí, entre otras muchas obras,

noté la *Historia del gran Condé*, la *Guerra de los Ingleses en España y Portugal*, por Jones. «Ved aquí sus lecturas selectas, me dijo Mr. Foresti: los *Aforismos de Montecuculi* cuya alma penetradora le encantaba; las *Instrucciones de Federico*, en cuya época haciéndose los movimientos estratégicos con tropas menos numerosas que en nuestros dias, presentaba mayor interés su estudio, porque el entendimiento podia mas fácilmente hacerse cargo de todo el conjunto. Así es que ha estudiado con particular atencion la *Guerra de los siete años.*»

Observé sobre la mesa los *Cantos de Osian* traducidos en verso francés por Mr. Baour de Lormian. «Este, me dijo Mr. Foresti, es un libro de poesías, á que poco antes de su muerte se aficionó el Príncipe sobremanera, y cada dia aprendia de memoria algunos fragmentos. Segun su inclinacion poco poética, sospeché que le habia dirigido en esta circunstancia la especio de culto que su padre tributaba al genio del bardo gaélico. Por lo demás, no ha aprendido voluntariamente otros versos que algunos pasajes de la *Jerusalen libertada*, su poema favorito.»

En el salon se veia una péndola horaria muy sencilla; estaba adornada de dos águilas contemplando el fuego sagrado, y de un bajo relieve que representaba el águila de Júpiter embria-

gada con el néctar, durmiéndose en el regazo de Hebe. Por un concurso singular de circunstancias, me dijeron que este reloj habia cesado su movimiento el dia 22 de julio á la misma hora en que el Príncipe acabó de existir.

Las ventanas de la estancia caen al gran patio de honor del palacio, y en frente del cuerpo de guardia. « Ahí ve V., me dijo Mr. Foresti, el mayor obstáculo que hallaba para fijarse en otra cosa la atencion del Príncipe en su infancia: este aparato militar, estos cañones, estas paradas, esta música, que era la única que le agradaba, le distraian á cada momento de las lecciones que le dábamos, aunque muchas veces inútilmente. »

Una circunstancia nos condujo al Tesoro imperial. A fin de preparar socorros públicos en caso de la invasion del cólera en los Estados de Parma, habia mandado vender María Luisa su cristal engastado en plata sobredorada, y el tocador de oro que en la época de su casamiento le habia regalado la ciudad de Paris; y entonces envió á su hijo la magnífica cuna de plata sobre dorada, otro homenaje de la capital, obra maestra de los talentos reunidos de Prudhon, Roques, Thomire y Odiot; la cuna tiene la forma de una nave rodeada de figuras alegóricas, y cubierta de ricos adornos. En medio de los rayos de gloria brillan varias NN., iniciales de un

nombre que no debia llegar hasta el sepulcro. La Victoria con las alas desplegadas, y tendiendo los brazos para proteger el sueño del niño, tenia encima de la frente una doble corona de estrellas y de laureles. La Victoria, empero, no protegia el inocente sueño del Rey de Roma; y la inconstante diosa dejaba caer la diadema que le confiara aquel que creia haberla fijado en sus sienes para siempre.

Cuando recibió el duque de Reichstadt este monumento de su existencia pasada, el príncipe de Metternich le preguntó que destino intentaba darle.

«Nadie vuelve á su cuna despues de haberla dejado, dijo sonriéndose el Príncipe. Hasta ahora este es el único monumento de mi historia, y procuraré conservarlo.»

Tuvo entonces el noble pensamiento de regalarlo al Tesoro imperial, precioso depósito, en donde, á la rica magnificencia de los diamantes y pedrerias de la corona, se agrega una multitud de objetos del valor mas esquisito por su materia y trabajo, y especialmente de relevada importancia histórica; en donde, entre las obras maestras del cincel de Miguel Angel y de Bellini, observé con el mas vivo interés el talisman de cristal, grabado con la constelacion del Leon, y con el cual juzgaba el alma ambiciosa de Wallens

tein que estaba vinculado su destino, así como Napoleon daba implícita creencia á su estrella.

Allí la cuna del Rey de Roma no es un aislado recuerdo: inmediato al estante de cristal en que están encerrados la corona, la espada, el cetro y las vestiduras imperiales de Carlomagno, todas cubiertas de oro y de piedras preciosas, admirables para aquella época por la riqueza y hermosura del trabajo, se ve la corona, el cetro, la espada, el manto real y las insignias que sirvieron para la coronacion de Bonaparte como rey de Italia. Fabricados á toda prisa, estos últimos objetos son de metal dorado, y las piedras que los adornan son contrahechas, como si por un amargo sarcasmo hubiese querido desde entonces indicar el destino que el falso brillo de aquellos adornos de teatro, tendria bastante duracion para su poder efímero.

Así, en un mismo recinto se reunian las insignias de aquellos dos Monarcas guerreros y legisladores, el uno de los cuales fue el fundador, el otro el destructor del trono germánico, cuyos imperios tan semejantes en sus límites fueron tan diversos en su duracion. Diez siglos han pasado entre estos dos grandes hombres, y el estrecho espacio que hoy separa sus diademas está medido por la cimitarra de Tamerlan.

"¡Mi tumba y mi cuna estarán bien inmediatas

una á otra!» decia el Príncipe en sus últimos dias. En efecto, unos pocos pasos nos condujeron á la iglesia sepulcral. Abriónos un religioso las puertas de bronce de las fúnebres bóvedas. Allí están en hilera los ataúdes de cobre que contienen las cenizas imperiales, en torno del vasto monumento de Francisco I y de María Teresa... Cercada de las virtudes que lloran al contemplar las coronas, la estatua de bronce de aquella gran Emperatriz parece dominar en esta escena de sepulcral silencio; mientras duermen á sus pies las grandezas humanas y los ilustres infortunios.

El féretro del duque de Reichstadt permanecia aun en el vestíbulo de aquel recinto lóbrego; y colocado en el centro sobre una grada, hacia notable contraste por el brillo del terciopelo, los adornos de oro y la cruz de plata que lo cubrian, con el aspecto sombrío y uniforme de los tristes objetos que le rodeaban. El general Hartmann no pudo contemplar sin profunda emocion los silenciosos despojos de una existencia antes tan activa. Señalóme el puesto destinado por el Emperador para el jóven Príncipe, el cual descansará entre sus hijos, inmediato á unos séres que le fueron tan caros. Aun no estaba cubierto el ataud de su funda de cobre, en el cual se está grabando la siguiente inscripcion :

ÆTERNÆ. MEMORIÆ.
JOS. CAR. FRANCISCI. DUCIS. REICHSTADIENSIS.
NAPOLEONIS. GALL. IMPERATORIS.
ET.
MAR. LUDOVICÆ. ARCH. AUSTR.
FILII.
NATI. PARISIIS. 20 MART. 1811.
IN. CUNABULIS.
REGIS. ROMÆ. NOMINE. SALUTATI.
ÆTATE. OMNIBUS. INGENII. CORPORISQUE.
DOTIBUS. FLORENTEM.
PROCERA. STATURA. VULTU. JUVENILEM. DECORO.
SINGULARI. SERMONIS. COMITATE.
MILITARIBUS. STUDIIS. ET. LABORIBUS.
MIRE. INTENTUM.
PHTHISIS. TENTAVIT.
TRISSTISIMA. MORS. RAPUIT.
IN SUBURBANO. AUGUSTORUM. AD. PULCHRUM.
FONTEM.
PROPE. VINDOBONAM.
22 JULII. 1832.

«A la eterna memoria de José-Francisco-Cárlos, duque de Reichstadt, hijo de Napoleon emperador de los Franceses, y de María Luisa archiduquesa de Austria, nacido en Paris á 20 de marzo de 1811. Saludado en su cuna con el nombre de rey de Roma, y dotado en la flor de

su edad con todas las calidades del ingenio y del cuerpo ; de imponente estatura, de nobles y agradables facciones, de esquisita gracia en su lenguaje, fue notable por su instruccion y aptitud militar. Fue acometido de una cruel tísis, y la muerte mas lastimera lo arrebató en Fuente Hermosa (Schœnbrunn), palacio de los Emperadores, cerca de Viena, en 22 de julio de 1832.»

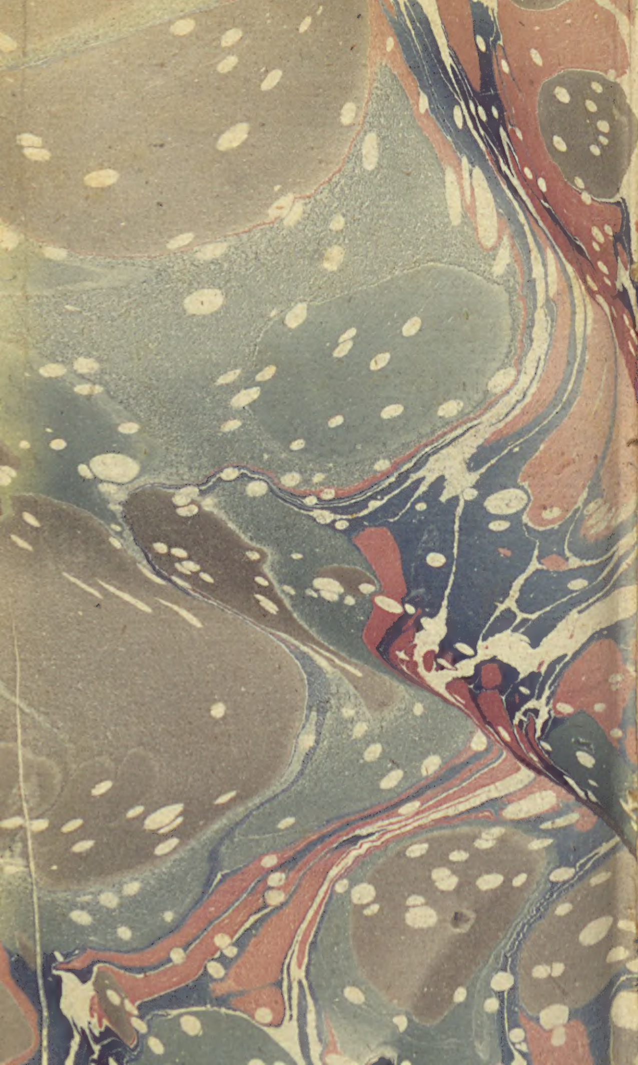
¡Desventurado Príncipe! cuando en tus penosas angustias te sentias aproximar lentamente al sepulcro, esclamaste con dolor : «¡Tan jóven, ah ! y me es fuerza terminar tan pronto una vida inútil y sin renombre ! ¡Mi nacimiento y mi muerte... he aquí toda la página de mi historia!» No ; tu existencia no estaba vacía de fama : privado de los peligrosos honores del poder, del brillo aterrador de las batallas, careciendo de grandes acontecimientos, pero no de grandes calidades, ofrecí á tu existencia, por su contraste con la vida prodigiosa del hombre que te dió el sér, una de las páginas mas elocuentes de la historia, tal vez la mas digna de nuestras meditaciones. No se estingue sin gloria la existencia que supo conquistar el amor y sentimiento de la Familia imperial, de aquel pueblo que el Autor de tus dias agobió con el peso de sus victorias. El pesar de los habitantes de Viena

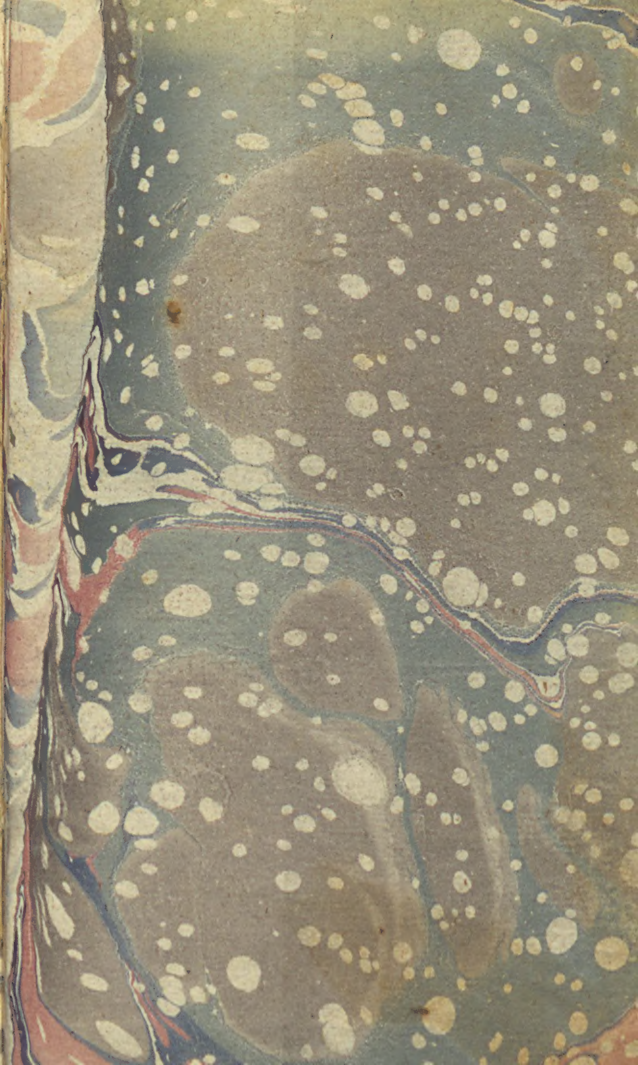
escoltando al sepulcro de los Césares, el féretro del hijo de Napoleon es para tu memoria noble oracion fúnebre. Los lloros que rodearon tu melancólico entierro son preferibles á los que arranca la victoria; y la victoria hace verter lágrimas muy mas copiosas.

Si para dar al mundo una de sus mas sublimes lecciones, ha querido el Cielo que fuese tu fin prematuro el último término de una vasta espiacion; á lo menos ha cuidado de adornar á la víctima con aquellas escelsas calidades, con aquellos preciosos dones que la hacian digna de sacrificio semejante, y que consagrarán para siempre su recuerdo en la memoria de los hombres.

FIN.








253
GEORGICAS PORTUGUEZAS
118


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm